

# Historias de Tata Mundo

Fabián Dobles



Editorial  
Costa Rica



Fabián Dobles

# Historias de Tata Mundo



# EL RESPONSO

Lucio estaba ya de recuerdos e historias el tablón con cuatro patas donde Tata Mundo se esparrancaba a mascarse la [breva](#) y fumarse sus puros, cuando le tocó su día al cuento del responso. Se había vestido la noche de luto rígido y el viento había quedado descansando en el camino. Nos rodeaba un silencio copioso, de aquellos que a Tata Mundo le agradaban y lo volvían hablador. A hablar se puso el viejo:

—Asina como esta fue la noche cuando tata cura me llevó con él al cementerio. Aunque algo [manganzón](#) ya, era yo monaguillo por entonces, y ese día don Francisco había amanecido agrio de genio. Apenas si medio probó bocado en el almuerzo y sorbió una taza de sopa en la comida. Dijo el rosario de la tarde nervioso y exasperado, y se la pasó vertiendo sobre acólitos y familiares un chorro de mal humor nada habitual en él.

—Usted se trae abejón en el buche —le dijo el sacristán cuando lo ayudaba a quitarse la sobrepelliz—. ¿Qué le pasa, don Francisco?

—Nada, nada —fue la respuesta; pero luego, guiñándome una seña disimulada a mí, que sabe Dios por qué era el monaguillo más de su confianza, me dio a entender que lo esperase a la salida de la iglesia.

Allí me preguntó que si estaba yo dispuesto a ayudarlo en algo que se proponía terminar esa noche en el panteón, y como le respondiera que claro que sí, me hizo mil recomendaciones para que no se lo fuera a decir a naide. Vivía yo en casa de unas tías algo duras de sueño, y no me costó mucho escurrirme de ellas sin meter ruido. A eso de las once, íbamos los dos por la carretera que se deslizaba hacia el cercano barrio de San Jerónimo, abriéndonos vereda por entre la oscuridad con la vieja linterna del cura. Todo dormía: los cafetales, los potreros, las vacas que adivinábamos echadas a la vera del camino. Solo algún perro bostezaba a ladridos sintiéndonos pasar y los [cuyeos](#) salpimentaban aquí y allá el ancho silencio nocturno. A mí la espalda me brincaba como un animal, del miedo. Pero a esa edad uno se las medio da de hombrecito, y le echaba siete nudos a mi frío para que las quijadas no me temblaran más de la cuenta. Sin embargo, ustedes adivinarán que cuando entramos en el cementerio lo menos que hacían mis dientes era sonar como matracas. Por entre bóvedas blanquecinas caminamos y por entre blanquinegros matones de margaritas, hasta parar frente a una tumba algo más grande que las demás, donde yo desenvolví el paquete en que traía los ornamentos para la ceremonia.

—Requiem aeternam dona ei, domine —recitó gutural el padre Francisco.

—Et lux perpetua luceat ei —contestó esta persona con voz más que de susto.

Y siguió el responso adelante. Al llegar al inicio del pater noster, tata cura hincó la rodilla en tierra, cosa fuera de liturgia y hartó fatigosa para sus carnes, que fama tenían de bien comidas y servidas en mesa de casa cural. Esta vez se sentía muy con aquello, devoto

y lleno de unción como cualquier cura novato, tanto que al aspergiar el agua bendita la vació toda, hasta verse seguro de haber humedecido y santificado por completo la tumba. Y como si los latines le hubieran sabido a rancio, para más seguridad todavía añadió en español al terminar el responso:

—Que descansés, de veras, en paz, ñor Evaristo —santiguándose una vez tras otra y mirando a ver si quedaba agua bendita. Mas no habiéndola ya, se dio por satisfecho y comenzó a desvestirse el paramento ceremonial.

—Ah, peso, Mundo, ah, peso, muchacho, el que me he limpiado de encima —agregó mientras yo envolvía los trapos litúrgicos.

Echamos a andar, sigilosos, ahora de vuelta al centro del cantón.

—Qué entierrazo fue el de este hombre —comentaba tata cura, contento y reflorecido—. ¿Recordás? Todito el cantón se dejó venir. Pero yo esa vez no podía rezarle de verdad ni un humilde requiescat in pace. ¡Señor, qué modo de morirse, y qué difícil para mí traerlo a enterrar en paz conmigo y con el difunto! Mientras hacía el ritual, por dentro me hormigueaban dudas grandes como toronjas. Óigame esto, muchacho: el diablo lo agarra a veces a uno por su cuenta, por más cura que sea.

Ajá, ajá, ¿Saben ustedes por qué las toronjas? Porque al cura el día del entierro le había sido imposible concentrarse en el oficio, por un viejo tiquismiquis que con ñor Evaristo había tenido cuando este vivía, y de seguro que entre la muchedumbre de sombreros y chalinas que rodeaban el ataúd escuchaba abejones y zumbidos mientras ceremoniaba, que a él debe de habersele antojado que decían: “Lo mató la fatalidad. La [cruceta](#) le rebotó en la bola inflada, y el filo le partió la frente en dos. Qué lástima, era un buen hombre. Muchos favores le debía el barrio”. “Pues a saber... La verdad es que más le hubiera valido no ser tan [alejandro en puño](#) y dar el terreno para la plaza y la iglesia. De todos modos los muchachos se le metían al potrerrillo y aunque no lo quisiera jugaban allí y le apaleaban el cafetal. ¿No te acordás cuando llegó de pronto y se puso como un loco a pegar alaridos y patadas, aquella vez que le acertaron en la cabeza el bolazo que lo tumbó redondo al suelo?”.

Y tata cura, mientras aguabenditazo iba y aguabenditazo venía, pensaba en otra tarde en que llegó a convencer a ñor Evaristo. “Pero si es poca cosa, ñorcito: el potrero más media manzana de café. Total, nada, para usted que tiene tanto por la gracia de Dios. Tan pudiente y tan cristiano, y viéndose en unas matillas de café. San Jerónimo necesita ese terreno y los muchachos plaza de juegos”.

“[Nonis](#), padrecito; en cualquiera otra parte sí, pero allí, mire, habría que sacrificar su poco de cafetal, y eso sí que no; si quiere la tira de potrero que da a la calle, bueno, pero cafetal no”.

Y a él se le figuraba que, a la sazón, el cadáver del ñor era lo que hablaba, y hasta lo oía repetir: “No, don Francisco; allá otros que arranquen el cafetal. Yo siembro cafecito, y no permito que se pierda. En otro lugar, como le digo, todo lo que quiera”.

“Pero hombre, si es que la plaza y la ermita no caben en esa faja; la plazoleta y el terreno

para la iglesia cogerían algo de cafetal, es verdad, pero muy poca cosa, muy poca cosa”.

Y nada. El cura había tenido que despedirse sin doblegar la terquedad del gamonal, murmurando para sí que al hombre la avaricia lo dominaba, tan mohíno y disgustado que hasta le venía sabiendo a dulce el que los muchachos le tuvieran a ñor Evaristo el maldito cafetalillo todo dado a Satanás a punta de bolazos. No hay caso, pensaba; duro y terco como el reuma de mi abuela. ¿Cómo quiere que edifiquemos ermita en otro sitio, si ese es el mismo centro del barrio?

Y las conversaciones mudas de los cementerios, esas que naide pronuncia y todo el mundo escucha alrededor de los parientes que lloran, continuaban atarantándolo al punto que seguía pidiendo a borbollones de latín por el descanso eterno de aquella alma avariciosa... “Vino por el cafetal; ah, ¿todavía no le han contado? Sí, corriendo, como siempre, hecho un loco. Qué, ¿no sabía que esta vez traía la cruceta? No se sabe con qué intención; fue que alguno pateó la pelota tan fuerte que vino a caer cerca de donde el viejo estaba. No, no fue intencional; el [chacalín](#) ese no había visto al ñor; le puso la bola en bandeja de plata. Él se le fue encima bufando y pretendió partirla por la mitad con la cruceta, pero la maldita rebotó cuando, agachado sobre el balón, quiso darle de firme. Asina se mató... ¿Quién, ñor Evaristo? Qué va a ser; se cayó al tropicar con la bola; pegó la cabeza en un pico de piedra... Si yo lo vide, yo estaba cerca; fue como dice doña Pura. Fue con la cruceta, al rebotar en el cuero... Aquí, entre nos, no cree usted que el mismo diablo... Qué sé yo; hay casualidades raras, como por dedo de Dios. Creo que es el primer cristiano que muere en el mundo de ese modo tan ocurrente. Mire que caerse y ensartarse la cruceta en el corazón como hilo en ojo de aguja... Pero, qué dice; si asina no sucedió la cosa. Fue que alguien le dio con la bola en la cruceta, que él tenía levantada cerca de su cabeza, amenazando, cuando...”.

La verdad, m’hijitos, que naide sabía de fijo cómo se las había mandado [estirar la pata](#) ñor Evaristo. Había sido un accidente muy extraño. Y don Francisco, de seguro que por su parte se decía: La Divina Providencia, la Divina Providencia; por más que la conciencia se le hiciera una enredazón de mecates, pues al fin y al cabo dar por condenado a un difunto tenía que ser un negro pecado, cuanto más si se es cura y se está orando por la tranquilidad de su ánima. Empero, el travieso pensamiento le regresaba para torturarlo de nuevo: “Los altos e inescrutables designios de la Altura. Él no quería dar para plaza donde jugaran ni ermita donde se alabara al Señor, y aquí le tenéis, aquí le tenéis tieso y amortajado”. No, qué va a ser, ese día tata cura no rezó con devoción el responso. La pobre alma de ñor Evaristo, con tan mal abogado, debió de andar muy apurada en lo de San Pedro y sus tremendas llaves.

Muy empecatado debía de sentirse el curita porque casi que venía confesándose conmigo, apenas un mozalbete ignorante y medio alelado con toda aquella historia, pues mucho de lo que les cuento me fue diciendo por el camino. El resto me lo acabé de colegir yo luego que fui creciendo y mejorando de entendederas. Y es que, por lo que se verá, lo negro se había tornado a blanco y lo turbio saltado a claro por una simple, aunque muy



platuda circunstancia. Y aquí la vocecilla de Tata Mundo se hizo la huecuda y mal intencionada.

A eso de la una, veníamos acercándonos a la casa cural.

—Entrá para que leás lo que me escribe el Licenciado Vargas —exclamó el padre ya en la puerta, sacudiéndose el polvo de sus zapatos redondos de cura de pueblo-. Bendito sea el Señor; en su testamento, el viejo deja al pueblo de San Jerónimo, allí, donde yo quería, donde le entregó su bendita alma a Dios, lo de la plaza y lo de la iglesia; y además, una buena cantidad de plata. Ya se ve; él me lo había dicho aquella vez: yo no corto ni una mata de café. Allá otros que lo hagan. Francamente no acabo de comprender bien la ocurrencia de ñor Evaristo... En todo caso, caray —y tata cura se restregó las manos, eufórico y sonriente como un niñodiós—, ¡qué sermonazo, Mundillo, qué sermonazo el de mañana domingo! Plaza, ermita, y cincuenta mil pesos para empezar los trabajos. Este hombre era un santo. Y ahora es un ángel más en los cielos.

Y de inmediato, amenazándome con su dedo consagrado y casi hablándome al oído:

—Y ya sabés, muchacho; ni una palabra de todo esto. Dios dirá si pequé aquel día, pero no quiero que algún feligrés malicioso vaya a imaginar que andábamos vos y yo haciendo alguna barbaridad en el cementerio.

## EL DETALLE

Íbamos con Tata Mundo una noche atravesando la cima del Monte del Aguacate, el viejo en su trotón rosillo, y nosotros enhorquetados de a dos en dos en los lomos de la Lucero y la Lunanca, cuando al abuelo se le ocurrió apearse en casa de unos conocidos, dijo él que para dejarles un saludo, aunque yo creo que por descansar el cuerpo y calentar la sangre, que todos traíamos helada por el frío de la altura, cuanto más el viejo, que ya no estaba como para hacer jornadas de largo alcance; y esta iba ya por las cuatro horas, nos tenía molidos y nos había abierto una hambre de pobres.

No bien habíamos desmontado, cuando se apareció por ahí el dueño de la casa, quien nos pasó adelante y nos presentó a su familia. A poco más, dábamos en el clavo con lo que se traía Tata Mundo guardado, y era que allí se daba buena la [cususa](#) montañera, de esa que pocas veces suele saborearse. Qué no sabía Tata Mundo. Por eso se había apeado, claro que sí, el viejo goloso. Allí nos quedamos sesteando. Íbamos hacia San Mateo, pero a él le gustó la cosa y la noche se la duró entre los horcones de aquella familia, ni qué decir que alrededor de un poco de sueño, otro poco de [chirrite](#), y mucho de sus cuentos y sus historias. A mí, que ya iba para mayorcito, me dejó cobijarme en su alero y hasta me permitió bajar por mi inocentón gazzate dos sorbos de contrabando, que sentí como si fueran brasas y me subieron bien pronto a ramas altas.

—Sabe —dijo el viejo a aquel contrabandista del Aguacate— que su guarito no está mal. Ya me lo habían afamado, y no deja de recordarme el que mi compadre Encarnación hacía cuando joven. Pocas cususas he probado como la que solía sacar mi compadre, allá por los nortes de Alajuela. Viera usted qué hombre mañoso el tal Encarnación. Ya iba para muchas ocasiones que los guardas fiscales caían por aquellos lugares a la busca de contrabandistas, que allí abundaban, y nada que pesquisaban de firme. En aquel pueblo de cada dos familias una vivía del negocito, pues el monte quedaba a un corto tirón de caites, la caña se daba gustosa, y había tradición [guaristolera](#) por todo el contorno. El que no chirriteaba destilando, chirriteaba vendiendo o chirriteaba garganteando. Hasta Heredia y Alajuela iba de regadío el producto, tan bueno para beber como para una fricción de nuca o de espalda. Ya pueden imaginarse el dolor de cabeza que el Gobierno se tenía con esos tráficos prohibidos, y a quien más puntería le habían puesto era, naturalmente, a mi compadre Encarnación, por lo sonado de su chirrite. Y nada que hacer con él. Cuando le caían, no le encontraban ni pizca de cuerpo del delito. ¡Como si mi compadre fuera un tonto! Allá ellos se tenían su telégrafo. Apenas los primeros ojos miraban el par de [rucos](#) con el par de guardas asomar en el puente del bajo, las primeras piernas salían de estampía monte arriba, veredeando, y allá te iba el primer silbido fuerte. Oídos alerta recibían el aviso, y las segundas piernas se disparaban trillo adentro; silbido segundo,

otros oídos bien listos, otra carrera por entre cercados y más gente avisada. A campo traviesa; de casa en casa; de peligro en peligro. Y usted esconde, usted entierra, usted [se las pinta](#) para la montaña. Los pobres guardas, ni qué intentar nada; como juntar agua con las puras manos; como parar el viento con los dedos. Hombre, así y todo, va y un día cogen a mi compadre con las tierrosas en la masa. Cuando algo está escrito, ni el más vivo se libra, y de allí fue como a Encarnación le apañaron la garrafa ni más ni menos que llenecitica del más legítimo y transparente de los contrabandos. ¿Que cómo fue? Sencillo. Naide avisó. Al hombre del bajo la mujer le estaba echando al mundo un [crío](#), y había mandado la familia menuda a casa de parientes, y la familia grande, con él a la cabeza, a trabajar el parto. El único que se percató fue el perro, que por cierto ladró como endemoniado y hasta salió con el rabo parado monte arriba a ladrar el aviso. Mas el perro no sabía silbar; no hubo quién para entenderle. Al compadre lo agarraron lo que se llama con los pantalones hechos una rodaja en el suelo, y todo al viento. Y usted se viene con nosotros para la capital. Caramba; hubieran visto al hombre cabeceando fuerte, con todos los sesos de punta viendo a ver por dónde se me le abría un huequito para salirse escabullido. Pero de dónde le iba a llegar salvación. Y mire que Encarnación sabía ser mañoso, y labioso, y resbaladizo. Lo único que se le ocurrió fue salir con lo de siempre:

—Hombre, sargento, usted está equivocado. Esto no es cususa. Es guaro de la pura Fábrica Nacional.

—Te conozco, mosco —fue la respuesta.

Y dale con la necesidad de Encarnación:

—No, si es en serio, sargento. Échele una olidita.

—Mirala —y le hizo el sargento la seña malcriada. El raso que lo acompañaba, como quien no quiere la cosa, destapó la garrafa y olió con toda gana.

—¿Qué le decís? —preguntó el rayado.

—Chirrite, y del fuerte.

Pero compadre para necio no tenía compañero. Dele que dele con la majadería:

—¿Eso, chirrite, y del de Encarnación Badilla? Nunca. Uh, yo hace años que no lo fabrico, pero cuando tenía saca no era una saca cualquiera. Mi guarito era de los que hacen ver ángeles y serafines. No eso. Les digo que eso es guaro de la Nacional. Güélalo, mi sargento.

Y el sargento acabó por meterle su gran olida, y aquí fue, mis queridos amigos, aquí fue donde el compadre que les digo se fijó en un detalle. Y allí sí que los sesos se le pusieron grifos, y el alma maliciosa, y los dedos, yema con yema, a manosearse unos con otros. No sabía cómo, pero comenzaba a espiar un lejano portillo por donde escurrirse.

El sargento le ordenó, más convencido que nunca:

—Abréviese, y jale.

La mujer le alcanzó la chaqueta, le lió y metió en las alforjas unas tortillas con algo de carne, para él y para los otros, y a poco ya venían los tres bajando a caballo por mitad de la barriada. Y Encarnación recordando el detalle, reviendo para sus adentros al sargento



pasándose la lengua por el labio de abajo cuando olió el pico de la garrafa. “A este le gusta, no hay duda”. Y de nuevo, no sabía cómo por más que quería saberlo, mas sentía que por allí se le habría de caer alguna cerca para salirse del atollijo en que se hallaba. Cómo enredarlo, cómo hacerlo caer en la tentación. Ah diablo de compadre. De un modo y de otro trató de volver al mismo punto con el hombre, para picarle la gana, aunque este parecía ser de puro mollejo; mientras más quería Badilla meterle de filo con el cuento de la ricura de su guarito, el que él antes, hacía muchos años, destilaba con una receta especial, más lo mellaba el otro con su aparente indiferencia, por lo que el contrabandista o se callaba o terminaba platicando de otra cosa, pero siempre estudiando a hurtadillas los visajes del sargento. Y así llegaron a la Jefatura Política del cantón.

Aquí Tata Mundo, echándose una risa, dijo que a él platicar de estas cosas le entusiasmaba la sed, y apartándose con la manota los entorchados de su bigote, vació de un trago una buena porción de la botella alrededor de la cual lo escuchábamos. Poniéndome la mano en el hombro, me dio por segunda vez a probar, al punto que decía, sentencioso: —Eso sí, sepan ustedes que el guarito se puede y debe tomar cuando uno le puede a él; porque si el guaro le puede a uno, [pejes](#) muertos trae el río. Esto era lo que Encarnación cabalmente se había olido con el sargento; que era de los que el guaro llevaba debajo, aunque ahora anduviese, de guarda, como ladrón con las llaves. Ya les he dicho que el compadre calzaba así ojos para observar y así narices para ventear las buenas coyunturas, y, por más que aún continuaba ignorando la manera, cada vez se le crecía un poquito más la esperanza de poder librarse. Cuando vio que, por ser ya de noche, no pasarían hoy del cantón, se dijo a hervir con mayor fuego el caldo gris de su cerebro, que hasta que le echaba chispas. Usó su mejor labia con el Jefe Político, y no lo encerraron en la cárcel sino que le permitieron quedarse a roncar con los dos guardas en la oficina de la Jefatura. Ya para entonces estos estaban hasta cierto punto de su parte, porque se los había venido ganando con sus pláticas y ocurrencias del camino, por lo que consintieron de buen grado en tenerlo con ellos. Uno no podría decir que ya compadre Encarnación hubiera tejido su telaraña. Se me hace, sin embargo, que para entonces medio la había tramado.

—Uh, miren que sí —estaba diciendo cuando llegó por allí de curioso el policía Pánfilo Artavia, allá de su mismo pueblo—, el guarito que yo hacía era como de virtud. Al bueno lo hacía más bueno, y al malo, pues lo hacía menos malo. Ángeles y serafines decían santo, santo, santo, cuando uno lo bebía. Ese —y señalaba la garrafa—, ese no sirve para nada. El mío se le iba subiendo a uno poquito a poquito, como flores por la nuque, como leche de mujer por el pecho, y los brazos y las [canillas](#). Y un cielito lindo en los ojos de la persona se formaba. Y el techo de la cabeza se hacía más alto, más alto, más alto. Si hasta de la capital venían algunos a mercarlo. Medicinal, decían, bueno para frotaciones. Las muchachas de Heredia lo llevaban, dicen que para untárselo en el cutis. ¿Verdad que sí, Pánfilo?

—Hombre, Encarnación, no me comprometas.

—No, si vos sabés que yo hace tiempo dejé eso. Ya verán estos como están perdiendo el

tiempo. Apenas lleguemos a San José y examinen esa [carajada](#), me van a soltar. [Achará](#) día este que pierden.

Y volviéndose al sargento:

—¿O es que usted conoce poco de licores? Mire que confundir lo bueno con lo malo. Fíjate, Pánfilo, que allá se lo di a oler, y sigue en sus cinco que es que es cususa. Vos, que sabés, metele la nariz para que veás que es pura Fábrica —, y le cerró un ojo.

El policía lo olió. Se hizo el dudoso. Meneó como a lo tonto la cabeza. Fue más allá. Destapó, y cercenó un trago. Escupió:

—Pues, yo diría que no parece cususa.

—¿Lo ve, sargento?

Este, para entonces, estaba haciendo de tripas corazón. Con todo descaro se pasaba la lengua en redondo por boca y bigotes. ¿Pruebo, sargento? —se aseguró tímido el raso.

—Pues, probá, si querés. Hm —rezongó vanidoso—, quién dice que yo no entiendo.

Y así que el raso cayó, agarró por su cuenta el botellón, para apearle de un tirón su buena cuarta. Para prueba quedaba bastante, pues el recipiente era de los panzones. Por mientras, compadre Encarnación hacía como que miraba a otra parte, con vientos de pura indiferencia. Como quien no le pregunta a naide:

—¿Qué dicen? ¿Fábrica Nacional, verdad?

Silencio. Para mí que en el magín del sargento soplaban vientos encontrados. Si decía que no, se le cerraba el camino para el segundo. Si decía que sí, ¿en qué quedaba la cosa con el preso y con el Jefe Político, y con todo el mundo? Siguió callado, y de esta suave manera, ahora la tentación corriéndole por toda la sangre, dio tiempo al segundo trago.

—Echá para ver —dijo por fin—. No estoy todavía seguro.

Y gluglú, bajó por su garganta el segundo duende, que en compañía del primero se le fue a travesearle el cuerpo y el ánima. El policía se autorizó también, y el raso, en un descuido, subió a su vez al segundo cielo.

Y mi compadre, azuzando:

—¡Achará! Para que hubiera sido del que yo hacía. A estas horas estarían los amigos cantando el alabado en compañía de los ángeles y los querubines y las potencias celestiales. Yo me acuerdo que había músicos de Heredia que lo llevaban para componer sus mejores piezas, y poetas de Alajuela que no hacían verso bueno si no era inspirados con el aguardiente de Encarnación Badilla... ¿Me permite, sargento? A mí también un poquito, así, con cuidado, no me cae mal, aunque sea de esta cochinada. ¡A más no haber!

—No, hombre. ¡Cómo se le ocurre! Usted va reo —y volvió a ver la garrafa, pensando que aún le restaban tres cuartas partes, y que ya habría para otra chupada.

—Como ahora aquí —contó luego Tata Mundo— que estamos algo elevados, allí las tres autoridades comenzaron a alzárseme en peso, a sentirse importantes, a ponerse cada uno por las nubes, y, quién más, quién menos, cada cual se apretó su par de [buchadas](#) más, se contó alguna historieta colorada, va y viene un risotón, va y viene un abrazo, va y no viene, otro trago, siempre, por supuesto, el último, porque el sargento, cada vez más podido por

el guaro, no dejaba de mirar la garrafilla cuidando la “prueba”. Ustedes estarán seguros, como yo, de que no hubo un momento en que el hombre dudara de que aquello era chirrite. Pero, qué chirrite. Bien lo sabía mi compadre Encarnación, que allí estaba también, aunque muy sobrio, metiendo leña en el fogón a punta de abrazos, y tragando tiempo, tragando pacientemente, a la espera del portillo. Ah portillo más duro; por nada que se le aparecía. Él se la tenía jurada a la garrafa, mas el sargento la había apercollado y de dónde que se separaba de ella. “Está tarda la cosa”, se decía el compadre al ver que aquel le medía con los ojos el contenido de cuando en cuando. Y el contenido, amigos míos, significaba para mi pariente un año y más de encerrona. No había modo de que la garrafa diese la postrera; todavía se le veía la raya a poco menos de la mitad.

Habría el reló de la iglesia trepado la manilla hasta las diez, cuando al Jefe Político, que medio dormido iba para su casa, le llegó ruido de voces desde la Jefatura y fue a ver qué sonajeaba por allá. Lo que miró no le agradó ni poco ni mucho. Sentados en el suelo, su policía, el preso y el sargento jugaban a los dados gallos de tortilla de los que Encarnación traía en su alforja, en tanto que el raso, garrafa en alto y jeta en ristre, mamaba de la botella en momentos en que el sargento le carraspeaba entre risas:

—Huevón, deje eso, que nos vamos a quedar sin cuerpo del delito.

Allí se armó turno con bombetas, sermón de Semana Santa y procesión con cruz alta. El sermón lo dijo el Jefe Político, y la cruz alta la levantó el sargento sacando su cruceta y amenazando a todo el mundo, mientras vociferaba que a él no lo mandaba naide sino su mayor en San José, y que no iba a ser un jefepolitiquillo cualquiera quien lo viniera a maltratar. Su raso se le puso a la par, cuando Pánfilo corrió de pelotero a hacerle segunda a su jefe, y allí habría llegado la sangre al río si no hubiese sido por la ocurrencia de mi compadre Encarnación. La ocurrencia, digo, y digo mal, porque ustedes verán cómo la cosa no se le ocurrió allí. Era la que, ignorando cómo terminaría, pero casi, casi sabiéndola, había estado guisando desde que avistó el detalle de la lengua golosa del sargento. Y fue que en menos que se aparece el diablo, pegó brinco y de una feroz patada acabó con la garrafa y derramó por toda la Jefatura el guaro que quedaba. Hubo sangre, es cierto, pero no mucha; la que le reventó al hombre en el dedo gordo del pie, que se cortó todo en los vidrios del botellón quebrado. Con eso el pleito no pasó a más, le cobraron cualquier cosa de multa a mi compadre por irrespeto a la autoridad, y al siguiente día, gafo apenas de la pata mas no de su libertad, iba de vuelta para sus montes, y con él Pánfilo, en ancas de la bestia. Le habían dado de baja.

Y fue y le dijo mi compadre Encarnación cuando lo dejó en el bajillo del puente:

—Hombré, Pánfilo. Y eso que era guaro de la Fábrica. ¿Qué tal si hubiera sido del mío?

Y se rieron, mientras Encarnación cerraba un ojo.

## EL REZADOR

Y dijo Tata Mundo:

—¡Quién lo iba a creer! Fue el rezador el de la ocurrencia aquella, sí que lo fue. Y me dio mucho qué pensar. A mí me puso claro cómo es de oscuro el ánimo del hombre, pues de palote seco puede en veces salir agua, como agua salió mucha aquella vez del rezador de San Jerónimo. Este era un cuarentón feúcho y triste. De velas de difunto y rosarios de Niño Dios vivía, porque para eso había nacido al parecer el hombre. Yo estuve en aquel rezo. Aunque a Felipe Ramírez le hubiera gustado pagar oración con llanto, el rezador cobraba algo caro, así que se acordó con él para que solamente le rezara sencillo a la difunta. Y hasta le pidió rebaja. Ustedes saben: que el ataúd, que la mistela, que las misas, que el mismo entierro; todo eso cuesta sus reales. Y el rezador, que en esto tenía fama de estimarse a sí mismo y no aflojar, por aquello de no dañarse la categoría, esta vez dijo agua va, y que le pagase lo que pudiera. A mí este hombrecillo taciturno siempre me había caído como tropezón en un dedo. Sería por lo negro de su oficio. Comía de muertos. No bien entraba al rezo, se nacía como una fuente el hombre, y a chorrear se ha dicho oraciones, fórmulas y enredijos, y todo el mundo a seguirlo y hasta a reírle las gracias, que de cuando en cuando entremetía por ahí como quien no quiere la cosa y que, ya se ve, las gentes celebraban tanto. Hombre, si hasta en los duelos salía con su gracejada. A mí me parecía muy hereje su modo de rezar, y de dónde que me calzaba la persona. Pero aquella noche parecía que estaba tomando en serio la rezadera. Sería porque el duelo era de los sonados. La muerta había sido muy sentida en todo el vecindario. Cuando una mujer entera, apenas con un crío, con marido cumplido y empeñoso, de pronto se nos apaga como candil al que se le acaba el aceite, hombre, sí es cierto, el golpe llega a lo hondo y lo menos saca lágrimas hasta a los primos terceros. No que hubiera sido muy bonita y de poner en altar la María; mas sí todo lo honrada que ustedes pidan y todo lo hacendosa y de buena familia. Hasta yo estaba medio apretado de garganta; no digo que lagrimeando, pero sí tocado de fuerte sentimiento. Hombre, va y de pronto comienza el rezador a rezar alto y desentonado, y todos a fijarse en él como sorprendidos, pues su manera no parecía la trillada y conocida en velas de paga sencilla. Y a poco más se nos suelta el fulano a llorar con lo más escogido y plantado de su llanto. Yo vi cuando Felipe se levantó del rincón donde había estado hecho un ovillo de sentido que se hallaba, y se acercó al rezador para decirle: “Hombre, Jesús, esto no es lo convenido. Yo no puedo pagar rezo con lloro”. Pero el rezador seguía voceando más alto y lagrimeando más fuerte, como si el asunto no fuera con él. Noté lo embarazado que se encontraba Felipe. Y como éramos amigos, ya yo encorajinado con el rezador, me le arrimé y lo sornaguí de un brazo. Hacía rato que el hombre estaba aprovechándose de la ocasión para aumentar el estipendio. “Oiga, Jesús,

deje eso. Felipe no quiere llanto”. Y fue y el hombre me volvió a ver con toda la cara mojada y la nariz enrojecida, cerró los ojos y me dijo: “No le hace... Es que no puedo”.

¡Ajá! El rezador que manejaba a su antojo el llanto no podía hoy parar las lágrimas. ¿Adivinan ustedes? Uno de aquellos días amanecieron sobre el lomo de tierra bajo el que habían enterrado a María, dos coronas y un gran ramo de varitas de San José. Yo estoy seguro de que le costaron al rezador exactamente lo mismo que le pagó Felipe Ramírez por rezar en la vela de su esposa... Aunque, solo yo lo supe, porque solo Tata Mundo le espió la cara y vio que el corazón se le estaba derritiendo al rezador cuando le respondió: “no le hace...”.

## EL TRUEQUE

Aquella tarde le dio a Tata Mundo por hacer recuerdos, a los que era tan como viejo hablantín inclinado, y pasando a brincos de saltamonte de uno en otro, vino finalmente a caer en dos ya finados parientes que allá en sus tiempos mozos había conocido.

—Por ahí dicen a menudo —gruñó pensativo mientras a nosotros se nos caía la baba escuchándolo—, que naide sabe para quién trabaja, y yo me ando temiendo mucho que eso está equivocado. Más bien me quedo con aquello de que el que la hace la paga, pues al fin y al cabo uno vive y se joroba para recoger cosecha, aunque en veces la cosecha la levanten otros por uno, que es, como bien lo veremos, otro modo de cosecharse uno mismo. Si no, aquí está la historia de mi primo Remigio y mi primo Gabriel, hijos de tía Francisca, la que fue casada con tío Rubén Fuentes. Uf, ya va para cuarenta años que pasó esta historia, y a mí nunca se me olvida porque es una de las cosas que más pensamientos me han hecho ordeñar de mis sesos. Gabriel y Remigio eran de los menores, y aunque no gemelos, le salieron a mi tía muy parecidos de cuerpo y de cara. Yo no me acuerdo ya quién de los dos era mayor; pero sí que el uno vino en seguida del otro, y que desde chacalines, que ni que lo hubieran apostado, si el mayor jalaba p'acá, el menor tiraba p'allá, y cuando este decía que sí, aquel, de seguro, que no. Y a medida que fueron creciendo, por estas que en mi vida supe de dos mamulones que tuvieran ánimas ni humores más diferentes. Remigio, quien por lo visto nació buey manso y bueno para el yugo, desde chacalín dio muestras de mucho empeño para ayudarle a tío Rubén en las labores del campo, y asina aprendió a defenderse con su machete y su pala, en tanto que mi primo Gabriel, más avisado y mañoso, siempre andaba a la zafada, ya monteando, ya por La Línea, ya en la capital buscando vida en trabajos que naide sabía. Hombre, y lo cierto es que mientras Remigio la pasaba pobre, Gabriel a veces nos enseñaba así fajo, que, bueno, no le calentaba mucho los bolsillos porque como le entraban las platas asina se le lavaban de fácil. Buen guitarrista, mejor bebedor y excelente para la [cutacha](#), a nosotros nos daba cólera ver cómo nos quitaba las novias, nos ganaba a las trompadas, y a zampar tragos, ni para qué; cuándo no nos dejaba molidos y bien [almadiados](#), en tanto que a él ni goma le había de agarrar, Señor, y por eso mismo, han de creer que le caía bien a todo el mundo. El muy demonio se las amañaba de manera que no había quién no votara por él. Lo que yo llamo un fulano con el costal siempre lleno y regándosele, como a ciertas mujeres las ubres. Que la llevaba suave el hombre, la llevaba. Uh, me acuerdo bien de lo orgulloso que este viejo Tata Mundo se ponía cuando alguien le preguntaba si Gabriel Fuentes era su primo. Se me aguaba la jeta de gusto respondiendo que éramos parientes.

Tata Mundo se aflojó el nudo del pañuelo, aireándose un poco la garganta, y luego siguió con su primo Remigio.



—Primo Gabriel se había ido del lugar hacía dos años largos, cuando primo Remigio echó patas para el [Guanacaste](#) con una su mujer con la que nunca supe si se juntó o se casó con todo y padre. A filo de cuchillo, de lujar palas en los cafetales y hacerse un arco sobre las sementeras, el hombre había conseguido juntar su manadilla de pesos, y ya la mujer con su primera panza, arreó con ellos y con ella para allá diz que a una tierra que había conseguido barata. Tenía también su vaca y un caballo, y llenando año con año y sudor sobre sudor sus diez buenos sacos de paciencia, ¿lo adivinan ustedes?, primo Remigio se salió con la suya: hizo finca, construyó rancho y echó al mundo cinco descendencias, dos machos y tres mujeres. Así, rodeado de unas vacas, buen número de gallinas, su par de yuntas de bueyes y algunas manzanas de maíz y frijoles, me lo vine a encontrar por aquellos años un día que me fui de sácalas allende la cordillera y estuve temporando en su rancho. Me acuerdo que le pregunté:

—Hombré, Remigio, y ¿qué has sabido últimamente de Gabriel?

—Poca cosa, como siempre. Creo que aún está por La Línea. Ese [Juantarantas](#) no se halla si no es brincando de aquí para allá y yendo de una cosa en otra.

—A mí me contaron —le dije—que es que se había metido a contratista de madera, allá por Guápiles, entiendo que para una compañía de [machos](#), de esos que siembran el banano.

—Pues a saber —frunció la trompa Remigio—. Ya ves, Mundo, y no ha hecho nada Gabriel. Ni sienta cabeza, ni cuaja familia. Porque la Mercedes, aquella con quien andaba el año pasado, supe que se le aventó con otro. Y él seguro muerto de risa.

—Pero hijos, esos sí que los ha dejado sembrados por aquí y por allá.

—No digo yo que sembrados. [Destorrentados](#), [carajo](#).

—Ustedes como que no se llevan, ¿verdad, Remigio?

—¿Qué te dijera? Quizá que no. Pero nos queremos.

—Son hermanos, y tan parecidos de físico.

Eso hablamos de Gabriel cuando nos vimos. Yo seguí mi camino, y ellos, como verán ustedes, también. Meses habrían pasado cuando llegó al maizal la mayorcita de Remigio a avisarle que en la casa estaba el tío Gabriel. Remigio volteó los ojos, como extrañado, y en tres o cuatro caitazos se puso en el rancho y ya estaba abrazando a su hermano y preguntándole mil cosas. Gabriel, por lo común hablador y comunicativo, apenas si medio respondía. No era el mismo. Claro; traía su buen [gallo tapado](#), y así de grande. Halando aparte a Remigio, de buenas a primeras se confesó con él:

—Mirá, ando juyendo. Me cagué en uno.

Remigio cambió de semblante; de ojos, de boca, hasta de orejas, que se le pusieron coloradas. Remigio tomaba las cosas en serio; las sufría con todo su pecho, se hacía cargo de ellas. Mientras estuvo nublado, no acertó a hallarles trillo a las palabras. Luego que se le limpió un poco la cara y pudo echarse al hombro la carga de la impresión tan fea que acababa de recibir, preguntó cómo había estado el asunto:

—Vos conociste a Lorenzo Víquez. Como era hombre de cuidado, y yo no soy ningún flojo, nos teníamos respeto; ¿entendés? Él también se había metido a contratista de

maderas y tenía su trabajadero cerca de donde estaba mi saca. Él manejaba hombres, y yo manejaba hombres. Por eso habíamos marcado de acuerdo una línea de palos que dividía mi parcela de la suya. La [vaina](#) fue cuando llegamos a los palos señalados, que yo hacía propios, y él también.

—Ah bárbaros, y habiendo tantos. Entortarse por malditos unos palos.

—No, Migio; la madera no era la cosa. Pero, vos sabés: él tenía hombres que mandaba, y yo mandaba a mis hombres. Me estaban viendo. A él los suyos también lo estaban viendo. La cosa asina cambiaba. Tal vez si hubiéramos estado solos, pues, o yo se los largo, o él me los deja. Total, uno que otro laurel, y los más puros [ojoches](#) de poco valor. Pero había que mantener la autoridad... La pura [tuerce](#). Nos apañamos.

—¿A machete?

—Mjm, y limpiamente. Lo enterraron allí mismo, en la montaña. Pero no faltó un lengüón y...

—Te persiguen.

—No creo que sea para tanto, por aquí; está lejos. Pero me han encausado.

A Remigio le dolía con escozor saber que su hermano debía ahora una muerte. Pensó tirarle encima una estiba de palabras duras y reconvenciones que lo hirieran, que lo maltrataran, que lo hicieran sentirse infeliz y culpable. Mas no lo pudo. Vio que su hermano estaba hecho de otras razones, formado con otra clase de sesos y otros sentimientos que los suyos, y apenas le agregó:

—Quedate aquí si querés. Trabajo sobra, y hay qué comer.

Gabriel, pensando para sí que se quedaría apenas lo indispensable, tan largo como hubiera peligro y tan corto como encontrase algún portillo por donde saltar de nuevo a su vida libre y despreocupada de siempre, sonrió agradecido a Remigio, y en los días que siguieron se mandó a trabajar con él en las sementeras, aunque, de cuando en cuando, se autorizó a irse de montería por todos aquellos lugares, tan sabrosos de venado y dulcíticos de [tepezcuintle](#). Bueno, no vayan a creer ustedes, primo Gabriel, si se ponía, sabía también domar a paladas un surco tamaño de tierra, porque en músculo quizá que le llevaba la mano a primo Remigio.

Pero ya se me hace este cuento muy largo. Ustedes tal vez están pensando que falta mucho para que le lleguemos a la cola, y ahora casi, casi estamos saliendo de él. La gente acostumbra morirse. Algunos, como este duro y correoso Tata Mundo, se vuelven reacios a esa cosa, y se van quedando para contar la vida; mas no aconteció así con mi primo Remigio. No lo mordió una [toboba](#), ni se lió a machetazos con naide, ni lo corneó torete chúcaro ninguno. Le entró enfermedad que lo dobló en la [cuja](#), y allí se nos fue muriendo de una muerte tan suave y tan ligera. Empero no tan ligera que no diese tiempo a mi primo Gabriel para sacar y poner a asolear un maldito pensamiento, que para cuando su hermano se hallaba a punto de echar la postrer boqueada, ya bien tostadillo se le había convertido en decisión. Sucedió que la causa por el homicidio continuaba muy viva y peligrosa, según había sabido por un amigo, y en estos casos uno quiere echar mancuerna a la ocasión que

se presenta propicia, y esto era lo que Gabriel deseaba decirle a Remigio, si bien no se atrevía por miedo de irlo a terminar de una vez, o algo así. Hasta que se lo dijo. Y el moribundo, cosa curiosa y llena de miga, se alumbró todo de los ojos adentro y del semblante afuera. Quedose mirando como reconocido con él a su hermano, y movió afirmativamente la cabeza, mortecina, sí, pero también decididamente. Murmuró:

—Sí, mano... Me llevo tu nombre... y te dejo el mío... Cargalo, eso sí, con honra.

Al que llevaron a enterrar fue a Gabriel Fuentes, porque Gabriel Fuentes había cogido la fe de bautismo de Remigio y ahora andaba con ella en su mochila.

Tía Francisca había tenido la ocurrencia de pedirlos muy parecidos de cara.

Por donde que Gabriel, a quien no le quedaba más salida, alzó con toda la carga de mi primo Remigio: la casa, la finca, los chacalines, y... hasta la mujer.

Años después me lo encontré en la Boca del Tempisque, adonde había venido arreando un ganado. Y ¿han de creer ustedes?, ya no era Gabriel Fuentes. Era, positivamente lo era, Remigio Fuentes. Aunque, seguro, un Remigio un algo taciturno y callandero. Había enriquecido, agregando otros diez sacos de paciencia a la paciencia de mi otro primo. Y también añadiendo descendencia, como que eran ahora ocho sus hijos. Ji ji ji —rio Tata Mundo—, y yo me quedé dudando: ¿quién en definitiva, murió aquel día? ¿Aquel relumbre de alegría de Remigio, el moribundo, no habría sido un terrible gesto irónico, lleno de sabiduría, como si hubiese estado diciendo: “Sí, mano, yo te cambio mi muerte por tu vida?”.

A Tata Mundo se le ocurre, hijitos míos, que se dan casos en que un difunto sigue viviendo, en tanto que un hombre que vive, en realidad ya se halla enterrado. Pues las gentes nunca supieron la verdad, y asina, primo Gabriel tuvo que meterse en el cuerpo la existencia del otro, más pesada que la suya, y darle a este la propia para que se la llevara al cementerio.

# LA BRUJA

Estábamos unos cuantos pereceando ya tarde en el corredor de una pulpería, cuando llegó Tata Mundo. Ya cómodo y bien sentado sobre un costal de [cubaces](#) comenzó a picarle la punta de la lengua, y como Tata era de los que no tardaban en rascársela, no sé a cuento de qué, que alguno dijo, la soltó por el camino y nos contó otra historia:

—¡Hijo de Dios; pero qué temeridad es hacer un nudo y en seguida no saber cómo desenredarlo! Asina le pasó a una comadre que yo tuve y que, ya lo verán ustedes, por dárseles de panadera metió al horno un pastel que se le chamuscó todo y se la llevó por último de encuentro. La tal había de muy ternerilla quedado aumentada de no se sabe quién, con lo que le nació a los nueve justos una chacalina lo que se llama linda. La gracia le valió que la familia la pusiera puertas afuera, pero como hay milagros, y los pobres ya por sí mismos como que son milagros vivos, mi comadre se las compuso para vivir y criar a su hija, a quien puso por nombre Fidelina, y hasta para sacudirse de encima la pobreza.

Yo, bien que ustedes lo saben, no creo en brujas de esas que diz que vuelan en escobas y se despatan a errar por los aires de la noche manoseando vidas y haciendas ajenas. Pero sí tengo tragado que hay quienes nacen brujos de por sí, con lo que digo que traen sabidurías naturales o aprenden más de la cuenta de sí mismos y de los demás, y asina hechizan y manejan fácilmente a otros. Uno, que no es más que hombre común, se cría lleno de grietas y endebleces. Y como no nace con más ojos que dos, no trepa sino a ser cristiano a secas. Pero esos que llaman brujos como que llegan al mundo bien almorzados, de mejor vista y oídos más agudos. A poco que crecen, se avisan mejor que uno, van ojeando las mellas y quebraduras que al simple cristiano aquejan, por ellas se meten y caminan que ni por finca propia, y, así quién no, mandan y se aprovechan. Todo esto porque mi comadre Auristela Arteaga como que había nacido bruja.

No sé hasta dónde una temporada que se mandó a pasar por los Escazuses le enseñó algunas mañas y brebajes de esos que sirven para engatusar a tontos y enredar a desprevenidos. Mas sí me sé que la Auristela anduvo tatareteando por la capital sus buenos años, donde llevó vida de patio y se acostumbró a noches de gata de tejado que, bien conducidas, siendo que no era nada fea y sí lo lista que les cuento, le sirvieron para armarse de alguna mala fama y también de alguna buena platilla. Para mujer sola y madre de una doceañera, mi comadre no la pasaba tan apretada cuando regresó al vecindario, ahora con humos de capitalina y prestamista de dos mil pesos al cinco por ciento mensual. Así no más, claro está, no se iba a lavar de encima su historia, que se sabía llena de lamparones, por más jabón y restregadas que se diera. Las gentes no perdonan fácilmente, y menos a estas Auristelas que se encumbran con el viento que sea. Con mi comadre no sé decirles qué se cobraban ni qué culpa le podían encaramar a la mujer. ¿Quién había metido

a sus parientes a ser tan jueces con ella y tan verdugos aquella vez que porque trompicó la echaron al barreal a que se ahogara? Pero como las gentes se acostumbran, pronto, sin perdonarla, se acostumbraron a ella, y hubo ya quién algún adiós y algún buenos días le dejara caer al pasar por la casilla que se había mercado frente a una calle orillera. Lo bueno comenzó para ella cuando se supo que la mujer sabía de cosas ocultas, echaba y limpiaba maleficios, y leía el porvenir en las manos. No era tanta, amigos míos, la ciencia de mi comadre, que apenas llegaba como hemos visto a unos cuantos artificios bien aprendidos, mas como en cosa de “[creyenza](#)” son las gentes quienes se encargan de doctorar o no, me doctoraron a la comadre, le tuvieron por eso recelo y se cuidaron de no jorobarla. Ahora teníamos bruja titulada en el barrio y la cosa sonaba a campanillas; aseguraba altura sobre los otros distritos, que solo podían tener maestro, curandero, algún tonto y algún atarantado. Y a todo esto, ¿qué pitos tocaba por mientras la Auristela? No pitos que se oyeran mucho; el contrabajo sí, sordón y disimulado. Ni decía que sí, ni decía que no. Y se rodeaba de misterio. Luego se averiguó que prestaba plata. El maestro, como no creía en brujas, fue el primero en ir por lana; se medio hicieron amigos. Más adelante, el turco de la pulpería se llegó a que lo pelara y acabó también por medio apegarse de mi comadre y ventearse la boca diciendo linduras suyas. Ya cuando ñor Rudecindo Huertas, con todo y lo espinudo de su cáscara de chayote sazón, entró en un trato por la pura necesidad de amacizar una cosechilla de café, se acabó de desmoronar la tapia que la tenía separada del vecindario, las chacalinas jugaron [quedó](#) con su chacalina sin que las madres les arrancaran las orejas, esta entró de alumna en la escuela, y en un turno que hicieron para remendar la ermita la Auristela midió la distancia, vio que ya lo iba pudiendo, y se metió a mandonear las rifas y las bombetas, con lo que el turno dio muy buena cosecha. Ya les he dicho lo enterada que era. [Adió](#); la hubieran visto ustedes codeándose con tata cura y ña Pascuala, esta como quien dice lo mejor en religión del barrio. Para la política corrió a enhorquetarse en una yegua vieja y a desfilarse al lado del candidato de la ganancia. ¿Acaso mi comadre servía para apuntarse a cosa de perder? Para qué los canso más. Dos años más tarde, ya se las había campaneado para echarle la manea a un viudo bastante rico que había en mi barrio. Las lenguas murmuraron que había sido a punta de polvo de cuyeo y caldillo de tarántula. Qué cuyeo ni en qué vainas me veo. A mí con esas. Si el mismo viudo vino de [dundo](#) a meter sus patotas para que se las amarrara. Hacía su rato que ñor Pascual andaba medio enfermo, rato en el que el curandero ya le había descascarado sus buenas tajadas sin que la curación llegase, a más de la receta de fulana y el consejo de mengano y un viaje al centro de Alajuela para ver a un doctor lleno de fama. Júntenme ustedes tantos [merendengues](#) para una sola dolencia con que la persona no se nos compone de las dolamas, y aquí anda [candanga](#) de por medio: maleficio. Y, tras el maleficio, acudir a quitárselo de encima adonde está candanga. Fue a buscar a Auristela. Y mi comadre, que tanto como darse por bruja nunca se daba, viendo el modo de llevar el asunto por buen camino, mandando, mandandito, y aprovechándose, pero sin enseñar sus ganas. Uh, ella se sabía sus modos. No le soltó prenda de bruja a ñor Pascual esta vez, pero entre si le digo o

no le digo que vuelva se lo fue llevando y se lo fue trayendo en la conversación, y para cuando el hombre se despidió ya le había metido en la cabeza, entre inocencia e inocencia, la si es no es verdad que ella sí que podía limpiarle el maleficio, sí que sabía quién y cómo y por qué se lo había echado; con lo que ñor Pascual se fue chapaleando dudas en un gran charco de incertidumbre, sin nada en claro. Y a la semana volvió de majadero:

—¿Cómo está usted, niña Auristela?

Hasta niña se dejó decirle.

—Pues así como usted ve, pasándola. ¿Cómo sigue la salud?

—Peor que peor, Auristela.

—¿Y no fue a San José, como le dije? ¡El doctor Vargas es tan acertado!

—No, qué va. Ya para dautores sobra. Naide me saca a mí la idea que es que esto está para otra clase de remedios.

Y entonces mi comadre, haciéndose la distraída, como que le cogió la mano, se la volteó y dijo a figurar que leía en ella. Para impresionar se pasó por la cara como nueve caras distintas, una tras otra, haciendo ojos y retorciendo mohínes y respingando nariz. Así que vio que ya había impresionado, soltó la mano de ñor Pascual como con miedo de tantas cosas que había en ella leído y dijo, volviéndose a poner su cara de entre semana:

—No me meta en este compromiso, amigo. Estas cosas me asustan.

—¿Qué es lo que le asusta? —pregunto él, todo temeroso.

—Lo que he visto.

Y aquí fue mi ñor Pascual rogando y suplicando que le sacara el maleficio y mi comadre finge que finge que se negaba, alegue y alegue que ella no hacía esas cosas, puesto que no vivía de oficio tan extraño y peligroso. Que, bueno, era verdad, en otro tiempo había aprendido algunas sabidurías de esas, por pura fatalidad. Una vieja amiga muy sabida en misterios le había descubierto que ella, de nacimiento, traía especiales luces para los hechizamientos, mas, no, que no, diez veces no; ella tenía su hija a quién educar, y por nada del mundo querría que se dijera de su madre que andaba en estos trapos de brujería vestida. Y hasta se quiso enojar con ñor Pascual cuando este se animó a hablarle de que le pagaría con un buen rollo. Al cabo, dijo que por la estimación que le tenía y porque se le volvía difícil no buscarle el bien a un amigo, le diese tiempo para pensarlo. Quizás iría a la capital a consultar con su vieja amiga el caso de ñor Pascual, para lo que le hizo contar uno por uno todos los detalles de su dolencia, y le sonsacó así con cucharón grande buenas rebanadas de las intimidades de su vida. Con todo lo que en plata blanca averiguó, mi comadre olió en claro que aquel viudo todavía [cosposón](#) lo que se había vuelto era un gran saco de nervios y nada serio tenía, como no fuera que estaba solitico y con la viudez se le habían enfriado demasiado las cobijas.

Sí señores —apuntó socarrón Tata Mundo mientras rayaba un fósforo que le alumbró los ojillos burlones—, ya ven ustedes que mi comadre Auristela sabía leer las líneas de la mano. Yo no sé si fue ese mismo día cuando se le atravesó la idea o si esta se le vino poco a poco cuajando. Lo cierto es que se determinó a ser ella la que le desenfriara las cobijas



al viudo. Razones tenía para intentarlo. Han de saber, amigos, que esta clase de mujeres hechas a machamartillo, que tanto se acuestan diablos como amanecen ángeles, también sienten responsabilidades. La Auristela era madre. Y ella, que se había maleducado a brincos y a saltos, y ya tenía [alunados](#) los lomos a punta de tanta albarda, deseaba criar y educar mejor a Fidelina. ¿Y dónde me dejan la sabrosera de poder desquitarse con la familia y con este pícaro mundo, que tan a la grosería me la habían tratado a la comadre? Miren que Auristela había hasta las fechas sacado la cabeza de entre las piedras, con ser que hasta piedras había tenido que digerir en su vida, pero no me la vayan a creer contenta ya con sus dos mil prestados al cinco, su casilla de a dos reales, y ser una más, aunque bruja, de las comadres de mi pueblo. Ahora le había conocido las debilidades a ñor Pascual; lo demás era asunto suyo.

—Hombre, Tata Mundo —interrumpió uno de los presentes—. No nos ha dicho por qué la Auristela era comadre suya.

—Ah —se rascó la cabeza el viejo—, ya me salió usted abundando. Tenía que venirme con la preguntita; qué manera de ponerse a sobrar... Pues que yo, por puras lástimas, llevé a cristianar a Fidelina, cuando de jovencilla dio su mal paso, lo que me valió que las lenguonas del barrio me cargaran a mí el mandado de la criatura. Voy yo de buenazo y apadrino, y de dónde que no salieron como avispa de todos los panales los cuentos conmigo y con mi comadre. Asina son las cosas, carachos; mas como quiero creer que entre ustedes no hay ningún mal pensado, sépase que de compadre y comadre nunca pasamos, y que yo, por la responsabilidad que me había echado al hombro, más de una vez anduve de entrometido con las cosas de mi comadre y con la chacalina, lo que me agregó más vainas y más cuentos, y yo dejándolos resbalar sin importarme, y hasta halagado, qué van a creer, pues Auristela, todavía para estos tiempos de sus jaleos con ñor Pascual, no estaba mal sazónada y caía bien a la vista. Pues sí, cabalmente yo quise atravesármele esta vez de consejero y le hice ver lo feo que iba a parecer que ella se afianzara de aquella manera, pero qué valía espantar [piuses](#) ahora cuando todo el maíz ya había ido lejos. Y como éramos tan confianzudos el uno para el otro, fue y la mujer me contó de qué guisa le había sacado el mal a Pascual Méndez:

—Se lo hice con el pañuelo, el pelo, el vaso y el huevo de tortuga.

—Ah, qué bárbara de comadre.

—Diay, Mundo, ¿y acaso no lo curé? Ahí está la cosa. Mandé a Fidelina por un encargo al centro y mientras tanto puse a humear [copal](#) y [estoraque](#), para que hubiera aire apropiado. Senté a Pascual en el suelo, le pedí el pañuelo y en seguida un pelillo de, bueno, de allí abajo. Lo envolví en el trapo y recité las oraciones, según me las enseñó ña Leandra. Lo hubieras espiado tan en aquello, nervioso y asustadizo, pero creyente. Yo aproveché para decirle que pidiera buenas cosas para él, riqueza, amor, felicidad. Y hasta lo puse a hincarse. Luego traje el vaso con agua y con la flor adentro. Lo envolví en el pañuelo, lo volqué sin que se regara, se lo arrimé al oído y le dije que si hervía era que el mal estaba saliéndole.

—¿Hirvió? —le pregunté riéndome.

—¿Cómo no iba a hervir, si yo restregué los dedos en el trapo, retorciéndolo! Suena contra el vidrio como hervor de líquido.

—Seguro que peló así ojos.

—Y así jeta. Pero yo le dije que todavía faltaba. Traje el huevo de tortuga, seguí rezando mis enredijos, metiendo a María Santísima y a San José de cuando en cuando, y a él diciéndole que pidiera y pidiera. Envolví el huevo en el pañuelo, puse los ojos en el techo y le advertí: ahora sí, Pascual, si sale aquí la cochinada, es que usted está ya libre. Si no, si no, pues habrá que empezar de nuevo otro día.

—¿Y salió?

—No, qué iba a salir. Costó como dos meses de tanteos. Probé otros modos, como el de que me pasara a mí su mal, pero tampoco. Hasta que al fin un día, cuando rompí el huevo, salió el gusano negro.

Yo, que no soy ningún lerdo, sabía qué clase de gusano debía de haber enrollado junto con el huevo aquel diablo de mujer para impresionar al ñor. Su buen mechón de cabellos, que con el atolillo del huevo, podía parecer gusano negro. Y tampoco ignoraba qué untijo de manoseos y tentame vos acá debió de haber sido todo lo que le mandó hacer al hombre para que probara a pasarle el maleficio.

Con lo que el viudo, de veras, quedó esta vez completamente hechizado, mas de lo que pronto se vino a ver públicamente en el distrito. Se aficionó a mi comadre; y de qué modo.

Ustedes van a pensar que a todas esas yo me estaba portando de alcahuete, y sí que no. Lo malo era que las patrañas de mi comadre me caían en gracia, de donde que me costaba mucho hacerme el serio para reprenderla. Pero su buena reprensión se llevó, ténganlo por seguro. Me [arrequinté](#) la faja y le hice ver el mal ejemplo que le estaba dando a mi ahijada.

Hombre, y lo que me respondió mi comadre:

—Mundo, no sea usted tonto. A mi hija no le cae mal estrenar tata, que nunca lo tuvo, y más, va a tener casa horconuda y grande. Yo sé cómo me manejo.

Me fui con el rabo entre las piernas, y ella siguió anudando la [pita](#) hasta salirse con ñor Pascual plantado con ella frente al cura en la iglesia, seguro y matrimoniado. Bien que sabía este viejo lo mucho que el diablo había amasado las tortas de novio que nos cansamos de comer en el festejo, pero siendo entre mayores de edad el desbarajuste, quién lo iba a meter de redentor. Y como compadre que era de la Auristela, y tan amigo, uh, cuánto se divirtió bailando y cuchareando el guarito. Hubieran visto a Pascual Méndez haciéndoseme el amigo con lo de “compadre por aquí, compadre por allá”, y a mí en el fondo doliéndome el hombre, aunque también teniéndole mi cólera por lo tonto que se había portado dejándose ahí no más apercollar de la Auristela.

—Hm, ¿no sería, Tata Mundo —se atrevió a insinuar uno de tantos—, que a usted lo que más le escocía era la comadre, ahora casada?

—Caray, pues a saber —siguió Tata Mundo luego de pensarlo un poco—. La verdad es que

yo no la malquería. ¿Sabe? Me hace usted enredarme en dudas. La tal comadre como que era bastante pegadiza, y quién quita un quite que a mí por entonces ya se me hubiera enroscado en los sesos. Nunca se me ocurrió que fuera asina, aunque ahora vengo a ver que su punto hubo de escozor en todo aquello, quizá que lo hubo. Mas esto para nada interesa. Sí que importa lo que aquel día noté a luz de sol sin nubes. Y fue que el hijo de ñor Pascual no las tenía muy dulces con Auristela. A la legua se veía lo mal que estaba aceptando la ocurrencia de su tata. Con ser que era hablador, no abrió la boca en todo el tiempo, ni probó vianda ninguna. Se estuvo allí por no enseñar lo ardido que se hallaba. Pero yo acaté muy pronto y comprendí lo ácido que le estaba corriendo el humor por todo el ánimo. ¿No ven que traté de platicarle y me gané que a mí también me hiciera parte de su inquina? Se me había olvidado que la novia era mi comadre, y allí lo recordé a las claras cayendo en la cuenta de lo a disgusto que el muchacho se encontraba conmigo. Me aparté de Eustaquio y me dije: “huele a agrio”, porque agria y [tilinte](#) se veía la cosa.

Miró Tata Mundo su reloj y vio que ya era tarde:

—Me tengo que ir. Ahí otro día les cuento la mar de [salazón](#) donde desembocó esta historia. Tal vez que sea mejor dejarla aquí no más, pues hasta aquí es historia de gracia, y el cabo que nos falta no me ayuda a alegrarme.

Qué iba nadie a permitir que se fuera dejándonos a oscuras; y como no podía contra tantos, puso abajo y continuó:

—Yo me fui por entonces lejos, allá por donde nacen los relámpagos, y no volví a mi pueblo durante unos años. Fue mientras tanto que el fuego de los días se dio gusto fraguando, y endureció a los unos donde derritió a los otros. La comadreja se le coló en el patio a mi comadre por donde no lo esperaba. No le pareció mal, vaya que no, cuando venteó el camino que primero las miradas y luego el corazón de Eustaquio comenzaron a caminar en pos de su Fidelina. Y el amor del muchacho creció sin que aparentemente mi comadre anduviera pero ni sabiéndolo, aunque no acababa de pedir a todos los santos que madurara en matrimonio. Tanto miró hacia aquel lado, que con ser tan bien dotada de ojos, nada pescó del otro. Ñor Pascual, al parecer tan de barro suave con el que podían hacerse desde ollas hasta comales, era también de gusto y enamoradizo. Bueno, no sean ustedes tan duros. Yo, pecador como cualquiera, puedo asegurarles que no le sucedió por maldad ni por glotonería. Quizá por debilidad. Si flojo se había portado cuando mi comadre se autorizó a doblégarlo, débil seguía resultando después, que ni un [quelite](#) tierno. Las lenguas hablaban mal de su mujer. Decían que le robaba las vueltas con un mozo jovenzón de un barrio vecino y que traía al ñor de poco más o menos, haciéndolo dormir en el galerón de las vacas, ahora que lo tenía tan apersogado al [bramadero](#). Pero Pascual Méndez aún no había llegado a poca cosa ni a viejo todo chocho. Se desamorizó de mi comadre prendándose como un sonámbulo de Fidelina. Y esta, que aunque la madre lo ignoraba sabía ya casi tanto como ella, se puso a llevarle la corriente al río y a jugar con el tata mientras pensaba más adelante ponerle la trompilla al hijo. Por supuesto, todo por encimitica, sin ir más allá de una mirada y una sonrisota, que al sazón de ñor Pascual

hacían hervir como manteca en [lebrillo](#). Vino en seguida lo del regalito aquí, lo de la palmadita allá, ni qué decir que a escondidas del hijo y hurtadillas de Auristela. Hasta que el hombre, embiste que te embiste, se salió con la suya. Cuando mi comadre notó la novedad en Fidelina, dijo a alegrarse y a babear del contento, porque, ahora sí, la cosa estaba en punto de jalea, y ella se encargaría de todo lo demás. Tan acostumbrada estaba a hacer siempre todo lo demás que no podía imaginarse otro final para el asunto que el casamiento de su hija con Eustaquio, a quien hacía padre de la criatura. Susto el que se llevó cuando al traer al terreno de las verdades a Eustaquio, este nada le respondió sino que apretó labio con labio, y la miró con unos ojos así de claros, así de airados, así llenos de odio. El mundo se le vino al suelo a mi comadre y se le quebró como un tiesto cuando acató la cosa. Cara más pálida la que puso; una muerta hubiera parecido a la par suya mi cobija colorada.

Esperen ustedes; asina no se quedó la cosa. Por un lado ella, y por otro el hijo burlado, comenzaron a pensar matar, y a no decirlo.

Y un día encontraron en el cuarto del galerón de las vacas, donde dormía entre sogas y monturas ñor Pascual, dos cuerpos macheteados: el de él, y el de mi comadre. Y como aparecieron por ahí los dos cuchillos, ¿qué iba a pensar la gente sino que entre los dos se dieron de filazos y se mandaron al infierno? Y asina se sobreseyó la causa, como que no sobrevivió reo a quién mandar para San Lucas. Mas yo llegué por aquellos días de las Minas de Abangares, supe la desgracia, y me dije: Hm, qué va, aquí el agua está más honda. Y me puse a averiguar. Me zumbaban los oídos con la extrañeza de que ñor Pascual hubiera estado durmiendo como quien dice con su cruceta bajo la almohada, a más de que no se me figuraba fácil de llevar la cosa de que mi comadre hubiera podido con él a machetazo limpio, cuando se sabía lo bueno que había sido para arrendar su [realera](#). Y como yo no me quedo con basura en el ojo, un lunes de plaza que me encontré a Eustaquio Méndez por Alajuela, le metí unos tragos, lo pastoreé de lo lindo y acabé por hacerlo contarme todo el tamal, ya sin hojas. Fue Auristela la que destazó todo a ñor Pascual. Pero fue él, el hijo, quien alivió de la vida a mi comadre. Me lo contó lloriqueando, sentido como el que más y como no queriendo ni acordarse. Dijo que su intención había sido matar al viejo. Lo había rumiado a lo largo y a lo hondo, noche sobre noche. No ven que el tata le había quitado a Fidelina; la había deshonrado, y de él se había reído como quiso su gana. Y dio la casualidad que se fue a encontrar con la barbaridad cuando llegó al cuartillo de su tata; el viejo agonizando, y la mujer todavía dándole de filo. Qué extraño; aún estoy viendo a Eustaquio explicándome lo que le cogió en aquel momento. Vio claro, dijo, clarísimo. Se le salió lo hijo de adentro del pecho, respiró por su tata, y se le fue encima a la causa de todo: la bruja.

A saber si como ya venía a beber sangre no pudo detenerse, y convirtió en doble venganza, la venganza.

Yo nunca conté nada. Para qué, ¿para hacer más desgraciado a Eustaquio Méndez?

Terminé nuevamente de buenazo, y me salí con la mía: llevé a cristianar al chacalín de

Fidelina, del que todavía soy el padrino. Pero esta segunda vez sí que nadie se atrevió a salir con cuentos... Había dos muertos que hubieran atestiguado a favor mío.

# LA VIGA

Hacía rato que Tata Mundo nos venía prometiendo llevarnos a una milpa que tenía por las laderas, solo que a la ida no se le llegaba la vez, decía él que porque el maíz aún no estaba cuajado. Así que cuajó, nos dijo que el sábado en la tarde nos íbamos a destormentar por allá, de modo que despabiláramos las piernas para la caminata y nos diéramos desde ahora a paladear los [elotes](#) que nos habíamos de comer al propio pie de la mata. Y, como a lo dicho hecho, el sábado íbamos con Tata Mundo potrero arriba y cafetal abajo, y a eso de las tres, con un tiempo de golondrinas, llegamos a las laderas donde, entre otras, nos señaló una milpa que era la suya, y hacia allá nos despatarramos. A poco, ya teníamos el fogón encendido y una docena de mazorcas dorándose en las brasas. Tata Mundo estiró el brazo, alcanzó sus alforjas, de una de sus talegas sacó la botella con el café y sorbió unos tragos. Y mientras nos la pasaba a nosotros, abrió la bolsa del otro lado y como quien de allí coge un rico lechón cocido, sacó tamaño cuento, lo extendió ante nosotros y empezó a narrarlo, entre mazorca que comíamos y [olote](#) limpio que desechábamos:

—Había una vez en un pueblo de la meseta, allá abajo, un campesino llamado Pedro Lépez. De medianos pasares, lo cual quiere decir que era entre pobretón y acomodado, el tal Lépez se hubiera dicho un tipo feliz de no haber resultado padre de un hijo más vagabundo y tontonco que una [piapia](#). Habiendo la madre del muchacho pasado a mejor vida, pasó Pedro a mejor mujer con una jovenzona del vecindario, de quien cosechó más familia poco a poco, mientras el zafalomos de su hijo mayor, sin dirección ni madre, crecía como quien dice pastando en orillas de calle, se educaba en los escaños de la plaza, y, de aprender, nada, como no fuera patear la pelota todo el día y jugar al billar noche tras noche. Esta clase de fulanos no escasean, naturalmente, pero sucede que por lo común no tienen un tata tan ocurrente como Pedro Lépez. Pues no lo juzguen mal ustedes; él había hecho lo suyo tratando de arrendar a Casimiro, aconsejándolo, reprendiéndolo y hasta matándolo a palos allá de cuandito en vez. Mas de dónde que conseguía endilgarlo. El hijo había nacido terco de hocicos, y ni con freno atendía, por lo que Pedro Lépez se cansó y acabó por dejarlo en libertad y que trotase a sus anchas por la vida. Hombre, y un día de tantos, a eso de los veinte años de Casimiro, se llegó este por el [cerco](#) de su padre, lo llamó aparte y le dijo:

—Tata. Vengo a que me ayude y me aconseje.

El viejo se encontraba sacándole filo a su cuchillo en la piedra de mollejón y de la sorpresa por nada que se rebana un dedo.

—¿Aconsejarte? ¿Y de qué?

—Es que... estoy por casarme.

Los ojos que le abrió Pedro Lépez a su hijo.



—¡Vos! ¡Casarte! ¡Y cómo!

—Pues, asina como le digo. Como no he ajustado los veintiuno, necesito su consentimiento.

El tata arrugó la boca que casi se le cruzan los bigotes, y se quedó pensando un rato. En eso dijo:

—Mirá, cogé un papel. ¿Todavía no has olvidado escribir? Tomá este lápiz. Apuntá, apuntá —y comenzó a dictarle.

Casimiro cogió el lápiz y el papel, mojó en saliva la punta y garabateó: “Café, 0.65; arroz, 0.70; frijoles, 0.50; dulce, 0.25; verdura, sal, manteca, leche, medicinas, ropa”, y todo eso, m’hijitos, que una familia quita y borra cada día mientras alguien pone y pone y nunca acaba de poner. Bien lo sabía Pedro Lépiz, como lo sé yo y ya se lo averiguarán ustedes apenas den con la pareja y amanezcan casados.

—Sumá, sumá para que veás.

Qué sumar ni qué nada. Casimiro agachó la testa y se quedó como en misa. Quizá que sí, quizá que no había meditado en el arroz y los frijoles. Y habiéndole su padre agregado que ni a mentadas le daba el consentimiento, lo alzó a ver con ojos de ternero degollado, dio media vuelta y lentamente, a más no haber, se apartó de por allí. Pues si a la verdad, Casimiro no era tan tonto. Dijo a moler pensamientos todos aquellos días a ver qué caldo les sacaba, pero apenas si en claro consiguió un huacal de puras cachazas. Estaba arreglado. Y lo peor, enamorado que ni torcaz tristona. Todo lo que se dijo fue: “No tengo más tata que ese. Y si él no me ayuda, pues me espero a cumplir los veintiuno”. Y con esta gran razón volvió de necio a casa de Pedro Lépiz.

—Está bien —consintió por último este—, allá vos con tu Carmela. Buena es, y empeñosa. Ojalá que la enyugada te sirva para que sentés cabeza y aprendás a trabajar.

—¿Me ayuda, entonces?

—Tanto como meterte el hombro, no puedo. ¿De dónde cojo yo para otra boca? ¿Y para las que en seguida vendrán? Pero tengo la casilla aquella de “La Vuelta”. Es un cuarto de manzana. Sembrá aunque sean yucas y chayotes, y te vas a vivir allá.

Y, chupulún, el gran tarantas se tiró con todo y ropas de cabeza en la poza, y en los primeros meses el matrimonio le pareció una agüita tibia y retozona, y él a nadar a gusto, y todo suave. La Carmela lavaba y aplanchaba ajeno. Él, porque no se dijera, sembró de veras yucas y chayotes, y ahí de cuando en cuando, de una buena tacada, rebanaba algunos pesos en el billar del centro.

Y mi Pedro Lépiz vigiando disimuladamente al hijo y a la nuera. Cuando pescó al vuelo estando en misa la primera panza que apuntaba, volviéronsele a cruzar bajo las narices sus bigotes, ya algo canos, sombrío y preocupado, aunque también, muchachos, medio endulzado de ánimo. Lo digo yo, que soy cincuenta veces abuelo.

Acá empezó Casimiro a ver cómo el agua se le enfriaba y la cosa se le ponía cuestuda. Y a trepar montaña se ha dicho, descalzo y mojándose. ¿Se imaginan ustedes que él no tenía su poco de bueno y su toquecito de orgulloso? Pues lo había, y tanto. Solo que había

tardado en crecerle, como si a los veinte años hubiese principiado a tener catorce, y a hacerse hombre. Se lo notó bien pronto el tata, pues lo alcanzó a ver trabajando ya de peón en carreteras, ya de ayudante en el [trapiche](#) de ñor Lorenzo. Y el viejo contentadizo con todo lo que veía, aunque siempre de lejos, terciando el ojo hacia allá de cuando en cuando, mas sin enternecerse ni aflojar una cuarta la cuerda.

Caramba, qué fertilidad la de la Carmela. Un año sí y otro también allá te iba el otro nieto. Y nuestro Casimiro más echaba los pujos montaña arriba y más se nos mojaba. Y usted suma, ya sin papel ni lápiz, a pura preocupación y a pura memoria, y ninguna plata que alcanzara para tanto chacalín y tanto gasto. Un día entre muchos se le fue el primero para el cementerio. Otro día entre cuantos, dijo a morirse la menor de las panzoncillas que tenía. Y entonces ñor Pedro Lépiz soltó un algo de cuerda, le dio un pequeño gusto a sus sentimientos, que bien que los tenía, y fue allá a meter ayuda con el entierro y la vela. Cruzó algunas palabras:

—¿Qué hay, hijo?

—Ahí vamos, tata.

—Dura la cosa, ¿verdad? ¿[Chima](#) la grupera?

Qué viejo duro y ocurrente.

—Chima, tata, hasta en veces dan ganas de....

—¿Matarse?

—Mjm... Solo porque uno es Lépiz.

—¿Lépiz? ¿Así que ya te abotonaste bien el apellido?

No crean ustedes. Algún rencorcillo guardaba Casimiro a su tata.

—Sí, aunque cuesta. Pero no piense, tata, que es por usted. Es por mí, y por esa marimba —añadió el hijo, y volvió a ver a tres de sus mocosillos que andaban merodeando cerca—, y por el recuerdo de mama.

Qué hijo tan duro y tan hiriente. Lo dijo con segunda intención. Mas Pedro Lépiz echó candado a las palabras, pensando: “Este me seguirá cobrando el no haberlo apuntalado en sus crujidas”, y sonrió entre lastimado y malicioso, al punto que no pudo evitar que sus ojos se le fueran hacia arriba del aposento, muy [de](#) pasarraya, a mirar una vieja solera maciza, que servía de viga a la techumbre.

Por la docena iba sonando ya la marimba de Carmela y Casimiro, cuando a Pedro Lépiz los años empezaron a doblarlo y él a notarse con ganas de echarse a empollar su último viaje. Y entonces mandó a llamar a su hijo.

—Mirá, Casimiro, yo creo que no voy a durar mucho ya. Yo hubiera querido amacizar a todos mis hijos con su buena herencia, pero la vida es corta y uno solo uno. A vos la cosa te va a parecer injusta, pero yo no puedo desamparar a mi mujer ni a estos otros hijos, y a ellos les dejo casi todo: la finca esta y esta casa. Vos, pues contentate con tu cuarto de manzana y la casilla en que vivís.

La cara que puso Casimiro. Y el reproche que se le pintó todito en los ojos.

Hizo envite a irse sin palabra ninguna, cuando el viejo Pedro Lépiz, dura y seca la voz,

lo detuvo:

—Ah, hijo; todavía otro asunto. Alcanzame ese mecate nuevo que está sobre la cómoda. Yo te enseñé, oílo bien, te enseñé a mi manera cómo saber trabajar. Pero el día que ya no aguantés más, ahí te merqué esa soguilla para que te guindés del techo. Oíme bien, eso sí, y cuidado con lo que te digo: si te has de ahorcar, hacelo de aquella viga gruesa que está en el aposento grande de tu casilla.

No pudo Casimiro, mal de su cólera, dejar de coger el mecate y llevárselo, como la muerte cogió y se llevó poco después a Pedro Lépiz. Lo tiró por ahí, y siguió viviendo. Viviendo y crujendo. Y lo peor era que de allí en adelante comenzó a tenerle miedo a la idea aquella de terminar colgado.

Más pobre estaba que una estera vieja y más zarandeado por la vida el día que para poder continuar hipotecó el pedazo. Y peor que peor cuando se convenció de que lo perdería. Entonces se acordó del viejo y lleno de rencor, agrio con él, se dijo: “Ah, sí, ¿pues querías que me guindara? Ahora mismo me voy a guindar, y ahí te mando mi colgajo para que se tueste con vos en los infiernos”. Aprovechó que la mujer y los críos andaban en misa, arrimó un banco, aseguró el mecate de la viga, se mancornó el pescuezo, y ahí no más se me dejó caer para el suelo sin decir ni tus ni mus.

Ah lluvia, ah lluvia gruesa y pesada la que se le vino encima. La viga estaba hueca, y como una tinaja llenecitica de monedas de oro. Se desastilló con la sacudida y el oro bañó y golpeó en el cuerpo a Casimiro, que entontecido por el tirón de su pescuezo no acababa de ver ni comprender lo que estaba aconteciendo. Pensó que se había muerto y que la muerte era cosa rara llena de ilusión, y visión de riqueza, y que tal vez era que se había ido al cielo a pesar de los pesares, y que el cielo ya lo estaba recibiendo con lluvia de monedas, y de las de antes, así tontas, grandes como tortillas. Pero comenzó a tocarse vivo, a sentirse con su carne y con sus huesos, y hasta con dolor en la amelladura de la garganta. Y entonces, asina acuclillado como se hallaba, empezó a comprender, a quitarse lentamente la soga del pescuezo, y a levantarse... Se agachó y juntó un peso, grande, redondo, dorado. Y se le mojaron toditicos los ojos.

—Asina se las sabía [jalar](#) mi amigo Pedro Lépiz—, terminó diciendo Tata Mundo cuando por el lado de arriba de la ladera asomó un campesino blandiendo tamaña cutacha. Como con pólvora en las piernas saltó en sus pies, cogió las alforjas y:

—A correr, m'hijitos, que ahí no más llega el dueño de la milpa.

Y nunca conejo alguno bajó por las laderas aquellas, perseguido de perros, más veloz que bajamos nosotros con todo y Tata Mundo atravesando cercas y vallados.

El viejo sinvergüenza.

## EL ANGELITO

Fue durante una vela de angelito, allá en la serranía al norte de Aserri, cuando nos contó Tata Mundo la que les sucedió a los Artavias y los Arces con dos chacalines que les enredaron en el hospital. Estábamos en lo mejor de las guitarras y lo más encumbrado de los anises, cuando el viejo, medio encendido por tres o cuatro tragos que había bajado, se acercó al padre del niño muerto y le dijo:

—Hombre, Lesmes, ¿reparaste bien en el muertico? Vele con cuidado la cara, no sea que te pase a vos lo que una vez les cayó encima a dos amigos míos por asunto de unos críos enfermos que llevaron a San José.

Esto lo estaba diciendo en el corredor de la casa. Adentro, en la sala, se veía la pequeña caja donde, entre cuatro candelones que hacían guardia de honor y parpadeaban de sueño, velaban al difuntillo.

—Lo hago por molestar, nada más —siguió Tata—, y porque no viene mal que el chacalín oiga esta historia para que se la cuente a San Pedro y le alegre un poco la vida. Se me hace a mí que ser portero de por siempre debe de aburrir así pocote el alma, y quizá que se la desencostre un algo el niño con el cuento, y se lo gane, y apenas entrando en la gloria San Pedro le coja preferencia y le ayude a empatiarse allá entre tanto santo y tantos otros angelitos más adelantados que él.

Por aquí ya se habían acabado la música, el ruido y las conversaciones, y no hubo quién no corriera a oírle la misa al viejo. Él lo sabía, y adrede había comenzado en voz bien alta, pues sí que le gustaba limpiar primero el terreno de otras hierbas que la suya. Hecho ahora el auditorio, bajó a tono comedido y:

—Fue para una peste que cogió a todo el mundo descobijado cuando los chacalines se enfermaron. Los Arces vivían en Salitral y los Artavias en San Jerónimo, así que no se conocían de antes. Entre el chacalinerío que de muchas partes empezó a llegar al hospital de San José, más a morirse que a sanar porque la cosa tupía, Lino Artavia se trajo de su pueblo a uno suyo de cuatro meses, mientras Bernabé Arce se vino batiendo barro con otro de más o menos la misma edad. Caso debe de haber sido que cuando el uno entraba por el portal el otro salía, y si se vieron las caras no pudieron imaginarse el enredo en que los iban a meter poco después.

Para qué andarse con misterios. Lo voy a decir de una vez. Al uno le mandaron un telegrama para que pasara a recoger su cosa muerta, mientras al otro le avisaron ese propio día que se dejara venir a llevar su niño vivo, que se había salvado. El pobre Bernabé Arce traía cara de triste. El dichoso Lino Artavia, ni qué decirlo, semblante de contentera. El triste salió del hospital con la cajilla al hombro, haciendo fuerte con todo el pecho. El alegre con el pelón en brazos, deseando ser [mozotillo](#) para volar más pronto

hasta San Jerónimo. Le habían dicho: “Mire, señor, el niño quedó con una pierna paralizada. Va a tener que hacerle masajes y fortalecerlo bien”. Pero ni le importó.

Con pata tiesa y todo, allí estaba. Era el número doce. Cuánto que les había costado a él y su mujer redondear la docena, y por poco que se les descompleta. De camino, con todo y ser los hombres medio tardos para estas agudezas, Lino le echó al crío dos o tres revisadas, y dijo a sentir sus dudas. “Hombre, no sé por qué, pero este no se parece al que traje”. Mas se forzó a pensar que posiblemente la enfermedad lo había cambiado alguillo, que en todo caso él no era la mama, y la verdad, no podría decir si antes se había fijado o no se había fijado en cómo era. Todos los chacalines de meses eran puras semejanzas unos con los otros.

Vivía en rancho de pobre, en orilla de calle, de jornalear y sembrar en lo ajeno. Apenas si tenía dónde caer muerto. Josefa salió a recibirlos a la puerta, con el penúltimo en brazos todavía queriendo tentarle el seno para mamar.

—Ya está bueno, hartón; ahora que vuelve el chacalín, el que va a aprovecharse es él.

Y se lo arrebató frenéticamente a Lino para darle el pecho. Artavia se sintió a oscuras para decirle a la madre los sonidos a hueco que se traía. Dejó que ella, por su cuenta, diera con la verdad. Pensó que si ni siquiera dudaba, todo habrían sido imaginaciones de su cabeza. Con dos o tres chupadas que le dio, se percató la mujer de que el chacalín estaba acostumbrado a otros pezones. Tanta había sido la contentera con que se le había ido encima para recuperarlo, que de buenas a primeras ni lo había mirado. Había hecho lo que le nacía de primer envite: agarrarlo, tocarlo, babearlo a besos. Y ahora que lo espiaba, sin mucho detallarlo, sabía que no era el suyo. El marido, que no había nacido para tonto, se lo acató de inmediato viéndola como se puso.

Entraron en la casilla.

—¿Qué hacemos, Lino? —preguntó Josefa, que también había leído en el ser del marido las dudas que este se traía.

—Yo qué sé. ¿Estás segura?

—¡Cómo no voy a estarlo!

—Habrá que ir a cambiarlo por el de nosotros.

No se le había ocurrido a Artavia que el propio no estuviese vivo. La mujer, en esto, paleaba la verdad más hondo.

—Lino, ¿y si Baldomero es muerto?

—¡Mirá allá! No se me había ocurrido.

Chepa estaba limpiándose las lágrimas con el delantal.

—Segurítico que es eso. Baldomerito se murió. Si no, ¿por qué nos dieron este?

—Los habrán confundido.

Mientras el [güila](#) chupaba su leche, Josefa iba sintiéndolo poco a poco como si fuera el suyo.

—Lino... Hagamos que es este.

Bamboleó el pensamiento como un [papalote](#) Artavia, todavía incierto. En eso se le

encandilaron los ojos, con una idea:

—Mirá, Chepa. Aquí está la mano de allá arriba.

Y se dejaron al chacalín.

La cosa por los allases, en Salitral, al principio cogió el surco sin dificultades. ¿No ven que el ataudillo venía bien clavado, y por esas ocurrencias de las mujeres, la madre no sintió fuerzas para mirar y no quiso que lo desclavaran? Aquellos vivían comiendo en mejor canoa que los Artavias. Tenían, descontando el muerto, seis de familia, y cerco grande y propio con casa de mejor ver y habitar. Ustedes van a pensar que yo me ando inventando estas historias nada más que para que crean que soy como el Malo, que sale siempre donde no se lo espera, pero lo cierto es que me tocó estar en la vela. Y fue vela rumbosa, asina como esta, solo que ya van a ver en qué charcales movidos vino a terminar por asunto del mucho guaro y la mucha alegradera. Bueno, a eso de las diez todo iba bien. Solo la mama había llorado su poquillo. Mi amigo Bernabé Arce se veía todo encandilado atendiendo a las visitas. Se habían cantado alabanzas por el angelito, y a esas oscuridades de la noche se hallaba tamaño grupo de hombres y mujeres jeteando en la sala, mientras la marimba de Juan Mejía se las daba de buena en el corredor, donde nos hallábamos varios jorobándole la vida al tiempo. Todos se meneaban sobre suelo parejo, y naide brincaba, y todo el mundo trataba en paz. Caray, y en eso aparece la [mosca de tórsalo](#): a uno de esos que porque se zampan una cuarta se les mete la neciadera y la rimbombancia, se le pone discursar así majaderías, y en eso va pidiendo que se abra la caja para que todos le espíen la cara al difuntillo, cuanto más la propia madre; que él sabía lo que estaba diciendo, que cómo iba a ser esa fealdad de que Jacinta se quedara con la gana de curiosear la semblanza del muerto, y esto y lo otro y lo de más allá, y usted me trae un martillo y un formón, con todo el gentío en la sala. Nos abren la caja, nos le aprietan a la Jacinta un mistado de medio jeme, se nos anima, se asoma, y ¡hubieran oído ustedes el grito que se le dejó salir! Claro, conoció de golpe que aquello no era suyo. Si tenía un lunar en un cachete. Y entre ella y el marido lo sacaron, lo revisaron, y más se convencieron.

—¿Y qué paso entonces, Tata Mundo?

—Qué iba a pasar. Por el momento nadie acató otra cosa que meterle con más gana a la chicha y al anisado. Si el angelito no era el angelito había que celebrarlo, con lo que de vela se cambió la cosa a gran parranda, y quién más y mejor que Bernabé y Jacinta mojaron el gaznate, y toda la parentela, y, hasta yo. Le embestimos a la polca y al danzón movido. Se mandó por más bebedizo, pues al que había se lo tragó la tierra pronto, con lo poroso que se había vuelto el suelo. Y quien no grita canta, y quien no baila se tambalea, y quien no traga, pues se larga a vomitar. Y a eso de las dos, con tanta bombeta y tanto cohete, el humo de pólvora tal vez que ya había engusanado la sangre de algunos, y comenzó el pleito. Los de siempre: los Campos con los Campos, unos primos segundos que se tenían su inquina rancia y que con la más pequeña mecha siempre se reventaban en pelea. Más antes hubiera sido difícil, pues al fin un muerto, por más angelillo que sea, se



manda respetar. Pero con la gran noticia de que aquel no era propio, todo el mundo se había autorizado a la tarambanada. Uh, la cosa cundió. Como siempre, los unos contaban con partidarios, y lo mismo los otros. Vieran ustedes qué a palitos me las vi para calmar a los de acá y sosegar a los de allá, que hasta la punta de un [chingo](#) me picó en un codo. Lo peor fue cuando a Bernabé le agarró el desmán, y hecho un bárbaro se les fue encima a las candelas y las tiró por el suelo, y por otros dos que se le vinieron a impedírselo, se armó la pelotera junto al difuntito, y naide supo cuándo ni cómo, allá te fue el manotazo aturdido y la cajilla rodó por el piso, se salió el cuerpo, las mujeres aullaron que ni coyotes y yo, francamente, casitico me salgo de madre y me enojo de veras. Junté al angelito y lo metí en su caja mientras se llevaron a Juan Campos echando sangre y mana Gabriela vendaba la cabeza de uno de los Arces. Total: como cuatro heridos. Y aquella gran grosería con el chacalín de Lino Artavia.

—Caramba, Tata, ese sí que fue pecado negro.

—Imagínense. Si cosas asina han acontecido con angelito propio, cuanto más no iba a pasar siendo que ya había desmerecido a ser angelito ajeno. Naide se había vuelto a acordar de él. Al día siguiente lo enterraron porque ya hedía, y Bernabé se dejó venir en dos caítazos para la capital a reclamar el suyo.

Bonita torta se había amasado con los chacalines. Hasta en periódicos anduvo el suceso. Bernabé tenía su abogado, y el caso pegó salto a las mesas y los papeleos de los jueces. Pero Lino Artavia en sus cinco sin aflojar ni una pulgada. Vendió las dos vacas que tenía, para pagar letrado que lo defendiera, y de dónde que le pudieron probar que su Baldomero no era su Baldomero. Vino y Bernabé Arce averiguó que yo era conocido de Austelino, me habló para que me metiese de medianero en el lío, y yo por [sácalas](#) que soy platiqué con Artavia buscándole manera de ablandarlo y que cediera el chacalín. Hombre, y me dijo unas cosas que me dejaron pataleando en el aire. Todavía hoy, recordándolas, me hacen crujir la sesera sin que me atreva a ser juez ni a sentenciar por naide.

Por los acases, Austelino me recibió entre amable y [retobado](#). Sin muchas vueltas, que no van conmigo recovecos, yo le solté el asunto como me lo estaba pensando, que era del lado de los Arces. Y él una vez que me escuchó, tragó y digirió mis razones, desamarró las suyas y las dijo. Mas comenzó, muy ladino, por asegurar su punto, de primero. Sabía con quién estaba hablando, y como de horcón bien firme me [barzoneó](#) primero las manos:

—Mirá, Mundo, si venís como amigo de esos Arces, a ver qué digo yo del caso, esto es lo que digo: ese chacalín es el mío. Nunca, ni yo, ni Chepa, lo hemos dudado. ¿Lo oíste? Como autorizarte, solo te autorizo a atestiguar asina la cuestión.

—Ajá, Lino. ¿Y de ahí naide te saca?

—¡Cómo, saca! Si esa es mi verdad; ¿quién me va a quitar de decirla? Hora, que como amigo, ya sería otro asunto, y te puedo añadir un cuartillo más de cosas. Ya que te corté la lengua, fijate en esto: a Chepa y a mí nos avisaron por un chacalín vivo. Habíamos estado sufriendo por él, y nos dieron el alegrón. A los Arces les noticiaron por un muerto. Habían estado como nosotros, yo lo comprendo, pero de una vez los acabaron de amolar y les

mandaron todo el dolor de un golpe. Ellos se lo tragan. No creas, Chepa y yo los consideramos. Iríamos por catorce hijos si no se nos hubieran ido dos; sabemos lo que es eso. Hombre; bonita cosa. Así que nos llovió bueno, salvo el hijo, vienen y quieren que se nos muera. No es justo. Asina no se juega con los sentimientos de un pobre.

—Caramba, Austelino, no está mal tu pensamiento, pero se me pone que te olvidás de aquellos. Los Arces también son tatas, y nada malos.

—No, si yo no digo eso. Pero digo que estuvieron torcidos, les llovió malo, y dieron por muerto a su chacalín. Velo bien, Mundo; se llevaron el leñazo. De todos modos ya se lo habían bajado entero. Vos estuviste en la vela —agregó, y yo sentí en la forma como lo dijo una segunda intención. Él notó que se la había sentido, y aclaró—: Yo no puedo aceptar como mío el angelito aquel después que lo ensuciaron como lo ensuciaron. Tal vez si me lo hubieran respetado...

Allí sí que me acabó de desarmar. Me llené de vergüenza. Lino, aunque pobre, sabía ser gente delicada. Se percató de que yo me había puesto como un chile de colorado, y entonces, para disimularme, se echó una risa y me palmoteó en el hombro mientras me acababa de decir:

—Mirá, un hijo es hijo más porque uno lo quiere y lo cría que por el chorrillo de sangre que uno le ha dado. Qué me importa si Baldomerillo es o no es el de mi sangre. Es de mi docena.

Fue y lo alzó, y me lo trajo:

—Velo, tentalo. ¿Está gordillo, verdad?

Y todavía remachó:

—Mejor para él y para los otros que me lo dejé. ¿No ves que si lo devolviera tendría que irme a cortar todo con Bernabé Arce por la barbaridad que se dejó hacerle al que enterraron?

Y de dónde que pude ingeniarme otra cosa que llegarles a los Arces con un gran saco de mentiras, que les vacié todas en los oídos, y, han de ver, creo que los dejé medio convencidos de que, a saber si por la mucha bebedera, aquella noche de la vela ellos habían visto mal y habían tomado por ajeno al angelillo propio.

# MANO PEDRO

Pues señor —dijo aquella tarde Tata Mundo, sentadito en su escaño de los cuentos—, es el caso que a Mano Pedro le había llovido tan duro en los últimos años, que ya el hombre no atinaba con nada y estaba que si se mataba, que si no se mataba, por lo mucho que la desgracia lo había venido cogiendo de manteca para su fritanga. Sin un trapo que ponerse, sin un cinco para puros, peleado con la mujer, los hijos el que no muerto por morir, dejado de los amigos, y de pleitos y calentones de cabeza bien cogido, el pobre se echó una noche calle arriba, dispuesto al fin a acabar con todo. Cogió sogas y cogió monte rumbo al palo que había escogido para que le sirviera de soporte al que habría de ser muerto guindajo de su cuerpo. Vencida su última repugnancia, que era pensar lo feo que se iba a ver de ahorcado y la lástima que por él habrían de sentir quienes en vida no acataron a echarle una ayudita, despachaba Mano Pedro su postrer suspiro, en tanto que se echaba el lazo al cuello, cuando —porque un cuando se entromete si así lo tiene dispuesto la suerte— me le salió de detrás de un matorral un viejito de no se sabe cuántos años de barba, ni cuánta joroba de sabiduría, quien con toda malacrianza y sin muchas aquellas cogió al hombre por el cogote, le dio una tunda con su bordón y me le arrebató la soga.

—Ah, sí, cómo no, qué bonito. No solo has llevado buena reata aquí en la tierra, sino que querés ir a chasparriarte por toda la eternidad en los infiernos —le fue diciendo entretanto.

Y Mano Pedro, todavía medio lelo de la sorpresa:

—Pero, ¿quién diablos es usted? ¡Solo me faltaba esto!

—Qué esto ni qué lo otro. Vos te me vas callando con el ya y ahora mesmo te ajilás para tu casa y te las remendás de alguna manera.

—Adió —se me medio enojó entonces Mano Pedro, ahora mejor cogidas las riendas de su asombrada persona—, tras que me arrea con el palo también me quiere echar a perder la noche. Mire que yo ni a mentadas me vuelvo a casa. Bueno, con una condición lo haría, pero, qué va, eso solo Dios lo podría hacer y como que yo para lo único que le he servido es para limpión de su cocina. Venga acá esa soga y no se atraviere más en mis asuntos.

—Ah, gran tonto —dijo entonces el viejito—, si para eso estoy yo aquí; no ves que Dios mesmo me ha mandado a ayudarte. Allá vos con tu tontería, pero si lo que querés es eso, pues que se te cumpla, de veras, la condición que ponés, con tal que no haya aquí ahorcamiento.

Abrió Mano Pedro unos ojos así de grandes, y entonces notó que al anciano entre si es, no es, le brillaba un resplandor arriba de la cabeza y de las manos le salía algo que parecían rayos. “Hm, pensó, la cosa se está poniendo buena. Este por lo menos es mi mismítico santo, San Pedro”, y le echó a correr por la cintura arriba un friíllo como de

miedo. Mas la “aparición” continuaba hablándole ahora muy amistosamente y el pobre empezó a tomar el asunto en serio y a cavilar de lo lindo, porque el viejo le estaba diciéndole que sí, que podía estar seguro de que en adelante sus deseos se le cumplirían irremisiblemente, y el pobre Mano Pedro, si asina lo aceptaba, podría llegar a ser todo lo feliz o todo lo infeliz que sus deseos quisieran. Pero no todos los deseos: solo aquellos más firmes, más verdaderos.

Mano Pedro, que no era ningún [gandumbas](#), aceptó sin más dudarle y ya lo tenemos de regreso, todavía escuchando las últimas palabras del viejito, que este le gritó con sus manos haciendo bocina:

—Tené cuidado, tené mucho cuidado. Y no olvidés que el hombre muchas veces no sabe lo que quiere.

Empero, Mano Pedro se sentía tan, pero tan contento, que lo único que hacía era enseñar los dientes de la risa y de la alegría sobarse las manos... Ahora verían quién era Mano Pedro Valverde. Ahora nomasito lo verían.

—Bueno —continuó Tata Mundo luego de una pausa que le sirvió para encender su negro [chircagre](#)—, la cosa fue de veras como de milagro. De allí a poco todo comenzó a salirle bien a Mano Pedro, que se volvió de lo más simpático, de lo más influyente y de lo más encumbrado. Los vecinos no hallaban cómo quedarle bien. Lo ponían aquí; lo llevaban para allá; lo encomiaban por esto; lo enaltecían por lo otro, y Mano Pedro hecho un puro turrón con todo el mundo. De flaco y anémico que había sido, paso a paso se ponía gordito y colorado, al punto que su mujer se transformaba en la más amable y bonachona compañera que pueda imaginarse, y los hijos que le habían quedado, ni para qué: hechos unos terneros saludables y con una suerte para todo que solo superaba la de Mano Pedro en persona. Pero no se crean ustedes que las cosas le caían lloviditas del cielo a nuestro hombre; nada de eso; le venían por los caminos corrientes, más o menos como acontece a todos los que manejan con tino sus cosas. Así que naide sospechaba cómo ni de dónde le venían a Mano Pedro su ojo estupendo para los negocios, su don de gentes, y aquella especial viveza para resolver problemas y soslayar complicaciones. Naide se acordaba ya de los años tristes y malditos por los que había pasado. Lo llamaban el trapito de dominguear del pueblo y no había quién no lo trajera en andas. Y como él, que bien sabía hasta qué extremo podía llegar su generosidad, sin que agotara las fuentes, se daba maña para portarse espléndido, todos lo querían de esa manera tan humana y envidiosa como se quiere a quienes van codo a codo con la fortuna. Bueno, que todo parecía andar muy bien en lo de Mano Pedro. Todo menos esa incómoda cosilla de que ningún hombre puede desprenderse sin morirse, y es él mismo. Porque al hombre comenzaron a enredársele los hilos con aquello de sus deseos verdaderos, y las cosas a no hacérsele tan claras ni tan fáciles a poco que pasó un tiempo. Mano Pedro era un hombre bueno y nada lerdo de entendederas, y allí estaba lo malo. La maquinita prodigiosa de sus deseos le estaba resultando demasiado traviesa y respondona. “Y ¿esto qué es, Mano Pedro, se preguntaba; vos deseás y querés, querés y deseás, pero de tus antojos unos se te cumplen y otros no se

te cumplen?”. Bueno, con pensar que los que fracasaban no eran los “verdaderos” que le había dicho el viejito, el asunto se resolvía bastante bien, mas no completamente. Porque también sucedía que se daban hechos que él no había querido, sobre los que, meditándolo bien, concluía por creer que provenían de muy ocultos y desapercibidos deseos que había tenido, y de los cuales resultaba responsable en cierto modo. Asina aquel año cuando solo en sus tierras se dieron buenas cosechas, y muy malas en las ajenas. Es verdad que había cultivado mejor, abonando, escogiendo las mejores semillas y empleando buenos fungicidas, pero, quedaba siempre la duda. Comenzaba a sentirse culpable. “¿Te acordás de aquello otro, Mano Pedro, te acordás del garañón de tu primo Lencho? Era el mejor caballo de la comarca. Y a vos te gustaba; vos se lo habías deseado; se lo ofreciste comprar y no quiso vendértelo... ¿Que qué tenías que ver con que el caballo se hubiera muerto? No, nada, nada, Mano Pedro. Sencillamente lo mató un rayo, y vos no tuviste nada que ver”. Allí estaba lo extraño con sus malditos deseos, que no siempre salían verdaderos, porque de haberlo sido este, el primo Lencho le habría vendido el caballo de buena gana. Y la pura verdad fue que la bestia —ah, qué buena bestia era— pasó a mejor vida. Y de allí las grandes dudas de Mano Pedro, que ya no se sentía tan feliz y se daba a desconfiar de sus intenciones y deseos.

De más en más tornábase silencioso y meditativo. Se le iban las horas recordando hechos de su vida y clasificando uno por uno los deseos buenos y los deseos que se le antojaban malos. Con esto, naturalmente, el saco de sus culpas crecía y se inflaba que hasta que se le iba a reventar. Mano Pedro dejaba de ser un hombre a secas y se transformaba cada vez peor en un viviente examen de conciencia.

Había cosas muy claras, desde luego, como aquello de haber estado queriendo sacarse la lotería y habérsela ganado. Un buen comienzo. Comprar la finca y sacar sustanciosas ganancias. Criar familia saludable y hacer de sus hijos garridos mozos. Buscar y encontrar un fiel amigo y tan magnífico socio como Jesús Sánchez, el compadre que en el vecino pueblo administraba y hacía crecer bienes comunes en un floreciente establecimiento comercial. Pero, ¿y esa ocurrencia de sus amigos de nombrarlo presidente municipal, por mucho que había tratado de disuadirlos? Él no lo había querido. Traía molestias, y no aumentaba sus ganancias. O, ¿era que en el fondo también había deseado estos encumbramientos? Por Dios, se le enredaba la cosa. De este modo cualquier día podría amanecer diputado. Y en este punto el corazón de Mano Pedro Valverde daba tremendos saltos, pues lo cierto es que no se hallaba muy seguro de no quererlo, aunque se decía de manera firme que nada de aquello deseaba ni pretendía.

Un día, va y le vinieron con que:

—Manda a decir su compadre Jesús que se pinte a ayudarlo, porque se siente muy enfermo.

Lo encontró de veras muy acabado. Quería que Mano Pedro se hiciera cargo del negocio mientras él buscaba curación en la capital. Ah, duda más grande y más fea se le hundió a Pedro Valverde en las sombras de su conciencia. Tembló por el compadre y por sí mismo.

Y se dedicó a desear intensa y sinceramente que sanara, que hubiera un médico que lo devolviera a la vida. Porque desde alguna parte extraña de su mundo de sueños e intuiciones le llegaba el conocimiento de que la enfermedad de su socio acabaría con este, y no podía menos que pensar en la circunstancia curiosa de que los bienes que a uno y otro les pertenecían estaban todos a nombre de Mano Pedro. “Dios de Dios, soy quizás un asesino, pero no, si estoy deseando morir yo en lugar de Jesús Sánchez. Y, quién ha dicho que naide va a morir. Aquí naide está muriendo. Son nada más tus absurdas cavilaciones”.

Todo pasa, sin embargo, mis queridos amigos –prosiguió Tata Mundo sonriendo malicioso–. Mano Pedro echó mano al pañuelo y encontró modo de limpiarse tan feo pensamiento de la mente, enterró con todo rumbo a su compadre, y, qué otra cosa iba a hacer, recogió la parte que el difunto había tenido en el negocio. Una pensioncilla pasó por algún tiempo a la viuda, de quien años después se olvidó, porque, como bien dijeron las malas lenguas, un hombre cuyos bienes crecen y se multiplican tiene demasiados dolores de cabeza que atender más importantes que una viuda con hijos, sobre todo si está tan ocupado siempre en desenredar aquel endemoniado embrollo de sus intenciones y deseos. Pues hay que saber que otros acontecimientos y nuevas dudas íbanle llegando al hombre conforme se cosechaban los años, y cada vez tenía más miedo al don maravilloso de que San Pedro lo había dotado. Regalaba escuelas, donaba sumas a la iglesia, era parte en cuanta directiva o consejo se formaba para obras de bien, pero no acababa de sentirse satisfecho consigo mismo. Y seguramente para consolarse y de cierto modo olvidar, se me vino el hombre enamorando de una mozuela graciosa y atrayente, y aquí fue de no parar mientes sino en encontrar el camino de desearla del modo más verdadero, más firme, más cierto, porque Mano Pedro, algo viejo ya, se había vuelto goloso y necesitaba una compañera nueva que le ayudase a sobrellevar la inmensa carga de su vida, tan llena de recuerdos, dudas y tormentas. Y he aquí que la moza para nada que le hacía caso, y él tan en sus cinco de que en el fondo la causa de que la chica no se le rindiera se debía a aquel enredijo indescifrable de sus deseos, que a veces él dominaba y a veces lo dominaban a él.

Para colmo, fue y se le enfermó de cosa seria la mujer propia a Mano Pedro, y entonces allí dijo a acordarse del compadre Jesús, del garañón del primo Lencho, de las malas cosechas de sus vecinos, y atando y más atando pitas, tuvo miedo de que un nuevo deseo suyo, travieso y sombrío, anduviese otra vez jugándole el trompo a la [pasarraya](#) y se le llevara a su propia mujer. Y “hasta allí sí que no, sí que no no no, Mano Pedro”.

Hecho un ay de perplejidad, cargado que ya más no podía en su asendereada conciencia, volvió a coger una noche de luna la sogá –que como glorioso trofeo había conservado colgada de un clavo en la sala–, y otra vez rumbo al monte, rumbo al monte, buscó el palo y se dispuso a acabar con dudas y remordimientos, ahora para siempre.

Pero, quizá pensando que era posible un último milagro, pues a la sazón no quería verdaderamente morir, sino de algún modo huir de sí mismo y encontrar una salida que lo salvase, se dio a gritar llamando al anciano que años atrás lo había librado de la muerte. Y



el viejito acudió presuroso. De detrás de unos matorrales como en la otra ocasión, apareció el anciano, mucho más viejucu, mucho más larga su barba y corva su joroba. No en vano habían pasado los años.

—¡Qué es la cosa, hombre! —dijo acercándose a Mano Pedro, quien tenía la sogá agarrada sin hacer por dónde echarse el nudo al cuello.

—¡Sálveme, quienquiera que usted sea! ¡Por Dios, quíteme la gracia que me concedió hace tantos años, arránqueme estos ojos que hacen mal, y estos deseos que no saben lo que quieren!

Pero el viejito, como si nada. No recordaba maldita la cosa. Solo cuando Pedro Valverde con frases agitadas le trajo a la memoria lo sucedido en aquel entonces, el viejo pudo comprender y... se puso a reír. Tanto rio, que hubo de sentarse en una piedra y sacar el pañuelo para secarse las lágrimas y sonarse. Cuando consiguió decir palabra, Mano Pedro oyó que le explicaba:

—Pero si yo no soy más que un pobre mortal a quien llaman Ñor Damián. Vivo aquí cerca, a tiro de piedra de esos matorrales. ¿Cómo diablos iba a hacer yo, flaco y sin fuerzas, para obligarlo a seguir viviendo, si usted estaba que ni mula echada en que se mataba y se iba a los infiernos? Hombre, había que salir con alguna ocurrencia. Si en algo le serví, que me valga; si fue para su daño, pues ahí perdone usted y ahí perdone Dios, —y se santiguó—. Venga por acá para que vea el ranchito donde vivo.

Pero ya Mano Pedro venía corriendo monte abajo como si estuviera loco, la sogá en su mano, los ojos bailándole en toda la cara, las piernas ágiles a pesar de los años, y todo él hecho una pura fiesta.

Era de nuevo un ser humano a secas, como ustedes y como yo.

—Diantres —se dijo tomando aire—, por poco mato también a la pobre Juana—, y se detuvo, y dejó de reírse, y se quedó muy, pero muy serio.

Porque —terminó Tata Mundo con su bocanada de humo y su bocanada de ironía— se había puesto a pensar que de alguna manera todo en su vida había venido sucediendo como si aquellas cosas hubieran sido verdaderas.

# EL RELOJ

Alguna vez que estuvimos con Tata Mundo, nos salió el viejo diciendo:

Por ahí me ha soplado el viento que el autor de unas historias mías, que anda poniendo en letras, está en aprietos para ajustar la número nueve.

La verdad es que son tantas las que de esta redonda mal torneada me han ido saliendo a través de los años, unas vistas y oídas con otras quizá imaginadas y mentidas, que me admiro de verlo ya jadeando apenas en la octava. Ya ven; para que aprenda, yo, sin fuerte ser de pluma pues la mano me tiembla y tengo oscura la letra, me animo a ayudarlo en algo y ahí les mando esta, a ver si con retoques y mejoras el autor la viste de apóstol y la saca en andas con las otras.

Hace ya tantos años como un racimo de [pejibayes](#) que anduve ensartado casi a la fuerza en uniforme militar, en el cuartel de [Cartago](#), y no tan bajo que me dejaran de brillar en la manga dos o tres rayas doradas. La ocurrencia me vino por la necesidad de meterme en disciplina contra un amasijo de amores con una linda venada de mi provincia, de esas que vuelven turumba al más [jelado](#) y me había salido como quien dice a asaltar de noche aprovechándose de que era puro pan de leche. Y, como había el riesgo de que yo me dejara caer en la tentación, me libré de todo mal penitenciándome en aquel cuartel, y fue allí donde conocí a Ciriaco Prendas, lo que también podría decirse como que él supo lo rebelde y nutrido que era mi pelaje entonces y yo lo lista y comelona que se portaba la tijera en sus manos, porque Prendas era el peluquero de la tropa. Por esos tiempos el fulano andaba con la viejera que ya le pisaba los talones, pero todavía movía bien sus dedos y revoleaba el habla como todo barbero de mérito. No estaría yo ahora con Ciriaco Prendas entre manos, de no haber sido por un reloj grandote y anticuco que, como verán, va de personaje en esta historia y era un reloj que se las traía. Tamaño Waltham como aquel nunca le había servido para saber la hora. En una que lo mandó a arreglar muy recién llegado a su pertenencia, quién sabe qué relojero abusador lo desmanteló de los rubíes del montaje, se lo devolvió encajado en cualquier jumento malo de falsas piedras, y a poco más dijo a loquear las horas y a minutear sí por no y claro por tal vez, sin que nuevos arreglos y reacondicionamientos sirvieran más que para acabarlo de convertir en un tiesto inútil de marcar el tiempo. Sin embargo, había que oír al peluquero inflando de importancia su persona con aquella cojera de reloj.

—¿No sabe —me dijo una vez poniéndolo con todo y leontina en mi mano— que este no es un reloj cualquiera? Repare en esas iniciales. Son las de Porfirio Díaz.

Y allí fue trapo para qué te quiero si no te bordo con la gran relación de su origen a hilo y aguja de peluquero hablantín. Mientras yo examinaba la enorme P y la relamida D que en curiosos garabatos bien tejidos se veían en la tapa, él tijereteaba y contaba:

—Yo anduve peluqueando en Panamá hace sus años, y allá me forjé con este reloj gracias a la boleta de empeño que un descendiente del mandón mexicano me dejó en la barbería, en paga de mis servicios, en una que andaba todo dado al diablo por tarambana. Si no da hora, oro sí que da, porque aquí hay oro del fino. Mire cómo pesa. Pero eso es lo de menos. Es que no es cualquier hijo de madre el que puede andar con una lata que ha sido de un presidente de México, aunque haya quienes dicen, y yo me lo creo, que el tal Díaz hasta niños crudos comía. El descendiente que digo resultó muy bebedor y aventurero, y quién sabe cómo se había hecho del reloj. Él me explicó que el embajador de un país extranjero lo había mandado a hacer especial, para regalárselo al dictador don Porfirio.

Uh, por allí se explayó el barbero contándome de qué manera, a más del pelo y la barba, le había peluqueado el reloj a aquel mexicano parrandero. Y yo, la verdad les digo que el tal reloj daba envidia. Así de grande y brillante, debía de tener valor muy elevado, como todas esas viejerías que se guardan en los museos porque fueron de este satanás o de aquel santo de los tantos que la historia alza en peso y da en abultar y abultar, con todas sus virtudes y defectos.

Un día la viejera le dio alcance a Ciriaco Prendas, se le subió a los hombros, lo encorvó y convirtió en un anciano iglesiero y comulgador. Cambió la tijera por el rosario, la navaja por el libro de misa, y como ya no tenía parroquianos a quienes darles lata, se dedicó a platicar de igual a igual con Tatica Dios, cuando no a echar sermoncitos de esquina en los corrillos de la antigua capital. Allá de vez en vez, para entonarse el nombre y el apellido, sacaba el famoso reloj y hacía como que se fijaba en la hora. No había en Cartago quien no supiera el abolengo del objeto, y se aseguraba que valía tanto que el hombre cuando muriera iba a dejar bien heredada a su parentela, por cierto numerosa. Entretanto, él no la pasaba mal. Hubieran visto ustedes cómo se lo peleaban yernos, nueras y hasta sobrinos para que se viniera a vivir con ellos. El hombre no tenía suficiente vida para repartirla entre tanto pariente cariñoso con él. Abuelito acá, tatica Chaco allí, papá Ciriaco acullá, jamás un viejo pobre y solo fue mejor tratado, vestido y conservado por tanto hijo o pariente. Es que aquel no era un anciano lleno de hijos y de nietos, simplemente. Aquel era un reloj con parentela. Y él, barbero retirado y ya cumplido, dábase a pastar a gusto los cariños de los unos y a rumiar con toda gana las dulzuras de los otros, inocente de todo, feliz y viendo de molestar lo menos y quedar lo mejor con cada uno. Lo de inocente, hijitos, es algo que me ha quedado siempre sonando a desafinado, pero bien es posible que el peluquero no hubiese caído en la cuenta de la raíz con tamaña bondad de su familia.

De pronto naide volvió a verle cargar el reloj de don Porfirio. Cuando le preguntaron qué lo había hecho, dijo que lo tenía muy guardado, no fuera a ser que cualquier día lo perdiese o se lo robaran. Y todavía se dio el taco de vivir a manga ancha sus buenos años más. Tonto hubiera sido si no, pues quién no se da gusto alargando la vida de los huesos cuando a uno hay tantos que lo quieren tener a calorcito lento para ganarle indulgencias. Hasta que una noche boqueó Ciriaco Prendas y se durmió a morir, sin más testar ni haber

dado el aviso con tiempo.

¿Y el reloj? —preguntarán ustedes—. Y yo digo que aquí se puso bueno el cuento. Primero con disimulos, no hubo nuera, yerno, hijo ni hija que no se dieran su vueltica por la casa del uno, y por la casa del otro, con sondeos en que les digo aquello para que me entiendan esto otro; más luego con preguntas menos indirectas, y, por último, el registro clandestino de armarios, gavetas y baúles. Y de dónde que alguno sacaba nada en claro. Toditicos inocentes. Naide sabía del reloj ni la orilla de su tapa. Y el que menos, sospechando de toditos los demás. Asina, cualquier día, la Manuela le decía a la Pascuala:

—Mirá, Pascua. No es que a mí me guste comerme a mis parientes. Pero por estas que la Mireya sabe algo del reloj de Tata Chaco. El otro día la pesqué por la esquina de los Camachos en grandes secreteos con el primo Rafael. Cuando me alzaron a ver se hicieron los desentendidos.

—Pudiera ser que sí, pero a mí me han llegado malos olores del lado de los Moyas. Acordate cómo se pasaban sobándole la leva al viejo, y naide me quita el pensamiento de que esos ya habían madrugado a ordeñar la vaca cuando él se murió. A saber si no lo han hasta vendido a estas alturas. ¿Notaste cómo Fermín tiene ahora más surtido el tramillo en el mercado? ¿De dónde ha de haber podido coger ese peladote?

—Y ya ves, a mí me soplaron los Leandros que es que Fermín andaba diciendo el otro día que vos y Pablo eran los que se habían hecho gato bravo con el reloj.

—¡Eso dijo! Mirá allá, qué veneno de hombre. Cuando a mí me preguntó su mujer qué creía de la cosa, todo para darme a entender con recovecos que sospechaba de vos. Fijate qué descaró.

—Ah hipócrita más grande. Tantas redobleces. Si apenas ayer platicamos y fue ella la que me puso las orejas así, comiéndose a la Mireya. Y por otro lado yo sé que el tal Rafael anduvo intrigando en la oficina del Licenciado Pereira.

—Quién quita que más bien para disimular. A mí me anduvo tanteando la otra vez, en casa de Erlindo, y hasta me propuso que mi esposo y ellos nos aliáramos para hacer una diligencia en forma con juez y autoridades...

Como las cosas nunca se quedan paradas, con cualquier empujoncito que uno de tantos dio, hubo ya quienes llegaron a las manos, entre los hombres, y a los pelos, entre las mujeres, cuando se sintieron abundar de suspicacias y hartazones de lengua. La descendencia de Ciriaco Prendas era ahora un infierno de familia. De fiarse por lo que estos decían de aquellos, la mitad eran ladrones, y de lo que aquellos aseguraban de estos, la otra mitad estafadores. Los unos se hallaban completamente convencidos de que alguno de los otros se había hecho el pizote solo con aquella riqueza tan riqueza, y de allí ni con siete yuntas de bueyes y otras tantas carretadas de razones naide los hubiera podido sacar.

Intervinieron autoridades, y nada. Intervinieron amigos, y menos. Metieron su cuchara curas y sacristanes, y tampoco. Aquello hedía a fustán de solterona vieja.

De allí a la acusación ante los tribunales no había más que un brinco, y lo dio una de las familias, de las que más habían chineado a Papá Ciriaco, contra otra de las que no se

habían quedado atrás en ganarle la voluntad. Aquel fue juicio largo y engorroso de decenas de testigos, contradicciones, insultos, y ningún final posible. ¿Cómo diantres iba a resultar naide culpable de leso reloj, si este no aparecía por ninguna parte? ¡Qué iba a aparecer! Ah mi don Ciriaco Prendas más ocurrente. ¿Recuerdan ustedes que él aquella vez dijo que lo había guardado? Pues sí que lo guardó, pero de veras. Fue y se lo llevó a un curita viejo y medio lerdito de una de las iglesias de Cartago, para que lo mandara a fundir, lo convirtiera en oro, y el oro se lo diera a Tatica Dios, para que Tatica le cogiera gusto al alma de don Ciriaco. Quién sabe cómo ni cuándo ni quién puso al barbero a dudar con aquella riqueza, metiéndole las cabras con que había sido mal habida merced a sus artes de peluquero ladrón, y él se mandó con el encargo al cura. ¿No ven que don Ciriaco se había vuelto muy viejo, y ya no le gustaban los relojes porque eran como mirarle la cara al tiempo, que ya se le hacía chiquito? ¡Y de todos modos, para qué servía el tal reloj! No daba las horas. Y tal vez que el viejecillo no recordaba ya ni que había sido de un tal Porfirio Díaz.

Mejor se compraba con él asiento de tablado en primera fila para las corridas en el cielo de Dios.

Y fue y el curita inocente lo trajo a San José a casa de un joyero conocido mío, que se lo devolvió fundido en una pelota de oro, gramo sobre gramo, como correspondía a la honradez de un platero que se estimaba a sí mismo. ¿Fundido? Je, je, je. Eso se creen ustedes. Este joyero amigo mío sabía de relojes y conocía la historia de este tan famoso. Pero yo, que tampoco soy tonto, no les voy a contar a ustedes qué se hizo. ¿No ven que la descendencia de don Ciriaco Prendas podría volverse a alborotar, y no me haría ninguna gracia que a estas vejeces más dijera a echárseme toda encima?

Ahora, aquí entre nos, que a uno también le gusta que la parentela lo tenga a chocolate caliente y colchón limpio... por aquello de las dudas.

# EULALIO

Que hay oscuridades, sí que las hay, o por lo menos cosas a las que por extrañas y curiosas no les llega ni a la cintura el pensar del hombre, y asina se quedan en veremos. Y de ahí para arriba a quién no le da gusto ponerse a jugar con suponeres y dar la aclaración que quiera al caso, cuando, como en el que van a ver, a uno se le está corto el mirar claro y es a tientas y a oscuras que se anima a explicar lo que no entiende.

Así empezó a decirnos Tata Mundo, aquella vez, sentado frente al moledero de la cocina, mientras sopeaba el bizcocho mojándolo en café y hacía rendir a este con largueza, sorbiéndolo del tazón muy poco a poco...

Estaba yo algo cele de años y de experiencia todavía, cuando a San Mateo llegó con su quijongo un tal Regino Urdiales. Traía también un zopilote manso, que a no ser por una pluma blanca que de equivocación tenía en el ala, hubiera parecido como todos los zopilotes que viven pereceándose a sus anchas por los cielos de Dios. Yo hasta aquellos entonces llevaba vistos monos, loras, pericos y aun ratones, metidos a grandes en relojina con nosotros los humanos, que somos dados a enseñar mañas y habilidades a estos bichos de monte que por algún costado de su natural traen pasta de imitadores y aprenden algo del hombre: cotorrear a lo viejas de vecindario o payasear como algunos cristianos. Pero ya el zopilote que les digo, domesticado y presumido de cómico, se me figuró cosa muy nueva y nunca oída, hasta donde yo me las daba de sabedor.

Fue en la pulpería de Lino Pérez, donde nos encontrábamos varios que íbamos con carga para Puntarenas, a donde llegaron Urdiales, el zopilote y el quijongo. El hombre se sentó en un costal de frijoles, cogió el quijongo, soltó al animalito y dijo:

—Zopilote, abrite en cruz, que aquí viene el Niño Jesús.

Y el zopilote, haciendo guz, guz, guz, saltó desde su hombro, abrió las alas y se estuvo así, mirándonos. Palabra que yo nunca había reparado de cerca en el mirar de un zopilote. Aquel parecía estarnos entendiendo. Era como un tonto vivo, o como uno que se hace el inocente porque sabe demasiado. Apenas comenzó Urdiales a sonsonetear el quijongo, dijo el zopilote a bailar. No parecía que le fuera costoso, pues viéndolo bien, no hacía más que repetir, al tanto con el soín, soín, soín pausado del quijongo, los mismos salticos que ellos saben pegar sobre los tejados. No hubo quién no se admirara con aquello; y así que se acabó el baile y el zopilote volvió al hombro de Regino Urdiales, este pasó el sombrero, y su buen puño de monedas cosechó. ¿No ven que hay gentes que aprenden a vivir sin competencias? Los del montón, por campanudos, solo sabemos hacerle a la vida más o menos parejamente con los otros, y entre todos nos jorobamos la paciencia, porque vivimos peleándonos el campo, de lo que nace que muy pocos puedan levantar cabeza. Mírenlo si no de mí, que por entonces, ya novillo valentón, me había enjaranado mercando



cuatro carretas con sus tantas yuntas, y metido a empresario de acarreos no hacía sino fregarme a mí propio y fregar a unos cuantos que vivían de lo mismo, cobrando menos por los fletes para allegar más carga, total para resultar después de comido, vacío y otra vez con hambre; que fue lo que nos sucedió a casi toditicos, desde que el ferrocarril, con sus bueyes de fierro, dijo a meter el hocico en el negocio y barrió con nosotros. En cambio, sepan ustedes qué a lo suave y llevadero se redondeaba su buen pasar Regino Urdiales. Vivía a costillas del zopilote; y este, tan contento, su gustosa vida se daba, pues el dueño lo tenía a pura tripa y tendón de res, tanto que hasta bien parecido se veía, de gordo y saludable que medraba, lo que es mucho decir de un zopilote. Nosotros nos hicimos muy conocidos de Regino, porque él se vivía de vaivén entre Puntarenas y Alajuela, dándole a su quijongo en cuanto sesteo o paradero encontrase gentes que le pagaran la novedad. Como gente había de abundancia que trajinaba la carretera, ora en Atenas, ora en Esparta, o ya en el propio veraneo del puerto, buen trabajo había siempre para el avechucho, y monedas para el sombrero de Regino Urdiales.

—Hombre, Regino —le preguntamos una vez que sesteábamos en los Llanos del Carmen—, ¿desde cuándo tenés ese animal?

—Desde años. Ya ni me acuerdo cuándo fue que lo recogí de un nido, apenas emplumando. Lo cuidé, y nos hicimos muy amigos. Le gustó el quijongo y de ahí se aparejó a bailar. Esto me lo encontré de pura casualidad una vez que al tocarlo comenzó Eulalio a pegar salticos.

—¿Eulalio, decís?

—Asina lo nombré desde cuando se acostumbró tanto a mí que se me hizo como si fuera un cristiano.

Se lo bajó del hombro, le dio unas nalgaditas y le dijo:

—Ande a volar, muchacho, ande a volar.

Y el zopilote alzó vuelo. Poco después uno ya no lo diferenciaba de algunos otros que se andaban zarandeando entre las nubes.

—¿Y si se te va?

—Qué se va a ir. Eulalio no es ningún desagradecido.

Y no se le fue. Ni entonces, ni nunca. Han de saber ustedes que corría la voz por todos aquellos rumbos de que Regino estaba ya hecho un rico. Que en una casilla que tenía allá por junto al mar, en Puntarenas, guardaba así [buchaca](#) de riqueza, amontonada a punta de quijongo y zopilote. Y un día fue y supimos la noticia. Habían hallado al tocador de quijongo matoneado cerca de su rancho, en la costa. A lo que se sabía, ni gritar pudo el pobrecito, pues quien le mató la vida se aseguró muy bien la puntería desde las sombras, y de ahí siguió a registrarle las pertenencias. Si de veras tenía su buchaquita, en blanco se la dejó de buen seguro; y la cosa por un tiempo se quedó en pura paja, sin que naide pudiera sacar grano en claro por más que las autoridades indagaron con toda gana. Mas luego empezó a verse retoñar por varios lugares el runrún de que el zopilote de Urdiales andaba zancaneando de un lado para otro, como buscando a su propietario. A mí me tocó espiarlo

uno de aquellos días. De vientre al cielo estábamos un grupo haciendo tiempo bajo los higuerones de los Arias, ya donde se entraba en Atenas, y en eso el mismo Eulalio vino y se paró en una rama; luego bajó hasta el suelo, nos echó unas miradas tristes y busconas, y se mandó a volar después, bien lejos. Vimos que no era otro, por lo confianzado que se había portado y por el cuento de su plumita blanca.

Y de tanto buscar el zopilote dio con el hombre. No andaba a la huella del dueño. Él estaba en sus cinco detrás del asesino. Poco a poco se fue sabiendo la historia que de lengua a oreja y de oreja a lengua fue pasando por un punto y por otro, hasta que no hubo naide que la ignorara. Nosotros los carreteros estábamos allí para cargar la nueva desde la cordillera hasta la mar. Yo me enteré en Esparta:

—¿Sabés lo que se sabe, Mundo, ahora? Que un tal Calixto Retes fue el que matoneó al pobrecito del quiijongo.

—Y ¿cómo asina? Ese Calixto es hombre de cáscara amarga. A mí me jugó sucio una vez que lo ocupé de boyero, y tiene muy mala fama. Pero ¿le averiguaron algo?

—Como saber de fijo, nada. Pero da la casualidad que de un tiempo a esta parte el hombre anda gastón y bien platudo, y ahora dicen que Eulalio ya acertó con él y lo persigue por dondequiera que anda.

Otro que estaba allí metió palabra:

—Sí es cierto. A mí se me dio estar un día de estos, cuando se hallaba el propio Retes en San Mateo. Cayó por allí el diablo de zopilote y se vino caminando, caminando, hasta que se plantó enfrente del hombre, y comenzó a hacer guz, guz, guz, y a dar brinquitos. No le quitaba la mirada de encima. Todos nos quedamos quietos. ¡Frío el que nos corría por la espalda! El Calixto espantó al bicho, pero este se quedó por allí, cerca, trepado en un techo, con la cabecilla echada para adelante, mesmamente que un perro olfateando, y seguía mirando a Retes. Allí se mantuvo hasta que Retes se fue como si lo hubiéramos espantado, pues la verdad que toditicos nos habíamos quedado mudos y oyendo misa, y él sentía que lo estábamos acusando, ya partidarios con el zopilote.

—Pero dónde se ha visto cosa más rara. Ese no debe andar muy cómodo.

Semanas después no había quién no contara las menudencias del caso. Eulalio se había convertido en la sombra de Calixto Retes. Donde él estuviera, allí mismo se estaba. Adonde Retes se fuera, allá volaba, y lo miraba, y a veces, acercándosele con aquel como que me voy como que me vengo de su caminar tan feo, parecía como si le ladrara igual que lo haría un perro. Solo que él no sabía ladrar más que graznando guz, guz, guz, y pegando salticos como cuando bailaba al compás del quiijongo.

Este Calixto Retes, tan valentón y pendenciero, se fue encogiendo, encogiendo, hasta parar en apenas un poquito de hombre. Ya naide quería andar con él de amigo. Eulalio cumplía su trabajo; minaba que daba gusto. Qué animalito más testarudo. Ya lo había arrugado de ánimo, y lo había dañado de cuerpo. Pero no crean; el Calixto aún se defendía. Decía que lo que pasaba era que el zopilote le había cogido apego, porque lo confundía con Urdiales. Y hasta sus buenos trozos de carne le tiraba. Pero naide se lo

creía. Se fue volviendo más y más borracho. A pedradas, en veces, trataba de espantar al zopilote, pero el zopilote regresaba. Mientras tanto, se le acabó la plata. Se la mujereó y se la bebió. Lo había [salado](#) el zopilote. Y por un tiempo, cosa de algunos meses, no se volvió a ver ni a saber gran cosa de él ni de Eulalio. Hasta la última vez que lo miramos. Fue entre San Mateo y Esparta. A uno que se desvió para una necesaria le llegó un tufo, y como la cosa sonaba allí no más, en un barranco cerca de la carretera, fuimos algunos boyeros a ver qué nos decía la zopilotada. Parecía que lo sabíamos. Ya le habían vaciado los ojos y le andaban hasta por el tripaje...

Oí que un compañero decía:

—De un tiempo acá, este hombre se había echado a morir a pocos, a punta de guaro y remordimientos.

Eulalio estaba allí, con su plumita blanca. Mas como era zopilote que sabía guardar las distancias, no tomaba parte en el festín, pero se hacía el que lo mandaba. Parado sobre una piedra, abierto en cruz, saltaba y bailoteaba de tanto en tantico, como cuando Regino Urdiales le tocaba el quijongo.

Uh; se dijeron de aquello tantas cosas. Que es que Regino Urdiales había sido brujo, y aquel zopilote ánima del otro mundo que lo había andado acompañando.

Que es que Eulalio, de tanto manosear con hombres, había aprendido de hombres a ser tan sabido y averiguado.

Que es que era cosa de Tatica Dios, y su justicia.

En fin, que yo no digo mucho. Pues para soltar el nudo sin riesgo de mentir ni blasfemar, habría que empezar por saber si, a las veras, fue el tal Calixto Retes el que matoneó al quijonguero. Ahora, que de ser esto cierto, quizá me animaría a creer que el tal zopilote no era otra cosa que la conciencia negra de aquel hombre, que asina dio con él en tierra.

# EL PRÉSTAMO

*A Ignacio Dobles Oropeza*

El menor de los muchachos de Tadeo Abarca se llama como yo. ¿Saben por qué? Pues va y un día me dejé venir desde las minas de Abangares, algo pesado de bolsa con lo que le había estado rebanando a un filón abandonado al que entre un guarda de la mina y varios [coligalleros](#) le habíamos hallado “cinco” en el buche, y por tontos que no lo íbamos a aprovechar. Me vide asina en San José, sentado en un escaño del Parque Central. Allí estaba yo ahumándome la mente con ilusiones, pues han de saber ustedes que el oro da sahumero de grandezas aun al más pasmado, cuanto más a uno como yo era, inclinadizo a las imaginaciones, y en eso vino y se me sentó a la par un hombre que al no más mirar se veía que más tiraba al campo que a la ciudad, como yo mismo tiro. Al pronto, distraído de mí como me hallaba, ni reparé en su cara cuando le devolví las buenas tardes que él me alargó para hacerse el sitio a mi lado, pero después, poniéndole atención, caí en la duda de que aquel fulano no me era desconocido. Y va de [barretearme](#) los recuerdos para dar en el cómo y en el dónde lo había de fecha vieja conocido, cuando en eso piqué en metal, como quien dice, le planté la mirada en plenos ojos y:

—Tadeo Abarca... ¿Ya no te acordás de mí, Tadeo, hombre?

—Mirá quién está aquí. Perdoná la distracción, Mundo. La verdad que ni me había fijado.

Luego no más comenzamos una larga conversada, mientras dábamos tiempo, él a lo suyo y yo a lo mío. Qué otra persona estaba, que no lo había sacado a los comienzos. Con ser apenas de mis años, Tadeo se había arrugado todo, vuelto una coyunda de enflaquecido, y se daba unos aires de tristón que a mí se me hacía difícil acomodar en mi cabeza, habiéndolo tratado años atrás hombre fiestero y cantador como había pocos. No me iba yo a quedar con ganas de decírselo, y pronto me admiré en voz alta de su cambio tan grande. Y allí empezó Tadeo con su historia:

—Pues cuando murió tata, hace su tiempo, yo no quedé tan mal, sabés, qué va, hombre. Me tocó la hondonada del [guapinol](#), y el cafetal que daba a la quebrada. ¿Te acordás de Micaela Anchía, aquella que vos visitabas en Santa Eulalia?

—¿La de don Leandro? Pues cómo no me iba a acordar.

—Yo me casé con ella. Me fui a vivir a lo mío, y no nos iba tan peor. Pero por la ambición de uno de crecer más ligero, se me atravesó la idea de irme a remediar más plata en los bananales de Limón, y allá me torcí todo. Tres años se me fueron lo que se dice lavados, me pegaron las aguas negras que casi dejo el cuero allá pudriéndose, y total nada. Después, desde la caída del café quedé ensartado en unos reales, y de ahí adelante siguió

mi resbalón para abajo, pues con las tres manzanas no alcanzaba para mucho, con el precio del café arrastrándose por los suelos. Y mientras tanto, va de güilas.

—¿Cuántos tenés ya, Tadeo?

—Iría por siete. Viven cuatro. Y Micaela muy desmejorada, la pobre. A mí me quedó, de las bajuras de Guápiles, mal de quartanas, de ese bandido que se va y vuelve, se va y vuelve. ¿Y vos?

—Yo llevo ya mi tiempo en Abangares, en el mineral de oro. No me ha ido tan mal.

Uno, ya ven ustedes, tiene en veces que portarse mentiroso. ¿Cómo le iba a decir yo a Tadeo con todo el sol de la verdad, del oro coligalleado y el humarascal de ilusiones que me traía en la cabeza? Bien que le eché candado, pues le hubiera sabido a grosería que se lo dijera. A uno no le gusta aparecer [gallote](#). Y menos cuando el hombre terminó de contarme qué estaba haciendo en el escaño:

—Aquí, esperando que den las tres y llegue el licenciado de enfrente, don Venancio. Me va a prestar cuatro mil, con segunda hipoteca. Ni te digo a qué interés... Ya cuando uno está [jodido](#), no hay más remedio, mientras se acaba de comer el poquillo que queda.

Yo en ese momento había adivinado al licenciado como a cien varas de distancia. Ni adiós creo que le dije al pobre Tadeo, pies para qué los tengo. Había que robarle la vuelta a don Venancio. ¿No ves que era este mismo cristiano el que, por mediación del abogado, iba a ponerse de usurero con un viejo compañero de barriales? Aquel era el sahumero de riquezas que les venía contando me zumbaba en la cabeza. ¡Qué tal si lo colige Tadeo Abarca y me le llevo a presentar tal como estaba, hecho un gran [tagarote](#)!

Horas después, en un apeadero de La Puebla, cerca de donde pasa el río Torres, me hallaba yo dándole gusto al cuerpo, en compañía de amigos, que no faltan, y de unas cuantas vaquillas, que esas siempre sobran si uno anda medrado de dinero, y entonces alguno se tocó en guitarra “Un viejo amor”. Me volví a acordar de Micaela Anchía, la que ahora era mujer de Tadeo. Y dijo la conciencia a empezarme a marejear. Yo estaba en mi derecho, no lo niego, cuando en aquellos tiempos pensé mejor no seguir el noviazgo y la dejé con la ilusión a medio hacer, pues ella se había creído ya casada conmigo. ¿Acaso uno no es libre? Pero, no sé; mientras ahora ganaba y ahora perdía unos pesos, jugando a la baraja entre cervezas prensadas y platos de buena comedera, la idea no se me iba de las mientes. ¡Qué tal si ahora Tadeo le llegaba con que Mundo acá y Mundo allá poniéndome por las alturas, y yo quedándole a la Micaela de hombre que no la olvida y no la recuerda mal! Tirar tanto dinero era muy fácil. Uno se daba cuatro gustos, y se acababa; y, después, ¿qué? Otra vez a las minas.

Me aparté unos momentos para contar lo que me quedaba. Tres mil y algún buen resto. Separé el resto y me escondí bien en el cuerpo los tres mil, para esperar el día siguiente bien pagado y servido con el poco, guardándome seguro el mucho. Ya yo le había dado dueño desde allí mismo.

Y fue y al ser de día rebusqué por fondas y paraderos, hasta que di con Tadeo Abarca.

—Diay, ¿no ves la que me pasó? —me dijo—. Me fue saliendo el licenciado con que no

había aparecido el cliente que iba a prestar los cuatro mil, y ahora sí que está bonito. Ni para la fonda cargo.

—¿Te sirven aunque solo sean tres?

—¿Tres? ¿Qué, me los prestás? Lo de la fonda son dos veinticinco. Me sobran seis reales para el camino. Gracias, Mundo.

Yo me desamarré una risa, que todavía la estoy saboreando. Seguía pensando en Micaela, y en cómo estaría ahora la pobre, cuando le dije:

—No, Tadeo, hablo de tres mil. Yo te los presto.

Creo que el hombre no lloró por pura gana de no desmerecer como hombre. Uno, ya lo van viendo, tiene sus endebleces. No lo hice por bondad. Lo hice por comprar gusto, y por vanidad de hombría. Cae bien sentirse uno gallo crestón y copaludo. No escribimos papel ninguno. Fue asina, a solo palabra, sin firma ni más nada. Y si le hablé de pagarme interés fue por no hacerle la cosa más cuestuda. No, hombre; si por eso es que yo, a mis vejece, tengo apenas lo que tengo y no soy más que lo que soy. Pero no me arrepiento. Nunca más volví a hablarle a Tadeo de aquella plata, y alguna vez que lo columbré venir, le capeé el bulto para que no me espiara y se le fuera a hacer embarazoso el encuentro. Supe, sí, que el empujón le había servido de algo. Y todavía, qué van a creer, me sabe a bueno ponerme a figurar lo que diría Micaela Anchía de mí cuando le llegó el marido con aquellos tres mil pesos de entonces, cuando sí que se podía comprar con ellos cosa abundante, porque eran pesos gordos que a mí, demás está decirlo, me sirvieron para mercarme de por vida un buen recuerdo.



# MATATIGRES

Qué lo iban a agarrar al hombre, cuando era más escurridizo que un peje de río. Como a peje o como a río hubiera habido que entrarle, mesmamente, y no como a simple cristiano. Y ya se sabe lo plata botada que es meterse a pretensiones con ríos montaraces o [bobos](#) que no cogen anzuelo, si de atajar los primeros se trata o hacer picar carnada a los segundos. Vine a conocer a Matatigres cuando mi edad sumó los treinta y tres de Jesucristo y yo, por intento de igualármele en redimir humanidades, dije a encandilar los ánimos y a echar vinagre en las [alunaduras](#) de la gente, allá en las minas de Abangares, una vez que nos enhuelgamos los mineros, de lo que coligalleé cárcel por un tiempo y destierro después. Han de saber ustedes que por esas lejanías del tiempo viejo mentar huelga en un trabajador lo mismo significaba que delito de los peores, y como este cristiano, de las tantas satanadas y torceduras que con nosotros cometía un tal capataz que nos había salido, fue resultando por puras coincidencias con su natural chucarón algo así como lo que los novillos como ustedes ahora llaman dirigente, pues caí conmigo en desgracia de ley y allá fui a escorar en lo que entonces sí que eran remotidades de San Carlos. Donde en la hora de ahora hay carreteras y caminos, apenas entonces si [picadas](#) para mula, y en donde uno que otro puente, no más que una viga de algún genizarón gigante caído a río traviesa. Bueno, no crean; a esa edad tan temprana uno, con toda la sangre salubre y el corazón contento, le cae en gracia a la montaña y halla modos de no pasarla mal, más si al tirar los dados saca par de ases ganándose un amigo tan amigo como Matatigres, Julián Ballestero de único apellido, por otro nombre. Se vio no más al conocernos que yo le simpatiqué bien, y asina Ballestero entró conmigo en buena amistad, pues a mí su ser y parecer se me enraizaron a gusto en el ánimo. Y con lo que me habían dicho algunos: “téngale cuidado a un tal Matatigres que vive en Aguazarca; ándele con recaudo, no sea que se le atraviere y le apague la linterna”. Qué apagarme el candil ni qué atravesármeme. Había que conocer a Ballestero de cercas adentro para saber de qué buena resina estaba hecho, con todo y sus pecados. ¿Saben? La gente, como todo animal de pelo, huele a lo que es y lleva consigo, si uno maneja bien la nariz del conocimiento. Ustedes han de entender que me refiero al tufo del ánimo que se le siente al hombre por lo que dice y hace, la risa que tiene y el mirar que de los ojos le sale. Ni más ni menos que entre bestias, entre cristianos más vale, para el reconocerse y amistarse, olerse el natural de adentro, que mucho hablarse y poner en estudio a la persona. Asina fue como de buenas a primeras me ganó la voluntad Julián Ballestero, vido él que yo no le andaba con temores, me comprendió bien, y en adelante no tuve mejor amigo.

Allá entre plática y plática, una vez me fue contando:

—Ya va para seis años que estoy por estos andurriales. Pero yo soy de un poco adentro

de San Ramón. Allá me crié, allá me casé, y allá terminé por desgraciarme. Parte por culpa mía, parte por causa ajena.

—Hombre, Julián, algo sabía yo de eso, pero no había querido mencionarlo porque...

—Porque no es bonito recordarle a naide que ha matado a su mujer.

—Eso mismo.

—Y ya ves; no me arrepiento. Porque un hombre debe alzar con lo que ha hecho, cargarlo toda su vida, y responder por el acto. Arrepentirse es engañarse a uno mismo. Tratar de botar el peso, y salir corriendo.

Se picoteó el pecho con un dedo:

—Yo llevo aquí dentro esa muerte; la cargo conmigo. Uno es lo que ha vivido. Esa muerte también soy yo, pues maté. Y no digo yo que me pesa más de lo que pesa. Fui confiado, cuando peón de una finca. Yo veía que mi patrón me tenía preferencia, y la cosa me sabía sabroso, porque me pagaba mejor, aunque no era mucho más lo que hacía que los otros. Yo tan contento. El hombre estaba en su ley, no digo que no, estaba en lo suyo como varón que era, pero yo nada pescaba. Tenía mujer bonita, hombre, y hasta buena; y a él por lo visto le había gustado. Caray, si hasta a su mesa me convidaba de cuando en cuando, los domingos, y yo venía con mi Baldomera que en paz descansa y platicábamos hasta tarde. En la finca yo pasaba por un alguien. Usaba la mejor bestia, me iba cualquier semana para Los Naranjos, de parranda, y naide me reclamaba. Lo que se llama estar bien parado con el patrón. No, te vuelvo a decir, nada tengo que reclamarle a don Graciano. Él hacía su trabajo. Julián era un inocentón, por buenazo, de poco mundo que había vivido. Y a los talveses que Baldomera también. Hombre, si esto es lo peor, que creo que ella no se daba cuenta, y poco a poco me la fue el patrón envolviendo, me la fue lavando y comprometiendo y por último de lo más galán saliéndose con ella debajo. Qué sé yo; estas cosas pasan de manera enredada, y a saber si naide tiene culpa de nada. No, hombre, si todavía guardo buen recuerdo de don Graciano. Él era viejo; yo nuevo. Él debilón y hasta feo; yo entero. Él rico; pero yo tenía mi casa bien atendida. Y el hombre no trabajó la cosa a las malas; no la fuerceó suciamente. Se la diligenció con calma y con astucia. Me ganó la partida. Lo malo fue que yo de nada me había percatado. Y cuando di en el clavo, pues se me reventó en cólera toda la persona, la sangre me mandó cobrar la ofensa y...

—Asina pasa, Julián. Macheteaste a Baldomera. Si lo hubieras pensado, quizá no lo hacés.

—[Enainas](#) que no. Pero esas cosas nacen de [batacazo](#). Cuando me vide, fue con el tortón encima. Cogí al chacalín y se lo llevé a mama, que vivía por la carretera.

—Allí fue lo del tejado, entonces.

—Allí propio. Para qué se me fue a ocurrir aquella idea. No, yo no estaba para ideas. Te digo que el asunto me salió de no sé dónde. Cuando me vine a espiar ya estaba allá arriba, parado en el limatón más alto, con la realera en una mano y una teja en la otra. Abajo ñor Rodríguez, el agente de policía, y dos jueces de paz, empeñados en que bajara. Todavía los oigo, primero amenazando: “Te mando que bajés, bandido, si no querés que te apeemos

a las malas”. Después, rogándome: “Mirá, Julián, hacelo por mana Tila, tu madre. No hay más dónde, tenés que responder por lo que hiciste”. Y toditica aquella gente, que poco a poco se fue juntando. Cómo me volvían a espiar. “Apéenlo”. “Que lo apeen”. Yo estaba ya como vuelto loco. Todo sabiendo a sangre. Se comenzaron a acercar, y casi me paseo en unos cuantos a punta de tejazos. Había tejas para largo. “Al que se arrime lo jodo”, gritaba, y me acercaba a los aleros del tejado con mi realera. En la que me fui a meter. El panal que fui a alborotar. Ya llevaba mis dos horas encaramado, y aquello crecía. Como cuando dice un río a hincharse, asina la calle de enfrente principió a engruesarse de vecinos, y los vecinos a emponzoñarse en contra mía. El agente trajo una escalera, pero apenas quiso subir por ella le aventé una teja y casi lo friego. Peor si hubiera asomado la cabeza. Yo estaba más y más vuelto un loco. Se la hubiera apeado de un filazo. La gente, cada vez más empeñada en contra mía, quiso entrar en la casa, pero mi mama había atrancado bien las puertas, y yo sabía que tenía la [guápi](#) con ella, pues la había visto por los huecos del tejado y había oído cuando le gritó a la autoridad que si entraban tiraría a matar. No, si yo tengo a quién salir; ah vieja más parada. Por un hueco me pasó media botella de ron. Cuando empezó a ponerse el sol, ñor Rodríguez amenazó con tirarme. Yo le grité que lo hiciera; que de todos modos toditico el pueblo sabía que estaba deshonorado, y que mejor acabara conmigo como un perro. Pero solo disparó al aire. Oí los gritos de mama, que creyó que me habían matado. Yo le grité que estaba sano, y a los de la calle seguí pidiéndoles que me fusilaran de una vez. Medio dundo como estaba, sabía que de ese modo quizá no me tirarían. Más bien fui yo el que principié a echarles una lluvia de tejas. Achará el tejado. Vide que abajo comenzaba a cambiar la cosa. Tal vez algunos se animaban a ponerse de mi parte. En el barrio solo yo no había averiguado más antes lo de mi mujer con don Graciano, y unos cuantos a saber si me justificaban. Oí cuando los Gómez dijeron a gritarles a las autoridades que me dejaran en paz. En eso venían llegando mis hermanas. Allí sí que casi aflojo, cuando se arrimaron a la casa y llorando me suplicaron que bajara, que todo aquello era una tontería, que terminarían por matarme, que por Dios, que por los santos. Comencé a ver el enredo grande en que me había ensartado. ¿No ves que ahora sí que menos que nunca podía bajar? ¿En qué quedaba todo? ¿Qué iban a decir de Julián Ballesteros, si después de haberse trepado al techo, iba a bajar como caballo manso a que lo albardaran y lo enchiqueraran por muchos años? Les grité a mis parientas que no, y que si seguían de necias les iba a tocar su parte de tejas, al tiempo que les dejaba ir unos pedazos, mas por estas que sin intención de dañarlas. Hubieras oído qué lamentaciones y qué gritos. Y mama adentro, lloriqueando. Solo ella me decía, por entre los huecos del tejado: “No aflojés, no aflojés”. Y me alargó una botella con café, algunas tortillas y un tasajo de carne.

Todo esto, amigos míos, era lo que Tata Mundo nos estaba contando un día que se hallaba en vena, mientras le ayudábamos a desgranar varias cajuelas de maíz que ya amenazaban gorgojeársele en su troje.

—Pues sí —continuó el viejo—, la cosa como me la explicó Matatigres se le iba poniendo

cada hora de color más negro, aunque en la calle, por suerte para él, la corriente que lo empezaba a favorecer seguía creciendo, tanto que cuando unas mujeres juntaron piedras y se las tiraron, los Gómez y otros amigos salieron en su defensa y arremetieron contra la autoridad. Se armó, con eso, un bochinche de los que marcan fecha de gloria en un barrio, hasta que llegaron refuerzos del centro del cantón, que consiguieron a [cincha](#) y sudores poner al fin paz en el alboroto, y se llevaron a un herido en camilla y a varios detenidos. Por la noche el temporal amainó un tanto para Ballestero. Quedó un grupo vigilándolo alrededor de la casa, y lo más de la gente se fue ya tarde a dormir. Con el nuevo sol, recommenzó el asedio. Quizá que la jefatura política de por allá estaba en ese tiempo en manos de algún ciudadano de paz y no de guerra, y asina la alcaldía, pues contra lo que se podía esperar, las autoridades por un lado, y Julián con mana Tila por el otro, siguieron empeñados en aquel extraño pulso que ninguno ganaba, las unas seguras de que al cabo aquel loco pondría abajo, y la madre y el hijo, a la desesperada, aguardando un milagro para salir del espinero, cada día más emberrinchados en tamaña locura. Fue fiesta grande y sonada. No hubo caserío vecino que se quedara sin acudir al campanazo y dejara de venir a ver tan extraño acontecimiento. Y había que oír lo que decían:

“Yo, de mí, no me andaría más con respetos de ley y lo apearía a balazos.

”Pues que le tiren a las canillas. Que manden por ñor Eleuterio. Pega a cien varas el ojo de un venado. Ese lo acierta y no lo mata.

”Pero si es que no se puede. El que lo haga se encrimina. Mientras se esté ahí, no hay modo. Solo sogueado.

”¿Y por qué no lo soguean?

”¿Adió? Si anteayer lo tantearon, y en una que lo lazaron cortó el [chicote](#) de un cutachazo. ¿Y qué? Si aunque lo mecatearan tampoco pueden bajarlo. ¿No ven que se malquebraría al caer?

”No hay más cuándo. Yo digo que esto es pura inutilidad. Un hombre y una vieja contra tantos, y no pueden con ellos.

”¿Apuesto a que está loco?

”Pues, niñá, solo un trastornado se manda aguantar tanto”.

No me lo contó Matatigres; lo supe en Aguazarca de otro ramonense. Dicen que al asomar la tercera noche, para que el hijo durmiera la vieja trepó al tejado armada de su guápil, y bramaba enfurecida cuidando a su crío, mesmamente que una vaca brava. Quizá que exageraban. Mas a mí me resulta gustoso imaginarme a la mujer como una gran animala subida en el limatón, sombra grande entre las sombras de la noche. Ballestero decía:

—Mirá, te confieso que como al quinto día yo estaba por soltar el nudo, entregar mi orgullo y agachar la cabeza. Pero mi mama, mientras me alcanzaba comida desde abajo, seguía diciéndome que no: “Ahora menos que nunca. Ahora aunque te maten. Aunque todos estén contra vos, y porque están contra vos. Mataste. Dios que castigue”. Y yo, que me caía de casi muerto. Creo que ya no atinaba conmigo. Todo me parecía igual; tanto que me

pasaba por la mente tirarme desde el alero y aplastarme la cabeza en el empedrado del frente. Sin embargo, cuando al siguiente día se empujaron otra vez a querer llegarme por la escalera, no sé de dónde me ayudaron fuerzas y parecía lo mismo que un gato brincando de un extremo al otro, tirando tejas y alzando mi cutacha. Recuerdo que fue un sábado cuando por la noche subió mamá y me dijo: “Julián, ahora o nunca. Tenés que zafarte, pues los he oído decir que les dieron órdenes de apearlo mañana domingo a como haya lugar, que es que vivo o muerto. Recibieron mandos de la capital. Ahora que se está poniendo oscuro, voy a subir un motete, para que parezca que sos vos, y, mientras, bajás y ve a ver si por el cerco te podés escabullir”. Alcanzó el motete y me aconsejó: “Esperate una media hora, mientras comienzan a hacerte durmiendo, como otras noches. Por el cerco ya casi no vigilan. La alforjilla tiene bastimento... Mataste, hijó, y no puede estar bien, pero, yo soy tu mamá. Allá vos con esa cuenta”. Y lo hice, Mundo. Cogí montaña. Pero antes pasé al potrero de don Graciano y agarré la mejor bestia. Semanas después aparecí por aquí, y ahora me llaman Matatigres, por cuatro o cinco gatos grandes que he matado a machetazos.

Sí, muchachos —siguió Tata Mundo—, Domitila Ballesteros amaneció sobre el tejado cuidando su motete, bien agarrada a su guápil. Pero como el bulto aquel no daba trazas de despertarse, por ahí de las siete la cosa empezó a dar comezón por rara, y las autoridades a maliciar medio curiosas, hasta que alguien se encaramó a un palo de [guaba](#) que estaba cercano y adivinó la maniobra. Para entonces, con diez horas de por medio, quién sabe a dónde se habría destorrentado el perseguido. Lo buscaron, pero como ya era humo, y el humo aire se vuelve, y el aire está por todo y es como naide, de cuándo acá que pudieron apresarlos. Le intrigaron y perdió con aquello el puesto el Jefe Político, que desde entonces se la juró a Julián Ballesteros, y anduvo de su cuenta pesquisando largo tiempo; pero, como verán, pasó mucho antes de que volvieran las autoridades a jorobar de nuevo a mi amigo Matatigres. Entretanto, nuestro hombre había echado así buenos colmillos en el destierro, y a poco más era de los que mejor se hacían respetar de alimañas y de hombres. Se le nació renuevo de raíces; sacó al sol tamañas nuevas ramas. Yo tuve que amacizarme firme porque se me quiso enfriar la sangre, una vez que, entrando con él en el bebedero de Juan López, vide que estaba allí el nica Salgado. Sabía que entre los dos había rencilla por asunto de un ganado que Matatigres vendió junto con otro suyo, y el nica reclamaba como robado de un hatillo que él decía ser propio. Pero Julián se fue directo al hombre:

—Ah, qué bueno que está aquí Jovel Salgado. Asina de una vez destazamos el tepezcuintle y esto termina en claro. ¿Qué es la cosa, Jovel? ¿Como que vos andás diciendo que yo te robé unos novillos?

—Pues sí, Julián. Lo ando diciendo porque eran míos.

Otros que allí estaban se fueron apartando; esperaban oír campanear las realeras.

—Tuyos. Ajá. ¿Asina está la cosa? —calma la de Ballesteros—. Oíme esto, Jovel: si querés que lo arreglemos a las malas, salgámonos para la calle.

El nica lo miró medio colérico. Pero tragó saliva y agregó:



—Son babosadas. Yo creo que si hay razones, se pueden oír razones.

—Ah bueno. Asina cambia. Aquí están mis razones.

Se escurrió un bolsillo, y aparecieron algunos billetes.

—Tomá. Eran seis animales medianos —y le entregó el dinero—. Salieron bien vendidos... No soy yo el que quita ni roba a naide —agregó socarrón.

—Hombre, gracias —dijo Salgado—. Ya me extrañaba la cosa. Te toca el vendaje acostumbrado.

—No, qué vendaje. O pagalo aquí, con guaro... Total, creí que eran de los míos, esa es la cosa. Pero oíme este consejo, Salgado: entre hombres, uno se entiende, si quiere. Para en otra, tené quieta la lengua, como hago yo con la mía para que no me la coman los zopilotes.

No lo dijo agresivo, sino medio sonriente, aunque con tono serio y mal intencionado.

Estuvimos bebiendo de bolsa de Salgado hasta bien tarde. Uh, vieran qué amigo se nos hizo, claro que de pasarraya, pues a Matatigres el fulano no le caía en gracia. Cuando lo dejamos me dijo:

—Los novillos eran ajenos, claro está. Se los cuatrereó este de la finca de unos Rojas, más adentro. Yo les hice la vuelta para buscar la manera de humillarlo. El hombre es gañotudo; y aquí yo tengo que hacerme respetar, sin majar a naide pero sin que naide se atreva a trompicar conmigo de hombre. Si no, encriminado como estoy, cualquier día algún bocón me juega sucio y me oscurece en el chiquero.

La cosa nunca dejó de estar dudosa, pero yo creo que fue por ese tal Salgado que unos meses después llegó un grupo de autoridades del interior a llevarse a Matatigres. Solo que como ya les dije, el peje no picaba anzuelo, y apenas se olió el peligro corrió a buscar al que ejercía la agencia policial del lugar. No sé si lo amenazó, si se lo conquistó por las buenas, o si el hombre aquel de veras lo quería y se puso ganosamente de su parte. El caso es que en la casucha donde estaba la agencia, horas después se habló de esta manera:

—Venimos en comisión desde Alajuela, para capturar a un tal Julián Ballestero, culpable de homicidio. Tenemos encargo especial del comandante Huertas de no regresar sin el hombre.

¿Recuerdan ustedes a aquel jefe político que años atrás cayó del empleo por la semana que se pasó nuestro hombre en un tejado? Como la vida da sus vueltas de carnero, en una que le amaneció el sol calientico en política, enganchó rayas a sus mangas y paró en comandante de Alajuela. No se le había olvidado lo del motete de mana Tila, y apenas volvió a saber de Matatigres hizo otra vez por soltarle el [maizol](#) encima. Digo yo que sospecho de alguna lengüonada de aquel nica porque este días atrás había caído por cuatrero en redes de justicia y se lo habían llevado al interior bien engrilletado. ¿Cómo fue que a poco más ya estaba de regreso, venteándose la jeta con que él tenía muy buenas relaciones allá afuera, entre los mandamases del gobierno? Y qué casualidad; no habían pasado dos semanas, cuando henos aquí en apuros por el ya añejo asunto de Julián Ballestero.



En la agencia, la conversación continuaba:

—Vean —explicaba el agente de Aguazarca—, la presa no va a ser fácil. Matatigres es hombre jugado y se conoce estas llanuras como hay muy pocos. A más de que naide deja de saber que el hombre no va a querer que lo cojan como a un novillo asoleado. No es ningún curseado el Matatigres.

—Sea como sea. Nosotros tenemos órdenes de no regresar con las manos vacías. Traemos buenas armas, y tampoco somos de los que se les ensucian los pantalones así no más —y allá fue a dar el escupitajo.

—Ah caray; si asina está la cosa, yo tampoco me resbalo en lo seco. Aquí estoy para hacer cumplir la ley. Yo los acompaño.

—Está bueno —contestó el mayor que mandaba el piquete—. Usted se ve que es buen baquiano. Consíganos bestias, pues las que traemos vienen matadas.

—Y de las mejores que haiga, ya verán. ¿Qué le dicen si salimos en la madrugada?

—Me parece.

Durmieron aquellos cinco hombres en el galerón de la agencia, y apenas despabilándose la amanecida ya iban montaña adentro con el agente a la cabeza. Y por cierto que la autoridad de Aguazarca conocía como ninguno los [maneaderos](#) de San Carlos. A eso del mediodía, dijo que se iba a adelantar para ver si por ahí cerca conseguía algún informe. Volvió poco después con buenas nuevas; en las [abras](#) de los Ureñas sabían de Matatigres. Allí podrían dar descanso a los caballos y matar a buen queso y buen café las hambres que se traían.

—Sí, cómo no —contó el Ureña más viejo una vez que llegaron a su rancho—, Matatigres iba camino a Muelle antes de ayer, a donde los Mejías, para tratar un ganado. Pero, por lo que más quieran, hagan como que yo no les he dicho nada. No busco vainas con Matatigres.

El agente se echó una risa como una [anona](#) de sabrosa:

—Pero si no es para tanto, ñor Concho. Matatigres hace más bulla de lo que es.

—A saber. Pero uno es tata. No me gusta meterme en lo que no me importa, más con gente que es tratante y que no nos ha hecho nada malo.

—No tenga cuidado, hombre —medió el mayor—, ni el diablo lo va a saber.

—Y además —siguió el agente—, tienen órdenes terminantes de agarrarlo vivo o muerto. Matatigres no molestará más por estos lados.

Al anoecer, uno de los hijos de Concho Ureña salió a caballo. El agente dijo que lo mandaba con un encargo para su familia. Al día siguiente el piquete, con el agente adelante, siguió para Muelle. Pasaron ríos; cortaron por pastizales; entraron por picadas de herradura entre montañas. También en lo de unos González supieron de Julián Ballesteros. Pero, hijos míos, en el puertecillo no encontraron a Matatigres. Sí, había estado, mas ahora debía de hallarse a algunas leguas hacia el norte en compañía de unos nicaragüenses que comerciaban en raicilla. Como que Matatigres andaba también interesado en el negocio de la ipecacuana.

—Pues allá nos vamos. Sé dónde queda —dijo el agente, que ya conocerán ustedes qué hombre decidido era.

Y allá se fueron. Pero no se vio ni a los nicas, ni al criminal Ballestero. Ya se habían gastado ocho días, y como haberlos aventado al aire. Hombres y caballos se veían ahora muy alunados por tantas jornadas largas. El tal agente de Aguazarca le había salido al mayor demasiado respondón; era un bárbaro a caballo. Bien que saben ustedes cómo llueve y cómo se alargan las veredas en esos llanos bandidos. Y mucho más entonces, cuando apeniticas unos cuantos se habían atrevido a meter de cuña su vida en aquellas lejanuras. Hubo que acampar en mitad de la montaña. A la noche siguiente, ya de regreso, descansaban junto a una hoguera por la orilla de un río, cuando el agente dijo que iba a buscar tepezcuintle para asarlo en las brasas, y se alejó del grupo con un perro que había traído. Naide hizo a acompañarlo, pues ya se ve que lo molidos y empapados que venían aconsejaba a todos quedarse aprovechando el descanso en el calor del fuego. Un raso se sentía enfermo. El mayor empezaba a quejarse de calentura. Por suerte la autoridad de Aguazarca pensaba en todo, y en Muelle les había conseguido una garrafillo de guaro, que ahora servía de consuelo y compañera al grupo.

Rato después se oyeron unos ladridos. Pero nada más. Ningún disparo. Más tarde, otros ladridos más lejanos. Pero solo eso. Pasaron más de dos horas sin que el otro hombre diera trazas de sí ni del tepezcuintle. En eso, vieron que se acercaba la luz de su linterna.

—Mirá —fue la palabra de todos cuando vieron la piel de tigre que traía.

—Hallé la huella, y lo perseguí. Y ahí lo tienen. Gato grande. Macho.

Olía a frescor de carne. El mayor y sus subalternos examinaron el cuero, hambrientos de curiosidad.

—¿Por dónde le entró el tiro? No se le ve.

Sonrió el agente:

—Debo de habérselo metido por la jeta, o por el ojo. Tengo alguna puntería. Para lo que no sirvo es para la desolladura. ¿No ven qué chambonada? Le ensarté el cuchillo en dos o tres lugares. Bueno, también era la precisa. Y a oscuras.

—Qué mero animal —dijo el mayor—. Se ve que usted no es nuevo en estos llanos.

—Uh, me traje mi tata cuando apenas gateaba. Aquí uno aprende mañas bien al pronto, y se defiende; no le admire...

Ya solo nos faltaba media cajuela de mazorcas y Tata Mundo seguía desgranándolas a ellas y a su historia. Pero vio que se le estaba haciendo larga, y para acomodarla al pucho de maíz que nos quedaba, se saltó cuatro días de una sola respirada:

—Por fin volvieron a Aguazarca. A mí me tocó estar cuando en la agencia aquellos hombres del interior, todos descalabrados de tan duras andanzas, se tendieron en el piso a hacer que se dormían, pues como decir sueño, ninguno les llegaba de puro magullados. Entre el agente y yo les trajimos de comer y les ayudamos a aguantar con una botella de cususa aguazarqueña. Claro que nos pusimos a platicar. Decía el agente:

—Pues yo le digo aquí al mayor que por qué no probamos otro rumbo. Acá hacia el

Congo puede que se halle Matatigres. Tengo un informe bueno, de un vecino de La Vieja, que lo vido hace una semana por ese lado. Y la verdad que me escuece dejar esto a medio palo.

—¿No habrá más bien salido hasta Laguna? —pregunté yo, por decir algo. Se me hace que no. Al hombre no le gusta arriesgarse por el espinazo de la cordillera; eso me han contado. Ahora, que también por la picada del Arenal pueda que se encuentre.

Pero el mayor nos dijo:

—Miren. Lo mejor va a ser dejar esto donde está. Se hizo lo que se pudo. Si quiere el Comandante Huertas cazar a ese hombre, que venga él mismo con todo el cuartel para que vea si es como comer mangos en el parque de Alajuela.

Ya vivo el sol del día siguiente se fueron. Anticos, sin embargo, el agente le regaló al mayor la piel del tigre.

—Llévemele este pellejo a su señora, para que lo ponga a lucir en la sala. Yo tengo otros.

Y el militar, con el regalo, se fue molido pero agradecido.

¿Y Matatigres —dirán ustedes— qué se había hecho? Pero si Matatigres estaba allí, a mi lado. Y se reía como cuando uno de chacalín se había jalado la mejor travesura de su vida.

## ADELANTE

—La historia que voy a referirles —dijo Tata Mundo— no es cosa que me conste por verdadera, y hasta se me hace que naide la vido nunca con ojos de cuerpo presente, porque a mí me llegó de que mi mama me la contaba siendo yo muy niño, pero ella tuvo a su vez el cuidado de atribuírsela a su tata, y asina caigo en pensar que no sucedió ni en los tiempos de naide. A mí me la recordaban a menudo porque dicen que yo, cuando chacalín, me pasaba de perezoso, y según lo entendían, con esta historia arriesgaban sacar de mí ganas para el estudio y empuje para el trabajo. Yo qué sé. A mí el cuento me gustaba. Y fue que una vez, en no sé qué lugar de nuestro mundo, hubo un pueblo muy bonito, encumbrado en las montañas, donde los habitantes, todos muy buenos cristianos y gentes de mucha paz, nacían trabajadores y cada uno con su quehacer a mano. Asina, el que no era zapatero era albañil, y el que no sastre, maestro. Y había agricultores, había el sacristán, el cura, el panadero. Había la comadrona, las hilanderas, la viste-santos, las cocineras, la sobrina del cura, y hasta la bruja. Y cada cual en lo suyo. Cada cual hacendoso y aplicado. Todos, menos el hombre de la pierna cruzada. Este era un fulano medio extraño que se pasaba la vida lo que se dice hilando el cáñamo de sus pensamientos sentado en algún escaño de la plaza, sin más quehacer que aquel tan sin problemas de no hacer nada más que estar estando. Estar como sin estar. Lo que nosotros llamamos a la mama sentada. ¿Bonito, verdad que sí? Pues todavía más bonito. Porque, sabe naide por qué, los demás habitantes de aquel lugar tan sabroso me le habían de dar de comer sin más preguntar cristiano alguno por qué diantre ni a cuenta de quién. Y de vestir, todos me lo vestían como quien viste a un santo, no se sabe a santo de qué. Este le daba un purito. El otro le traía tabaco. El de más allá un café con leche. Y si [chupón](#) no le traían creo yo que era porque todavía no se usaban los chupones, sino que los chacalines solían, cuando sus madres se les secaban, prenderse directamente de las ubres de las cabras. Bueno, pues para que ustedes vean, hasta cabra le tenían al hombre de la pierna cruzada, nada más que para que él le hiciera los honores en público cuantas veces se antojara de leche.

Al anochecer, quizá se le arrimaba el alcalde y con gran respeto le decía:

—¿Se viene a dormir a casa?

Y el hombre que se pasaba descansando le contestaba:

—Si me llevan alzado.

Y entre el alcalde y sus hijos me lo levantaban en peso y me lo dejaban bien cobijado en la cuja.

Otro día era el cura:

—¿Quiere ir a pasar la noche cómodo en la casa cural?

—Pero solo que sea en coche.

Ah sabrosera; hasta el escaño de la plaza venía el barbero a hacerle el pelo y la barba, el médico a recetarle y el cura a echarle la absolución. Sí, se nace a veces con suerte, y el perezoso aquel era tan afortunado que ni él mismo se percataba de que todo cuanto con él sucedía era sencillamente extraordinario. Tan verdad como que las campanas de la iglesia llamaban a misa por la mañana, toditico el mundo sabía que aquel fulano tenía derecho a tantas ricuras, cuidados y cumplimientos.

Pasaron años y más años, y nada cambiaba. Pero un día, por fin, el [pisuicas](#) mal aconsejó a alguno, que levantó tribuna en la plaza y comenzó a vociferar:

—¡Ciudadanos, óiganme todos ustedes!

Como era domingo, poco a poco cuajó tamaño grupo alrededor.

—Ciudadanos. ¿Hay alguien que me diga por qué ese hombre que está sentado en el escaño puede vivir con la pierna cruzada mientras nosotros estamos obligados a velar por él?

Y de dónde que naide lo pudo explicar. Unos a otros se volvían a espiar extrañados. Carambas, sí, qué raro. Lo único que sabían decir es que aquello había sido asina siempre y asina había estado bien por tiempos y más tiempos, pues lo cierto es que naide atinaba a recordar desde cuándo aquel hombre estaba simplemente estando allí, ni por cuántos años más iba a seguir sencillamente de santo pereciendo. Y comenzó la cosa a hervir, porque no faltó una vieja respondona que atizara el fuego, ni un jovencillo malcriado que a su vez cogiera por el mango la palabra y exigiera en nombre de las nuevas generaciones que se obligara a trabajar a aquel perezoso tan simpático. Hombre, pobrecillo. La cosa dijo a ponerse puntiaguda. Alzado, entre varios lo trajeron a la tribuna para que se defendiera. Pero como estaba acostumbrado a llevarla suave, no pudo decir ni tus ni mus; hubiera sido un gran trabajo. Se formó consejo entre todo el vecindario, se le hizo un juicio público —que por lo que decía mi abuelo entonces se acostumbraban estas cosas—, y allí mismo se le condenó a ser enterrado vivo si no cogía un pico y una pala y se ponía a trabajar, como todo hombre que se respeta.

Y vean ustedes qué cosa. A las doce del día siguiente, hora que se había fijado para ejecutar la sentencia, estaba nuestro hombre muy campante en la plaza, bien entretenido con su cabra, cuando lo arrancaron de allí y lo metieron en la caja. En seguida esta fue levantada y todo el pueblo se vino de curioso camino al cementerio, a pie y a caballo, y hasta con filarmonía. Ya cerca de aquel, se toparon con un labrador de otra aldea, que al ver el cortejo preguntó:

—Amigos, ¿quién es el muerto, si se puede saber?

—Ningún muerto, pariente —dijo el alcalde—. Llevamos a un vivo. Mire que ni la tapa hemos puesto, para que no se nos ahogue de camino.

—Extraña cosa es esta, alcalde.

—Pero muy merecida —intervino el cura.

—Este es el hombre de la pierna cruzada —dijeron todos.

—Hemos decidido no alimentarlo más. Y para que no se fuera a morir de hambre, lo

hemos condenado a ser enterrado vivo.

—Pero esto no es de cristianos —discutió el aldeano del otro pueblo—. Entre mis gentes no haríamos una barbaridad asina.

Se bajó del hombro un gran saco que traía, y agregó:

—Hermanos, propongo que me acepten prolongarle un poco la vida a este condenado. Yo le regalo este saco de papas. Le servirá para alimentarse unos días más.

Y entonces el hombre de la pierna cruzada, haciendo el mayor esfuerzo de su vida, levantó la cabeza por encima del ataúd, miró al labriego, luego reparó en el saco, y preguntó:

—¿Están peladas?

—No, hombre. ¡Qué van a estar peladas!

—Entonces, buenas gentes... adelante... adelante.

Y señaló el cementerio.

## EL PÁLPITO

En una que Tata Mundo estuvo muy enfermo, tanto que se llegó a pensar que de esta vez se nos enfriaba para siempre, fui con algunos primos a visitarlo y le llevamos un roncito con [nances](#), viejo y bien asentado como a él le gustaba. Ya había pasado su peor momento, y ahora nos lo tenían convaleciendo atendido de tres buenas parientas, que se desvivían por apaciguarle el mal genio que de hallarse acostado le había salido, y por hacerle llevadera la temporada en cama. No estaba, claro está, en todo su humor de abuelo, pues como era de los que se amohínan y avergüenzan de verse cogidos por enfermedad, decía él que todo hombre respetable había de agenciarse una buena salud, y a los achaques y dolencias los tenía por debilidades casi voluntarias. No sé de dónde se le ocurrían tales ideas, mas él se pasaba ufanándose de que si había llegado a tan viejo era porque lo había querido, como, de haberle dado su gana, ya se le habría entregado a la [pelona](#) desde mucho tiempo atrás.

—Ajá —nos dijo—, ¿ustedes estaban creyendo que se les iba Tata Mundo? Pues se equivocaron, muchachos. Todavía daré que hacer un tiempo más. ¿No ven que a mí me sabe dulcítica la vida? Hay aún unas cosillas que chuparle y algunos jugos que beberle —y ahí no más se sirvió del ron que le habíamos traído, y ni intento que hizo de convidarnos. Lo saboreó con gana, y llamó a una de las mujeres para que nos hiciera a nosotros un chocolate, no fuera a ser que se nos reventara la hiel.

—Si en peores me he visto, qué van a creer. No digo yo que en una de tantas el hombre no acabe por boquear y apagarse, pues hasta donde dan las fuerzas llega la piedra que uno tira, y no más; pero mientras no se le termine el pabito uno puja y algo sigue alumbrando. Miren; todavía empujo para adelante. Vergüenza debía tener de verme aquí acostado. ¿Saben? Esto me recuerda la vez, ya muy lejana, en que tuve que pasarme asina por más de seis horas, y en aquella sí que de veras casitico me duermo para siempre. Solo que no era en colchón, ni entre cobijas. Fue en la pura mar y por la pura tuerce. Allí sí que no había doctores ni curanderos ni parientas que lo enjundiaran y trajeran a bien a uno. Allí los que andaban [dundos](#) eran los tiburones. ¿Que cómo fue? Qué voy a saber yo; juventud y atrevimiento. Unas cholitas lindas de Puntarenas que nos estaban espiando a algunos interioranos, malos conocedores del mar, y por quedarles bien y dárnoslas de nadadores se nos metió el diablo de ponernos a zambullir bien afuera, por el lado de La Punta, allá donde el aguaje del mar y el aguaje del estero se la están dando siempre de cabezazos y arman una remolinera endemoniada. ¿Saben una cosa? Ahora que he estado tan chocho, he dado en acordarme de aquellos años y aquella barbaridad que me fue a pasar, y miren que me ha servido de mucho. Pues yo me decía: si entonces aguantaste, vas a aguantar ahora. Y aguanté. Bueno; hay una pequeña diferencia. No son lo mismo los veintitantos, que esta



gran carretada de años viejos que ahora cargo en el cuerpo, pero, lo uno por lo otro, si entonces fue en colchón de marejada con vaciante donde me caí acostado, ahora fue en buena cuja y sin más tiburones que estas tres mujeres que se lo quieren comer a uno a punta de sinapismos, bebedizos que saben a diablos y calditos de gallina. Y vean ustedes lo que son las coincidencias: esta de ahora me pasó por querer tirármelas de ser el vejestorio más bien templado de estos barrios. Con los fríos que andaban emporrando a todo el mundo, a mí me dio la cabeza dura por salir al viento sin chaqueta nada más que para que mano Domingo y ñor Eustaquio me siguieran teniendo respeto, y de ahí me penetró la pulmonía de la pechuga a la espalda. Y sucedió con ellos dos que allá me quise poner entonces de tagarote con una de las porteñas; por demostrarles que yo era más gallo me metí más adentro, total para que resultara lo de muy hombre en que me vide a poco braceando y chapaleando a lo loco y a lo tonto. Cuando me percaté fue perdido, medio ahogándome, y con todo el mar encima. No me quedó más pedazo de vida que volverme de espaldas y flotar, a lo que Tata Dios y los tiburones quisieran. Domingo y Eustaquio dijeron a desesperarse dándome por muerto. Para más ay de mí se soltó una ventolera, que es que dicen que todo el mar parecía un espumarajo, tanto que no se animaron los propios del lugar a salir en bote a mi rescate, sino hasta pasado aquel colerón de la mar. Santo Dios; y yo para arriba, para abajo, para acá y para allá, sin saber naide, ni yo mesmo, a dónde rayos iba ni si estaba vivo o muerto. A mí lo que se dice se me entró la noche en el cuerpo. Pero el cuerpo da en veces el puñetero por volverse duro que ni un caracol. Cuando ya me andaban buscando por el golfo como una docena de [bongos](#), vine a escorar hecho una muerte por el lado de Barranca, así que había comenzado la creciente. Más de otro lado que de este, me encontraron en la playa unos pescadores, quienes a manazos de guaro y con fricciones me volvieron a meter el ánima en el cuerpo. Hombre, y tan galán me la aseguraron, que todavía me dura, y miren que bien agarrada... Aquello dio que hablar por largo tiempo, y pareció tan raro a los entendimientos, que a poco se volvió mentira y se murió para los demás, como un cuento imposible. Y a mí me hizo pensar que si no me había zampado el mar a mí y yo no me había tragado medio mar por los pulmones, no fue más que de puro rijio de vivir y porque no le tengo ni pizca de voluntad a la pelona. Adiós; por más agua que tragué y fuerzas que perdí, no aflojé el hilo de la cabeza y estuve claro y agarrado a la gana de vivir hasta que sentí arena debajo y apreté cosa firme entre los dedos. Caray, allí sí que me desmadejé y no supe más de mí. Pero lo cierto es que hasta las tintorerías por lo que veo me anduvieron con miedos, y eso que yo cargaba entonces más de seis arrobas de buena carne. Y para que ustedes aprendan a nunca dejarse malbaratar por unos centavos de tontería, sepan como ya yo todo vuelto una grandeza y una importancia, apenas repuesto del susto me fui por donde vivía aquella sandía de cholita linda, pensando que ahora, con tanto viento a favor mío y hecho una pura hinchazón de vanidad, me la iba como quien dice a navegar a todo gusto o pescar de un solo arponazo, mas adivinen en lo que paró el cuento: me fue resultando que es que casada, y honrada, y con tres críos, y tan mancornada a su marido que solo veía por los ojos de este. Por malicioso y pagado de mí,

había tomado como bramido de vaca en celo lo que no era sino inocente simpatía por un interiorano atolondrado. Lo que se llama marrar el tiro, no hay caso; pero de allí empecé, m'hijitos, a tenerme a mí propio en más estima, y a cuidarme en adelante mucho mejor... Solo que últimamente me dejé por ahí olvidado que ya no soy un mozo novillo. Caray, sí; debía haberme puesto la chaqueta.

Como que el licorcillo había animado a Tata Mundo, porque ahora que había cogido por el tallo la palabra, no hacía por dónde soltarla. Dio otra chupada al ron y continuó:

—Bueno; vean qué fácil es para la gente decir de estas apreturas en que un fulano debería de morir y no se muere, que es que el tal no estaba en la raya. Pero a la verdad que con hablar asina nada se dice y es asimesmo quedar en blanco. Otras veces se cae en el tan relamido cuento de que es cosa de casualidad, y yo tengo para mí que estas ideas tan cómodas son refugios que la mente se hace cuando no haya explicación al caso raro que se le atraviesa. Porque, muchachos, a mí naide me quita el pensamiento de que la humanidad todavía anda gateando como un niño de meses, más que haya aprendido a volar en esos abejones de aeroplanos o ya pueda platicarse a distancia y hasta mirarse la figura a leguas de leguas, en eso que mientan radio y llaman televisión. Si no, quién de ustedes puede bailarme en la uña este trompo que les voy a contar, y que me aconteció con un faldero que tenía hace un rosario de años, cuando me desterraron en San Carlos. El perro aquel había tenido que quedarse en Abangares con unos amigos míos, que se lo dejaron en su casa. No les niego que yo sentía mucho apego por el animalillo, pero a los meses, todo desmantelado por las montañas, ni me acordaba de él; y allá me fue llegando el pobrecito, tan caído en flaquezas y en pulgas que más gordo estaba un espinazo de pescado. Sí señores; allá fue a dar el chucho, y tan contento. A mí casi se me salen los sesos por los oídos de pensar y averiguar cómo se las compuso mi Canelo para dar conmigo. Mientras me lengüeteaba y lloriqueaba del gusto y el sabor de encontrarme, se me abrió en la cabeza tamaño hueco de ignorancia, que todavía me queda vacío, a ver si es que hay alguien tan sabio que se me anime a llenármelo con una aclaración. ¿Fue que me oliscó en el aire, a tantas jornadas de camino, sin haber nunca estado por allá? ¿Fue que se lo oyó decir a algún cristiano, y de ahí se echó a las carreteras, preguntando a los pájaros cómo y dónde, u orejeando mi paradero de boca de las gentes, asina, de casualidad en casualidad como suele decirse? ¿O es que los perros oyen y ven lo que nosotros no podemos, de tanto que nos calentamos la cabeza con estudios y recetas de saber? Yo les voy a decir lo que de esta rareza creo, aunque arriesgue quedar de tonto y atrasado. Y es que los chuchos listos entienden mucho de lo que hablamos. La cosa es que como ellos no manejan palabra sino apenas ladrido, se lo han de guardar para sí mismos, pero de allí que en veces se porten como cristianos. Mi chucho debe de haber parado las orejas más de la cuenta, oyó decir dónde me podía encontrar, y de orejeo en orejeo fue por pueblo y pueblo, y de gente en gente, averiguándose la picada para Aguazarca de San Carlos, con paciencia y un garabato.

Aquí el bueno de mí le fue diciendo a Tata Mundo:

—Tata, ¿no cree más bien que fue con el olfato que dio con usted? Hay perros que rastrean muy bien.

Y el viejo se echó a reír:

—Ah, no, muchacho. Hasta allí sí que no. Yo sé que tengo mi almizcle fuerte, pero ya tanto que dure pegado a los caminos por ahí de medio año sin que lo laven lluvias ni se lo lleven vientos, ah no. Porque si es asina, Dios coja confesados a todos mis parientes y conocidos.

Aguacero de burlas el que me cayó encima. Hubiera preferido que mis primos me dieran de pedradas. Pero Tata Mundo acudió y me echó una mano:

—No, si esto no es para risas. Hay derecho a encender una velita en todo trance oscuro, aunque la velita esté equivocada. Y yo digo que son más las cosas raras que las claras las que se le presentan al hombre conforme va trepando la cuesta de la vida, de modo que a los finales no sabe un punto más de lo que a sus comienzos. A saber si el Canelo que les digo era adivino. Pues si adivinos hay entre los que andamos en dos pies, bien puede que los haiga entre los que van a cuatro patas. Como mi prima Eulogia, la que yo llamaba mi ángel de la guarda. Pero esta es otra historia, y de más antes, cuando apenas andaba el que aquí ven en los diecinueve.

El viejo hizo un alto y se acomodó contra la almohada. En la cara se le veía una sonrisa llena de recuerdos:

—Me parece estarlo viendo todavía. Nos hallábamos varios de aquel tiempo jugando gallos en un potrero. Acababa un [cuijen](#) de tío Lencho de descuajarle el pescuezo a un [giro](#) lindo que era mío, y de ahí que yo no estaba muy cómodo de ánimo que digamos. Al rato fue llegando Erasmo, el tonto que teníamos en San Jerónimo, de esos que nunca faltan en los pueblos, los unos porque salieron asina de nacimiento, y los otros porque van hallando conforme se hacen mamulones que no es mal pasar el llevarla cómodos y comiendo ajeno a cuenta de aparecer faltos de entendimiento. Erasmo creo que era de estos últimos, porque de cuando en cuando sacaba de debajo de la mollera unas ocurrencias y unas vivezas que ya se las tomara uno para su propio manejo, pero lo cierto es que por lerdo y sencillo lo teníamos y como a tonto lo tratábamos. Bueno, no hacía daño a naide. Era una alma de paz que hasta le servía de adorno a nuestro barrio, pues en todo lugar que se distinga ha de haber quién haga los mandados fáciles y esté para entretenimiento de los que les gusta jorobar al prójimo. Allá fue el tal llegando con su gallo. Como era gallo de tonto, naide creyó a las madrugadas que fuera otra cosa que un tonto de gallo. Erasmo puso sobre el zacate un billete nuevecito de cinco pesos, comenzó a sobijearle las patas al de pelea, y luego a manosearle la cabecilla. Se echó una risa de esas de puro inocente, larga y como sin razón de nada.

—¡A ver quién se anima con mi gallo! —y se volvió a soltar otra cajuelada de risa, mientras le enchilaba y soplaba el traserillo al de pelea, para encenderle los bríos.

—¿Ese es el cruzado con gavilán? —le preguntó tío Lencho.

—Ese es gallo-gallina —dijo otro.

—Y está clueca —agregué yo por fregar.

Erasmo seguía riéndose a tontas y a locas. Tiró el animalejo al ruedo y, qué se imaginan ustedes, este dijo a chiquearse todo [rajón](#), y se soltó a quiquiriquear que daba gusto.

—Diay, qué hubo —dijo el tonto—. ¿Nadie se anima?

Y entonces el Flaco Arroyo echó su gallo, un pintado muy sazón al que no había quién no apostara, por lo noble y rijioso. Achará que el Flaco Arroyo no fuera tan buen hombre como buen gallo era aquel [pinto](#). Para no cansarlos más con palabras, el gallito del tonto Erasmo, que tampoco se parecía a su dueño pues fue resultando un racimo de mañas y listuras, se manejó como un veterano y se echó la pelea al buche. Primero tuerteó al de Arroyo, después le desgajó una ala, y por último se lo [sopló](#) limpiamente de tres espolazos. Hubieran oído la gritería que armamos. Fue un rato largo lleno de caldo gustoso y meneadito. Erasmo se reía como un ángel en la gloria y le daba besos a su gallo, cuando empezó el Flaco a alegar no sé qué cosas, le arrebató la plata de la apuesta, y le dio dos planazos con la realera.

—Hombre, Arroyo, qué es eso —no me aguante y le dije—. Sea buen perdedor.

Y entonces, para que viera el caso que me hacía, le arreó otros dos realerazos al pobre Erasmo, que se puso a gritar como una mujer. Yo sentí cuando la sangre se me trepó a la cara y me la puso roja. “Ah gran vaina —me pensé—, ahora voy a tener que parármele al Flaco, y yo apuesto que no me gusta para nada. Pero no hay más dónde”; y eché mano a mi realera. Caramba, y no sé cómo, pero le pude al hombre. Le di cuatro y cinco cuerazos bien medidos, y esa vez la cosa no pasó a más porque los otros intervinieron, me agarraron a mí y tuvieron entre todos al Flaco. En la que te habías metido, Mundo loco. ¿No ven que el tal Arroyo era de sangre turbia, tirriosa y vengativa? Contaban por ahí que ya se había echado un muerto a la espalda, y a las malas, en una tremolina que una vez se armó por Miramar. A mí me la juró. Una noche, estando él muy pasado de guaro, me alzó bochinche frente a una pulpería. Otra, me aguaitó en una curva del camino. En las dos salió por dentro pues la primera estaba tan tragueado que le arranqué la cutacha y con ella le di su buena castigada; la segunda, como ya andaba yo quisquilloso, me cogió armado. No habiendo qué escoger, me la jugué completa, y aunque me logró en una nalga, lo volví a cobijar bien cobijado, tanto que terminó tirándome de filo y a cortarme. Hasta que me lo traje al suelo, y de ahí le dije:

—Hombre, Arroyo, déjese de babosadas. Yo nada tengo contra usted. Esto sí que se llama estar peleando por un motivo tonto. Quedemos amigos.

Hombre, y me extendió la mano. Respirada la que di cuando se la estreché. Yo le eché llave allí al asunto, contento de haberlo ya dejado atrás para más nunca.

—Pero ¿qué hay de su prima Eulogia? ¿No era de ella que nos iba a contar?

—Paciencia, muchachito, paciencia. A ella voy, que ya es tiempo. Mi prima bamboleaba ya sus cuarenta años en su gran corpachón de yegua gorda y grande cuando esto que les cuento sucedía. Tenía fama de buena, de servicial y dadivosa. Parecía un convento de monjas, sin asco para cuidar enfermos, atender partos y enterrar muertos. A mí me quería

mucho, pues cuando yo salí del vientre de mi mama allá vivía en casa, y le tocó [chinearme](#) siendo chacalín. Quizá fue muy madre conmigo, y madre siguió siendo conforme me estiraba a grande. Mi prima Eulogia siempre me llevaba la cuenta, aunque yo no me percatara. Cabalmente si entonces yo tenía bueyes y carreta se lo debía a ella, que me había prestado unos pesos para mercármelos y hacer vida. En aquellos días estaba redondeándome una jalada de madera para un amigo mío, y todo el barrio sabía que de día de por medio, a eso de las cuatro de la madrugada, pasaba yo con mi cureña en camino hacia Alajuela, cargando algún tablón de cedro o de [genízaro](#). Todavía estaba oscuro cuando, como cosa de fantasma, me salió prima Eulogia desde un cafetal orillero y se me pegó a conversar de una sencillez tras otra, sin que yo diera en el rastro de lo que quería decirme ni qué diantres se traía en mientes. Como pude rompí brecha en aquel chaparrón de palabras y le pregunté:

—Pero, Eulogia, ¿qué hace a estas deshoras aquí? ¿No ve que ni ha empezado su trabajo el sol, y está lejos del pueblo?

—Ah, ya. Se me olvidaba, Mundo. Es que traigo esto para que se lo dejés a ña Cisneros en San Josecito. Decile de mi parte que no me he olvidado de su encomienda, y que de aquí a una semana le voy a dar razón por allá.

Pero en vez de entregarme el encargo, se despachó mi prima con la [sin-hueso](#) nuevamente, va de palabrería y va de cuentos que a mí maldito lo que me importaban, hasta que casitico me enoja y por un tris no le digo algo. Porque era ella me lo callé, mientras veía cómo ya la cureña iba bien lejos y apenas la medio oía trastabillando entre las piedras del camino.

—Prima, que se me hace tarde. Llevo más de diez quintales y no quiero que los bueyes entren solos en el puente.

—Esperate, esperate, Mundo. Todavía se me olvidaba algo. Si ves a Chico Lépez en la plaza de ganado, le preguntás por... Bueno por esto, y aquello, y lo otro, y lo de más allá. A las tardes, me resigné a quedarme, ya en la duda de que a Eulogia la de pensar no se le estuviera cuarteando por algún trastorno de solterona. Apenas me largó, me las [caiteé](#) corriendo a ver si daba alcance a los bueyes. Ya empezaba la primera luz de la madrugada a blancuzquear el camino entre un ruidal de pájaros bullangueros, cuando columbré la cureña entrando muy oronda por el puente. No era puente largo, pero sí de mucha altura. La quebrada pasaba honda, como para marearse cualquiera. Jovencitos, lo que me tocó ver. Desde unas cien varas, no digo que divisé, sentí más bien que la cureña ya no estaba, mientras oía algo como si se quebraran veinte tinajas con agua. Tiré el chuzo, me agarré la cabeza con las manos y salí de estampía. Abajo estaban bueyes y cureña hechos una lástima, y el puente desgajado en dos pedazos. Yo me senté a dolerme en un pedrón allí a la mano, y al rato vino apareciendo Eulogia, que me había seguido. Estaba sofocada, pero yo nunca espíe mayor contentera acomodarse en una cara, que la suya cuando vido el desastre. Me abrazó:

—No te aflijás, Mundillo. Ya mercaremos otra cureña y otros bueyes. Yo te presto la

plata –y tamaños frijoles tiernos le brillaban dos lágrimas.

—Quiere decir, Eulogia, que usted sabía esto.

—No, hijo, qué lo iba a saber. Pero me desperté como a las tres muy asustada y afligida, con una imaginación asina muy parecida a esto que estás viendo, clavada aquí en la frente. Por más que quise limpiármela, no hubo cómo. Me levanté y por entre cercos y cafetales te alcancé y pude entretenerte. No quise decirte nada, por no arriesgar que lo fueras a coger a broma y no me hicieras caso. Me daba un pálpito que aquí había algo malo esperándote.

Ya ven: lo había adivinado prima Eulogia. De allí para acá yo la seguí queriendo mucho más y siempre dije que era mi ángel de la guarda.

Nunca se pudo descubrir quién fue el de aquella zamarrada. Las dos vigas del puente habían sido cortadas con hacha durante la noche. Pero dio la gran casualidad de que el Flaco Arroyo se hizo humo desde entonces y nunca más volvió a verse ni pintado en San Jerónimo.

## LA NUCA TIESA

Cerró Tata Mundo el libraco que había estado leyendo, un tomo ya muy zarandeado de polillas y oloroso a viejo; se quitó los anteojos de no sé cuántos años de edad, que solo para leer se ponía algunas veces, y refunfuñó por lo bajo:

—Requetebién, pero mentira.

—¿Mentirá qué? —le preguntamos.

—Un cuento que leía sobre mujeres y mujeradas. Las pintan aquí a todas como si fueran las pobres chorreadas una tras otra en moldes igualiticos. Y no señor, asina no es la cosa. Hay hembras de hembras, igual que hay hombres de hombres. Y cuidado que no resultan algunos de estos más lenguones y tirriosos que la peor “[vieja de patio](#)” de las mujeres, mientras que uno se encuentra en veces con señoras tan de pelo en pecho y de respeto, que yo mesmo no me animaría a comparármeles. La verdad de las verdades es que en lo que sí andan aparte de nosotros, los que vestimos pantalones, es que paren los hijos, que no es llevarnos poca ventaja, tanto que por acá a nosotros no nos queda para no sentirnos menos, más que dárnoslas de gallotes, y se acabó. Pero ese cuento de que son todas ellas de este o de aquel modo, como si se tratara de animales de una raza diferente de nosotros, a mí se me ataruga en el entendimiento y no me baja.

Y por allí se anduvo mi Tata Mundo opinando sobre las mujeres, hasta que vino a descansar, porque para él contar viejos sucesos era como sestar al claro de la luna, en una historia que terminó contándonos.

—Porque han de saber ustedes —dijo entonces el viejo— que en los Minerales de Abangares hacía tiempos que trabajaba mi tío Gaspar cuando a mí me bañó el aire de [ajilarme](#) para allá. Mi tío era un cristiano más bien poco que mucho, muy agua mansa el hombre, solterón ya bien tostado y siempre reacio a las mujeres. Mas como en una descuidada cualquiera encuentra horcón donde rascarse, a mi pariente se le atravesó en el camino una famosa chola que allá había, de esas que levantan polvo cuando pasan, y de ella se me fue enamorando hasta caérsele la baba. Ahora verán ustedes cómo estaba la cosa; porque, para empezar, había un pequeño inconveniente. Aquella hermosura de mujer no vivía sola. Y no se hagan ilusiones todavía, como el ya tostón de mi tío tampoco se las estaba haciendo. Es que andaba enredada con Yanuario Grajales. Y este Yanuario era el más afamado y temido coligallero que madre parió alguna vez para mal de muchos y consuelo nada más que de unos cuantos tontos, y entre estos, ya lo irán sabiendo, por fin también mi tío, que paciente como un rumiante seguía siempre a la espera.

—Esa mujer tan buena, muchacho, merece mejor hombre —me decía, y se volvía a espiar a sí mismo de la pechera abajo.

—Sí, tío Gaspar; pero no veo por dónde se le zafe del corral a ese rayo de Grajales. Se



ve que lo quiere mucho.

—Quién sabe cómo esté el asunto por dentro, sobrino. Ese tal es un bárbaro. Lo que es, es que ella le tiene un miedo pánico.

—Ella y también de cada cien noventa y nueve y medio. Aquí no hay quién se le plante en seco a Yanuario Grajales. ¿No ha oído lo que andan contando? Que el propio Felipe Araujo, el guarda de *La Tres*, se le apocó una noche de estas hasta llegar a nada, y lo dejó entrar en el socavón a opilarse con todo el mineral que quiso. Iba con otros dos, los tres enmascarados, y con arma en mano Grajales los puso entre si te mato o me matás. Araujo, que tiene hijos, escogió mejor ponerse a espiar para otro lado y los dejó hacer, que si te vide no me acuerdo. Y eso que no es ningún flojo. Debe de ser cierto, porque a Felipe lo quitaron de guarda.

—Digás vos lo que querás, yo te apuesto una cosa: hombre que hace lo que hace este con la chola Cisneros, no es tan mentado hombre.

Que ¿qué era lo que con su compañera solía hacer Yanuario Grajales? Pues, aparte de otras travesuras, llegar todos los sábados con el rollo de boletos que en la mina ganaba, mostrárselos para hacerle la boca agua, y decirle, llamándola todo meloso con el dedo hecho un gancho:

—Mire, cholita, ¿cuántos boleticos quiere para esta semana?

Y aquella galanura de chola, hecha una venadita de temores, lo medio alzaba a ver, y respondía;

—Hoy solo uno, Yanuario.

Y el Yanuario, fregándola, se echaba una gran risa y le volvía a decir:

—¿Cuántos, cholita? ¿Uno? ¿Y eso; por qué solo uno? Coja dos, lindurita, o tres, o cuatro. ¡No sea tan económica! Para que se merque un buen vestido de tafetán como esos que acaba de recibir el chino del comisariato.

—No, Yanuario. Solo uno —repetía temblorosa la mujer.

—No sea tan tonta, cholita. Agarre por lo menos este otro.

Pero la chola apenas cogía uno. Y entonces aquel minero de Satanás sacaba la cruceta y me le arreaba en la media nalga tamaño cintarazo.

Ay, la pobre Delfina Cisneros se pasaba el sábado por la tarde poniéndose en el cardinal paños de agua sanativa, y con el único boleto que tan caro le había costado, iba al comisariato y lo cambiaba por apenas lo indispensable para medio llenar la tripa en la semana. Porque no era nada lerda; ni a mentadas que cogía dos y mucho menos tres. ¿No ven que la primera vez que el hombre le hizo la pregunta se llevó media docena de cinchazos? Y en la próxima, creyendo que si pedía solo cuatro boleticos nada le iba a suceder, se quiso contentar con ellos solos, y el otro se los cobró todavía más contento, uno por uno, hasta llegar a cuatro. Asina, claro está, ella nunca jamás volvió a sobrepasarse.

Mi manso tío Gaspar, entretanto, se veía los sábados por la tarde todo ojeroso y amohinado. Yo lo alcancé a espiar algunas veces sobándose las bajuras del trasero, como

si fuera a él al que le estuviera ardiendo el cintarazo. Y me llegué a temer que esta agua mansa de hombre cualquier día se fuera a soliviantar con el Yanuario, porque, con todo y todo, a mi tío por ahí adentro no le escaseaba la gana ni naide hubiera podido decirle cobarde. Solo que era un hombre muy, pero muy prudente.

—Mirá, no creás que es por [pendejera](#) que yo no muevo un dedo. Es que ese llegó de antes y con antes, y está en su derecho. ¡Ah, que si ella me hiciera la menor señal! Qué seña le iba a hacer a naide la pobrecita, cuando casi que ni salía a lucirse fuera de la casa, por lo mal vestida que tenía que estarse, a más de que si acaso Grajales la sacaba por ahí a dar una vuelta, caminaba como yegua de carretón, digan que ni que llevara puestas anteojoeras. Solo se atrevía a mirar adelante y abajo, pues Grajales se portaba con ella como siete quintales de celos. Y subía a tanto la cosa, que en la población de Las Juntas me le decían a la chola la Nuca Tiesa.

—Carachos —se le oía decir a algún minero borracho, estando un grupo de sábado con tragos frente al negocio de Pancho Rodríguez—, hay gente que no sabe lo que vale. Esa tal Nuca Tiesa podría sacar dinerales de su mina si mandara al Yanuario a los infiernos y se pusiera inteligente.

Y otro agregaba, riéndose:

—¿No han visto cómo al Administrador, míster Morton, se le abizcan los ojos por ella?

—¡Joder! Con esa manga de mujer cualquiera se ataranta y bota hasta la plata que no tiene, por rebuscarle el mineral. Si es puro oro.

Y ñor Gaspar decía:

—No sean jetones, manada de envidiosos. Respeten. Digan lo que digan, la chola Cisneros es hembra de un solo hombre y muy mujer de su casa.

—Eh, pero qué gracioso. A punta de cinchazos cualquier perra se porta como una ciudadana. Habría que verla libre y suelta.

Va y una vez llegó entre un grupo de a caballo el propio Grajales, cuando aquel montón de [chachalacas](#) ponían los huevos más puercos, y le tocó oír lo que Eliécer Mena, un capataz de la mina, muy malquerido, por cierto, se dejaba decir con toda la jeta al viento:

—Pues a mí es que la Nuca Tiesa no me hace ni esto de gracia. Que si me la hiciera, ya van días que el tal Yanuario Grajales hubiera sabido de mí —e hizo un gesto que por feo yo mejor no se lo cuento.

—¿Ajá, con que aquí hay uno que se está haciendo el hombre? —gritó Yanuario, quien sacó la cruceta, se tiró del caballo y se dirigió a nuestro grupo.

Hubieran presenciado ustedes aquello. A Eliécer se le subió a la cara una tras otra todo el sartal de muecas y palideces que el miedo hace pasar por el semblante cuando aprieta desde muy adentro del estómago. Porque estábamos muchos allí, y hay veces que no aparece hendidura por donde la cucaracha se ponga a salvo, el capataz tuvo que agarrar también su realera y dijo a hacer que le hacía frente. Pero aquello más parecía corrida de toros que pelea de gallos. Grajales perseguía y el capataz zafaba, a ratos casi a trote largo. Les digo que de haber sido algún otro, tal vez hubiéramos diligenciado el modo de parar

tanta ridiculez de pleito, pero como sabíamos que Yanuario no lo iba a matar porque, eso sí, no era ningún aprovechado, dejamos que el zapateado siguiera, pues ya estábamos saboreando el momento en que Eliécer se amujerara todo y nos diera el gustazo de verlo poner abajo.

—No sea [pendejo](#), hombre —le gritaba Grajales.

—Plantátele a Yanuario —se le mandaban decir algunos—, como hacés con nosotros cuando estás con revólver en los socavones.

—Decile a Mister Morton que venga acá para que espíe cómo aquí no es lo mismo.

Carambas, y en eso se jaló Eliécer Mena la gran trastada. No sé ni cómo fue, pues sucedió tan rápido que dejó atrás a los ojos. Corriendo por la calle seguido de Grajales, de puro miedo tiró la cruceta hacia atrás, por encima del hombro, y cuando miramos fue a Yanuario en el suelo, pataleando y aullando, una mano en su cruceta y la otra mano en el estómago, que se le botaba en sangre. Así hueco le había abierto la punta del cuchillo. A Eliécer no se le volvió a ver la cara por un tiempo. A Grajales entre todos lo llevamos a la enfermería, y de allá en carreta lo mandaron hasta Puntarenas. Cualquiera podía haberse muerto de aquello, pero este era gato de siete vidas. Sanó, y todavía le quedaron seis, para seguir jorobando en las minas y para, ¿no lo adivinan?, pasearse unos meses después en Eliécer Mena, que solo una vida tenía, por cierto no muy aseada. Yanuario se la acabó de estropear, acabandito de regresar del hospital, en pelea limpia que naide ni saboreó por lo ligera. Enterramos al capataz, y apenas enterrado, comencé a espiar que de todo aquello habían salido dos gananciosos: la Chola Cisneros, y mi ñor Gaspar. Porque como Yanuario cogió montaña por salvarse de caer en cárcel, su concubina, aunque sin boletos los sábados, no sufrió más cardenales en su lindo cuerpo. Y —miren cómo no era ningún jelado mi pariente— tío Gaspar se dijo aquí es camino y contra viento y marea llegó primero que naide a poner la cabeza en la almohada de Grajales, y el bigote donde este había acostumbrado ponerlo. Sus buenas varas de lengua tuvo que gastarse, no vayan a creer. Y su cantidad de boletos también, en regalitos, y géneros, y baratijas de aretes y sortijas, pues la mujer de veras que era muy de un solo macho, y de cuándo acá que hacía por dónde cambiar a Yanuario Grajales con naide otro que no fuera su recuerdo y su retrato, más fiel con aquel bárbaro minero que muchas casadas con los pasmados de sus maridos. Pero mi tío Gaspar no en vano era barretero. Palanqueando y barreteando, resultó un cortejador como no abundan, al fin se la ganó bien suyita, le puso casa y... de ahí adelante se acabó el cuento aquel de Nuca Tiesa. Porque ahora sí que pasaba por Las Juntas de Abangares la cholita Cisneros del brazo de mi tío, adornada que ni un altar de Corpus, volteando sus ojotes achinados de un lado para el otro, balanceando todo lo que Nuestro Señor le había permitido tener, que era bastante, y enseñándole a toditica la población los gustos y dulzuras que mi tío Gaspar le regalaba un día sí y otro también, tirando hasta el último boleto y todas sus economías. Ah tío más botaratas. Pero yo creo que valía la pena. Había que oír lo que decían las mujeres, de la pura envidia:

—¿Viste la mala pécora? ¡Qué modo de guardarle las espaldas a Grajales!

—Pues yo no digo lo mismo. Una mujer que está sola y que se respeta, necesita boletos. Y el ñor ese es espléndido. La mantiene señora.

—Ese es hombre, carachos —decía otra—. Asina sí que es lindo tener un compañero.

Y los hombres:

—Mirá lo que son las mujeres. Tanto tiburón como había detrás de la cholita y nos la fue ganando ese cartago retobado. ¡Qué tal!

Pasaron algunos años. La Cisneros, bajo el ala del sombrero de mi tío, se fue haciendo una gran señorona en Las Junta de Abangares. Ya naide hacía por dónde rumiarla en murmuraciones ni faltarle al respeto. Cuando un día, la noticia. La oí mientras subía bien cansado en el elevador con otros cuatro mineros, después de la jornada.

—Dicen que vuelve Grajales. Lo vieron en Puntarenas, bebiendo, y contó que venía para acá.

—Se va a encontrar con el cielo oscuro. Se le acabó la Cisneros.

—Hm, ese no se queda asina no más. Ya lo irán viendo.

Y dije yo:

—Pero mi tío Gaspar no va a dejarse. Yo lo conozco. Quiere mucho a Delfina, que es buena y hacendosa.

—Hombre, y vos, Mundo —me preguntó uno de ellos—, ¿qué pitos vas a tocar si surge la contingencia? Sos pariente.

—Caray, sí; soy sobrino.

Y ellos sabían lo que estaba pensando. En la de menos me vería obligado a alguna tontería por mi tío Gaspar. ¡Yo le tenía un cariño!

Pero no se me asusten. Nada sucedió de color colorado. Yanuario no llegó como había sido, atrevidón y gallotudo. Como que había tenido que vivir años quietos a la sombra, pues un día lo apresaron y tuvo que ir a pagar su rato largo en presidio. Seguro allí aprendió a pensar dos veces donde antes ni lo pensaba. Y halló un modo mejor. A caballo, de lejos, un día pegó un silbido y le hizo una seña a la chola Cisneros, que venía muy campante del brazo de mi tío. La mujer no le hizo caso, mas para mí que siguió respirando en esos días quién sabe qué recuerdos, qué viejas contenteras, qué pasadas tristezas, qué suspiros. ¡Hay mujeres tan raras! Y tan tontas, quizá dirán ustedes. Y yo mejor me quedo callado, porque el caso me dejó dundo de dudas de allí para adelante. Y fue que la próxima vez que Grajales, a pie y desde una esquina de la calle, la llamó con el dedo, la cholita Cisneros se soltó de mi tío, y en una sola [quinta](#) corrió a juntarse con el coligallero.

Susto y disgusto los que se llevó mi tío Gaspar, que era muy prudente, como ya antes les dije, y se resignó a volver a sus soledades.

A los días, nuevamente sabíamos que los sábados aquel mango maduro de mujer estaba otra vez llevándose en la nalga tamaño cintarazo, por ser tan pedigüeña.

Para más, volvieron a llamarla Nuca Tiesa.

Y a mí me dijo mi tío, que estaba todo vuelto un tonto triste:

—Mundo; mirá que hay mujeres malagradecidas las desgraciadas.

Así terminó de decir Tata Mundo. Miento; así no terminó. Luego de una corta pausa, todavía dijo:

—¿Pero quieren que les apueste a una cosa? Yo todavía me estoy muriendo de risa, porque apuesto a que nunca existieron ni los cintarazos de Grajales ni los cardenales de la Cisneros. Puras lenguonadas de envidia e ilusiones de comadres. Yo después conocí bien a Yanuario Grajales, que aunque muy pecador el hombre, era un minero valiente y un coligallero que sabía hacerse respetar de iguales y de mandadores.

Y para hombres como ese y mujeres como aquella hermosa chola se inventaron, digo yo, los falsos testimonios.

## LA LAPA

¿Nunca les había platicado de la [lapa](#) de Pascuala Francis? Caray, qué memoria la mía; cuando es de las cosas que más me han dejado curioso por el resto de mi vida. Puede que haya lapas tan bien pintadas, pero mejores que aquella, palabra de honor que no. Como que Tata Dios para redondearla trasteó en toditicos los rincones hasta que dio con lo mejor de sus pinceles, y para darles gusto a los ojos no se economizó ni un rojo, ni un azul, ni un amarillo, y la dejó lo que se dice sin mentir, una pintura. Pero achará colores. Achará tanto bien parecer para una sola lapa. Pues a mí se me pone que el diablo también metió su pezuña en aquella hechura, y el animal resultó por mescolanza lo más ideático y pesado que en una guacamaya grande cabe. Y miren que la de la negra Francis era tamaña. Pascuala se pasaba diciendo que la tenía allí para que le espantara los murciélagos, pero yo siempre me olí que la quería como cosa de adorno y de paisaje donde se le refrescaran los ojos, porque Pascuala se derretía por las pinturas y las cosas bonitas. Yo en ese entonces comía y daba a lavar mi ropa en el hotelillo de esta fondera negra, y para que se aseguren de que no les miento, aquí les voy a enseñar la cicatriz que me gané en esta oreja la primera vez que llegué allá, a contratar la comedera. Yo estaba ya saludando muy amable:

—Buenas tardes, Pascualita. Vengo a ver si hay frijoles y arroz para este cristiano viejo. Y a que les saque el costrero a mis camisas.

—Cómo no, cómo no, don Mundo, pase para adentro, y diga que usted es el dueño de todo esto.

Yo que hago a pasar, y la maldita lapa de los mil demonios que se descerraja como un tiro desde la percha, me ataca a la traición, y por poco me deja zonto.

Las penas y vergüenzas que se echó a decir la negra, de veras sentida. Y las maldiciones y los sapos que yo, por educado que soy, me tuve que tragar con todo y el colerón que se me atravesó mientras me hacía consuelos en la oreja. De allí hacia acá, la lapa y yo nos hicimos las cruces como enemigos jurados; ¿no ven que la que me debía era grande? Y tanta era la inquina que, con ser este mortal de los que nunca pegan en el suelo ni se aprovechan de ventaja, siempre que la pescaba pelando la pava en un descuido, su buen coscorrón que le metía a las malas, arriesgando que me pillara la patrona y se me fuera a enojar. Porque entre la lapa y ella, uh, había que espiar qué de cariños y qué de tratamientos. Parecían dos melcochas de coco haciéndose el amor una con otra, a punta de gorjeos y cariños.

Pero como le caía de dulce a la negra Pascuala, asina les caía de amarga a toditicos los demás. Hombre, es que ya eran muchos los heridos que aquel bicho maleducado había hecho entre los "[linieros](#)" que llegaban a la fonda. Apenas la bandida columbraba a un

extraño, se desmandaba a gritar como una vieja loca, y al que se anduviera de lerdo o distraído se le soltaba por detrás y... a la oreja se ha dicho.

—Mire, Pascuala. ¿Por qué no se decide y nos hace un día de estos sopa de lapa? —decía uno de tantos, en el comedero.

—Mejor estuviera ese rayo de animal en la olla, con lo traicionera que es —añadía yo, por emporrar.

—Hm, lo quisieran ustedes. ¡Un animalito tan bueno y tan modoso! A ustedes no los quiere por malas almas que son. Que me lo cuenten a mí, que me lo cuenten.

Y la negra, que era muy de sangre alegre, se iba para la cocina meciendo las ancas y echándose una risa de las que se mandan quedar de muestra para que aprendan a reírse todos los demás mortales. Pura agua fresca de río.

Un buen día, la gran sorpresa: Pascuala iba a tener un Pascualito.

—Pero, ¿y eso qué es? ¡Si naide le conoce enredos! —fue lo que dijimos todos.

—A mí que me registren —sonó por aquí uno.

—Pues a mí que me maten —respondió por acá el otro.

—Y yo, si es que hay que confesar verdades, confieso que una vez le busqué el modo, pero de dónde que dejé de sacarme una trompada —dijo el de más allá.

—Si es puritica roca.

—Roca y todo —metí yo mi veneno—, ahí la están viendo; aumentadilla.

—Como no sea del tal Espíritu Santo Rojas.

—¿Aquel que se fue de aquí hace dos años?

Y va nosotros de reírnos, porque sí que era un misterio, sabiéndose, como se sabía, la gran virtud que era Pascuala enfrente de pantalones, a más de que ya estaba lo que se dice bien sazona. Quizá que ya raspando los cincuenta. Malas lenguas contaban que de joven había tenido sus berrinches mujeriles, como toda mujer que por mujer de pelo se tenga y se respete; pero naide, y yo salgo fiador, le sabía cosa alguna murmurable ahora que trabajaba su hotelillo y lavaba aquellas montañas de ropa para tantos trabajadores bananeros como llegaban a merendar por el negocio. Bueno, lo cierto es que allí estaba la criatura bien a la vista, y allí estábamos nosotros hechos una pura sutileza y una pura suspicacia por averiguarle el padre. Y nada.

—Carambas, Pascuala; mirá que te crece ya el encargo.

—¿Y qué querés, hombre? ¿Que se esté quieto? Yo no me quejo.

No, qué va a ser; Pascuala no se quejaba.

Estaba alegre. Nosotros la jorobábamos diciéndole que la lapa, tal vez que sí, le había resultado una lapa macho. Y cómo se retorció entonces de risa esa negra de los demonios. Bueno; a todo se le llega el día, ¿no es cierto? Cuanto más a un dar a luz, sea para bien o sea para mal. Qué a todo galillo que chilló Pascuala Francis de su parto. Lo malo fue que como estaba vieja y se había puesto a jugar de frescachona, me le salió la fiesta enrevesada, y luego que echó el crío, sano y gordo y mulatillo, de por ahí no más le entró la eclampsia, y digan que ya se murió, pues por tiesa y difunta la dieron y lloraron la



comadrona, las primas que vinieron a verla, y hasta un cura que cayó por allí naide supo de dónde, y que bien oleada, lavada y restregada a punta de cruces y absoluciones, nos la despachó sin más para el otro mundo. ¡Ah negra para verse fea en la mesa donde la acomodaron, entre tanta candela encendida y tanta flor silvestre que nosotros le habíamos traído! La nariz se le desfloronó todavía más, la boca se le entrompó como por dos, con ser que ya ella de suyo era bien trompuda; y de dónde que naide conseguía cerrarle los ojos, emperrados en seguir redondotes, como dos grandes sustos en ayunas. Asina tuvo que aguantársela la pobrecita Pascuala Francis toda la noche, porque el ataúd tardaba y no fue apareciendo sino hasta por la mañana.

Y aquí fue, amigos míos, cuando se jaló la gran gracia aquella bendita lapa. Nosotros que levantábamos el cuerpo para ponerlo en la caja, y allá te va, se descolgó como un bólido, se agarró del pescuezo de la negra y de un solo picotazo se le prendió de la oreja, mientras se echaba afuera unos gritos y unas alharacas que en mi vida le había visto, y eso que por aquella lapa ya de antes me vivía aturdido. Qué raro —dijo a decir cada uno, y muchos se santiguaron, ya confusos y con los estómagos pasmándoseles de la impresión.

Hombre, sí, lo que son las cosas. Vean qué extraño. La lapa estaba en sabiduría de que la negra Pascuala no se había muerto, y ahí no más nos la puso a resucitar, pues no le largó la oreja hasta que la difunta se alzó en peso por su propio gusto y voluntad, ya vivita y coleando, y dijo esta a extrañarse y admirarse de lo que estaba pasándole. Entonces sí que fue lapa para qué te tengo; y la agarró a besos y la llenó de agradecimientos. No era para menos. Si no es por ella ese día enterramos viva a la Pascuala.

No digo yo que esta ya por eso se hubiera visto salva de morir, pues aún le siguieron unos días en que se estuvo balanceando entre si me voy o si me quedo, pero con voluntad y mucha gana les pudo a los achaques de recién parida, con lo que paso a paso medró en fuerzas y fue juntando a poquiticos tanta vida, que al mes ya nos estaba de nuevo restregando los montones de ropa y dándonos de comer a tanto [mamulón](#) como les digo que llegábamos siempre al comedero de Pascuala Francis.

Carambas, allí me percaté de lo que todos aquellos linieros duros y tierrosos queríamos a esta sencillez de mujer, porque en adelante le cogimos tal cariño a la lapa que poco después nos peleábamos por andar con ella en el hombro, paseándola por los bananales. Mas cuando yo la llevaba, por aquello de que quién quita un quite, me hundía el sombrero hasta debajo de las orejas, no fuera a ser que el animal volviera a las andadas.

## LA DE ARENA

Pues, ah carachos; digo yo que la vida da sus vueltas, y hay vueltas de la vida que lo dejan a uno admirado de allí para adelante. Yo todavía estoy preguntándome si lo que voy a contarles fue pura casualidad, o si es que lo viejo y malo, porque tras la noche llega el día, revienta alguna vez en algo nuevo y limpio, como fue en aquel caso.

Ya les he dicho otras veces que aquella Compañía no se miraba en pelos. Hacía meses de meses que los recibidores de banano tenían órdenes de rechazar la fruta de los productores particulares a como hubiera lugar, porque la demanda allá en la tierra de los “machos” estaba floja, y asina fue que muchos habían parado ya las patas, y el que no estaba con el agua hasta las orejas, apenas se mantenía equilibrándose de milagro al borde de la ruina. Y si eran los trabajadores, imagínense ustedes; usted se soca y se soca la faja, y de aquello que les conté para echarle al buche y sostenerse viviendo, un día no, y el otro, pues tampoco.

Y de repente, allá nos vino la gran contraorden: a recibir banano. En las fincas de la propia bananera grande, hasta cele, palabra, había que cortarlo, pues se había venido una racha buena, y como quien dice, tocaron las campanas a cortar y recibir. Claro, las líneas se hallaban abandonadas que daba pena. Pero como allí el santo patrono al que había que encenderle todas las candelas era el negocio, por las líneas aquellas y aquellos puentes dijeron a pasar los muleros con las mulas y los carros cargados hasta el tope. ¿Que una bestia y un “burrocar” se despatarraban en el fondo de un crique? Eso sí que era una lástima. Valían, ¿no lo ven? Y el banano perdido le dolía en el corazón a la Compañía. ¿Pero que, de paso, también el mulero paraba en el hospital o en la sepultura? Ah caray; esa no era ninguna pérdida. Qué se iba a hacer. Sobraban hombres que lo repusieran. Sí, señores; asina como les digo, aunque ustedes no lo crean y me estén mirando con esos ojos que se pasean por la luna.

Va y un día, viniendo yo en mi mula por entre el bananal, noté a la distancia que había un carro detenido y algunos hombres gesticulaban alrededor. Me acerqué y paré la oreja:

—Pues no, señor; eso no puede ser. Por aquí no pasa este mulero —decía un liniero joven, un cortador cualquiera.

Vide que míster Sand se enojaba:

—Andate a los infiernos, vos. Aquí mando yo, y por aquí tener que pasar el banano.

—Mientras yo esté aquí, no permito que naide lo haga. ¿No ve que es para matarse?

—¡Qué matarse! ¡Banano precisar! Órdenes generales. Quitá vos, malcriado patas sucias.

Y voy mirando que el gringo hacía ademán de revólver, que el liniero corría a hacer envite de machete, y que el mulero y otros dos peones que se hallaban cerca se apartaban

un poco, temiendo que aquello se soltara en sangre.

Había que intervenir, y yo, que me he pasado la vida metiéndome en más de un espinero, me le planté en frente a míster Sand. Con buen modo le dije:

—Cálmese, mistercito, no vaya usted a cometer una tontería. Este muchacho está descontrolado.

—No, don Mundo —alegó el liniero—. Es el puente, que ya va a caerse. Y a este bárbaro no le importa.

Bueno; vieran ustedes en las que estuve para poder convencer al “macho” de que desengancharan la mula del carro y entre todos lo empujáramos sobre el puente, sin hombres arriesgar, para probar su resistencia. Al fin accedió porque le entraron dudas. Como la pendiente nos ayudaba, poca fuerza hicimos y el “burrocar” entró en él lentamente. A la mitad, como buey que pandea el lomo, crujió y se dobló el puente, y el carro se mandó ir al barranco, entre tablas podridas y rieles que se retorcían como demonios en el infierno.

Yo me acordé, sí que me acordé de mi juventud, y de otro puente que alguna vez se hundió y del que me salvó un pálpito de mi prima Eulogia.

Y vide cómo el macho Sand, enfurecido, se acercaba al linierito y le daba uno, dos, tres, cuatro bofetones.

Y me alarmé, porque el muchacho llevaba machete. Pero no lo usó. Se le puso el semblante rojo de cólera. Mas apretó los dientes, tragó grueso, y sonrió. Sand dio media vuelta mientras decía:

—Este está despedido.

Oí que otro peón, de esos fanfarroncitos que no faltan, exclamaba:

—Diay, Arroyo, no seas pendejo. Yo no me hubiera dejado avasallar por el gringo. ¡A mí sí que naide me toca la cara!

Arroyito le contestó escupiendo en el suelo, sin decir palabra. Yo me lo traje conmigo. Le dije que de alguna manera lo metería a trabajar en mi propia cuadrilla. Y entonces:

—¿Sabe usted, don Mundo, lo que pasa? Es que yo soy hijo de un hombre al que le decían el Flaco Arroyo. No sé si usted lo conoció. Por amigo de usar el cuchillo, terminó mal. Yo no quisiera acabar asina... Ahora, lo del puente era otra cosa: mediaba la vida del mulero.

¡Qué les parece! Este sí que era un hombrecito. Y yo me dije, contento de la vida: bueno, una de cal, y otra de arena. Y perdoné para siempre al tata por la que a mí en mis mocedades me había hecho, viendo de lo que era capaz un hijo que había dejado bien sembrado en este mundo.

## EL GATO CON ZAPATOS

Pues es lo que yo digo: quién mete a los gatos con zapatos y a los ratones con calzones. A mí quién me ponía a autorizarme a grande con aquella ocurrencia de hacerme “foreman” de finca bananera. Y como quien dice a las cansadas, porque para entonces de cada dos pelos uno ya se me había desteñido a blanco y mi buena canastada de años me había echado a la espalda.

Yo le debo a míster Smith el haberme puesto a entrar por aquel aro, o mejor dicho fue el míster este quien me lo quedó debiendo a mí. Les confieso que no me vino mal el nuevo empleo, porque hasta las fechas mis andanzas por los bananales me habían dado apenas lo que un hueso con hormigas puede echar de jugo y carne a un perro: haber vivido unos dos años a lo buey suelto, sudándome la gota gorda y robándole las vueltas a la malaria con arrempujones de quinina, y ni un cinco de sobra en el bolsillo. Tanto que ya me estaba zumbando en la cabeza la idea de regresar a mi nidal de San Jerónimo, y volver a empezar en cualquier cosa. Porque, ¿saben?; yo me he vivido los años comenzando. Y me digo que a saber si allí está la gracia de la vida. Estar como quien dice va de nacer y renacer cada comienzo de invierno y cada final de verano, mirando para adelante y haciéndose de cuentas que toditico se renueva con cada sol que sale. Y de ahí, asina, no hay cosa que nos duela por perdida ni cosa que, si es nueva, nos deje de intrigar y parecer sabrosa. Bueno, le dije a míster Smith, voy a pensarlo. Y a poco más, un día amanecí nacido “foreman” de finca de bananos, con hombres que mandar y cuentas que rendir a la Frutera, y les aseguro con franqueza que este cristiano viejo se sentía algo asina como cohete de fiesta. Ah tontería de mí. Como si por aquello ya hubiera sido otro mucho más encumbrado, cuando lo que me había sucedido, aunque ni me lo anduviera imaginando por entonces, era que me había enzarzado en el disparate de ponerme zapatos que me apretaban y cincha tan resocada que no me iba a dejar ni respirar. Esa vez di en la luz de lo avisada que era la negra Pascuala Francis, porque me dijo:

—¿Sabe, Mundo, que usted no va a servir para ese hueso?

—Y ¿eso por qué?

—Yo le he visto su trato con los prójimos. Es hombre de una sola pieza. Y para coger cargo de finca, hay que tener dos almas y estárselas entrecambiando: la propia y de entre casa, y la otra, que es la de afuera y como ajena: la que hay que echarse al pecho para poder manejarse con estos, y con aquellos —y me torció el ojo para que le viera la intención, pues cuando dijo estos, señaló el grupo de linieros que estaban jugando dados en la mesa, y cuando dijo aquellos, alargó la trompa hacia las oficinas de la compañía, que quedaban a dos o tres caítazos de la fonda.

—A usted entre los dos le van a volver vinagre la sangre y a agriar la leche de la vida,

que la tiene tan blanca.

Negra más entrometida. Con aquello, me puso la cabeza hecha un disparate; pero como yo me sabía algo entradillo en letras y en numeritos de sumar y restar, y naide me tenía, que yo supiera, por flojo ni cobarde, pensé que la mujer se me estaba sobrepasando de suspicaz y teniéndome en poco más o menos.

—Pues yo creo que no soy ningún niño de mandados. ¿Acaso no me has visto de contratista entendérmelas bien con mi cuadrilla, y al mismo tiempo dárme las con míster Smith y míster Sand casi de igual a igual? Los muchachos me tienen voluntad; y eso que les derribo el sebo haciéndolos machetear mis famosas chapeas; mientras que los machos esos yo creo que hasta me estiman.

—Pero ya verá que ahora no va a poder seguir en esas. Se va a quedar o con Dios o con el Diablo.

Y allá le dejé ir la gran pachotada:

—Mirá, negra chumeca, andate vos a restregar la ropa y limpiar de alepates las tijeretas de tu fonda, que anoche por poco me dejan sin sangre en el cuerpo, y dejame a mí por mi cuenta.

La negra cerró la boca, pero yo vide que se guardaba encuevadas su huacal de razones. ¿No ven que allí mesmo yo, para mis adentros, me las estaba diciendo en lugar de ella? De capataz de cuadrilla y trabajando como contratista por su propia cuenta, uno es para el patrón grande casi un liniero más, y asina lo consideran; mientras que para los trabajadores a quienes les saca el unto, es el jefe y el patrón, pero un patrón que se las suda junto con ellos, que anda a escuadra y nivel como andan todos, y que en veces, si la suerte se echa a reír y le pela bien los dientes, pues se gana unos colones más. Y de acá, hay modo de pasar bien con los unos, y algo bien con los otros, a manera como de puente de hamaca, que balanceándose se equilibra. Claro, no les niego que siempre que el contratista no sea el alma de un coyote, como había muchos, y no olvide que de hombre a hombre, como de árbol a árbol en la montaña, ha de haber sus buenos bejucos de amistad. Esto, segurítico, me lo quería hacer entender Pascuala Francis, que era negra así de lista, porque muy poco después comencé a notar sin mucho esfuerzo cómo se iban cambiando las personas de ellas a mí y de mí a ellas, y cómo los colores de las cosas iban pasando de blanco a gris y de amarillo a verde, sin que yo, lo juro por mis bigotes, hubiera deseado para mi modo de ver las cosas ningún miraje nuevo, ni menos que me hubiera entrado en el ánimo mala intención con naide. Recuerdo una vez que se me quedó viendo Verónico Ramírez, un peón lo que se dice fino, que tan buen rendimiento me había dado en la cuadrilla que yo antes tenía contratada. Fue en el comisariato, él con unos tragos de más, y yo un tanto sobradillo de tragos:

—Oiga, don Mundo, como que se le han subido los humos a usted.

—¿Cuáles humos, muchacho?

—Mire ahí no más si no es, que usted ni se da cuenta.

Qué diablos me quería hacer entender Verónico Ramírez; qué humos ni qué estar yo

trepado ya en grandezas. Asina intenté hacérselo saber, y que espiara que por andar yo ahora de segundo de míster Smith no había dejado de llamarme como me llamaba, ni sostenerme en más pies que en dos, como todo hombre, ni manejar otras manos que la pareja con que nace cualquier hijo de madre. Hm, pero qué extraño; Ramírez se quedó callado, mas me volvió a ver el revólver que entonces yo usaba. Se echó una risa y después dijo:

—Yo no sabía que se nace también con un revólver prendido a la cintura.

Y no me sentí cómodo. No me sentí cómodo porque noté cómo otros hombres, allí, que antes habían sido mis amigos, ahora me miraban con algo atravesado en la mirada. Yo tenía que responder algo.

—Verónico; vos sabés muy bien que no soy capaz de matar a naide.

—Usted no, don Mundo... Pero de la Frutera no digo yo lo mismo. Y usted ahora es la Frutera.

Digan que me picó una avispa y se me atontó la lengua. Me aparté del comisariato, y por Dios que aquellas frases me iban escociendo mucho. Estaba seguro de que el liniero no tenía razón. ¿Creen ustedes que es posible que naide dentro del pellejo en que yo andaba y siendo más dulce que amargo de ánimo, como yo soy, iba a poder pensar que Verónico Ramírez había dicho una verdad? Pues no la había dicho, recalcaba yo, y principié a sentirme resentido con el hombrecito, al punto que con los días me fue cayendo pesado y metiéndoseme en el sentimiento como punta de espina y de estorbo y de majadería. Hombre, sí —y apréndanselo ustedes que están jóvenes para buen arriendo de sus vidas—, cuesta mucho ser siempre aseado y transparente con el prójimo. Uno es de carne flaca. Y lo malo es que uno tira a creerse tan limpio y sin manchones como el delantal de mi abuela. Porque lo cierto es que yo sentía entonces que Verónico me debía algo, y se lo seguí cobrando debajo de mi camisa y mi sombrero hasta algún tiempo después.

La verdad, sin embargo, era muy otra. Como ahora de veras yo sí que mandaba banano, a mí se me había metido en la torre de la cabeza una nidada de lechuzas, y sin que me percatara estaba hecho un verdadero mandamás, tan mandamás verdadero que hasta buena fama me andaba ya enalteciendo. Fama de no ser muy grosero, de trabajar a mi manera, sin mucho machucar a los linieros mas sin ceder lo negro de una uña en lo que fuera defenderle los reales y el tocino a mi respetable patrona, la Frutera. No; si había veinte mil y una razones para andar como yo andaba, a partir un confite con ella. Había que espiar lo bueno que se portaba conmigo míster Smith, los jaiboles tan sabrosos que entre él, otros empleados altos y este concho de mí, nos tomábamos un sábado sí y el que viene también, y todo a cuenta del míster. Y usted baraja su buen naipe de billetes, y usted anda de botas altas, y usted puede sacar en el comisariato cuanta lata y cuanto gusto se le antoje, a precio de privilegio. Y por allí, con posición tan cómoda, canas más o canas menos, ver cómo las mujeres y las ocasiones se le ponen tan blandas, y entra la suerte en casa, muy oronda, por la pura mitad del zaguán. Con lo que se van olvidando penas y sudores, y todo se mira dulcítico y lisonjero. Y en ese caso habría que ser, o muy tonto, o demasiado

bueno, para no ahuecar la mano y aprovecharse. ¿Iba yo, que no soy ni lo uno ni lo otro, a ponerme de San Francisco y negarle a mi cuerpo todos aquellos buenos sabores a cuenta de que un tal Veroniquillo Ramírez se había vuelto ocurrente y se había puesto a jetear algunas tonterías en el comisariato? No señor, allá otros que se penitenciaran con ideas y humanitarismos, y toditicos somos hermanos y dame vos de lo tuyo y yo te doy de lo mío, con toda aquella mar de novedades que a poco se soltó a rodar por entre los trabajadores de la Compañía y fue prendiendo como churristate en hombres y mujeres.

—Ha visto usted qué cosas —gruñía la negra Francis— las que andan diciendo estos. Con esos pensamientos va a resultar mi fonda cualquier día un comedor público, y yo no voy a poder ni lavar la ropa tranquila.

—No, qué va —decía yo—, no es para tanto. Los linieros se han encandilado un poco últimamente porque ese tal Ramírez los ha estado trepando a la luna de los sueños. Pero de ahí no pasan.

—Pues yo los oí hablar de que preparan huelga. Que es que lo que ganan no alcanza, que hay mucho capataz aprovechado, que la Compañía es una abusiva, y qué sé yo.

—Sí, claro está. Y que los boletos, y que las groserías de uno. Dele usted. Ya no se puede ni almorzar en paz, total porque uno ha subido algo.

Y por allá, en las oficinas, me decía míster Smith:

—Oiga, Mundo, tener cuidado con los hombres. Socar bien las tuercas. Yo querer mucho a ticos y no maltratar a nicas, pero el trabajo es el trabajo. Despídase a Bermúdez, y a Canales, y al negro Scott.

Y asina cada semana. Cómo sudaba el macho. Y hasta perdía peso. Porque, vean ustedes; no crean que yo, porque les cuento ahora esto, me voy a poner de aprovechado y me le voy a dejar ir encima a un hombre solo por tener pelo de maíz y ser extranjero; qué va a ser. Sepan ustedes que el tal míster Smith era un tostel como bueno y amigable, en lo que a su persona cuenta y toca. Yo me sospecho que, allá donde cada uno platica solito consigo mismo, el hombre se rumiaba sus sufridas y se dolía de veras de sus durezas. No diría yo lo propio de míster Sand, un tipo helado y duro que ni una máquina. Pero de míster Smith naide crea que pienso mal de toda su persona. ¿No ven que aquella vez, un sábado temprano, llegó y me dijo?:

—Caray. Dar ganas de tirar todo al diantre y volver a mi tierra. Ahora hay que despedir Ramírez. Y yo pienso que con trabajadores así, aquí todos ganar el doble. Malditas órdenes.

Y por la noche se limpió de sus culpas confesándose y comulgando con su botella, en una borrachera de aparecérselo hasta los demonios; y yo le medio entendí que se estaba lamentando de la vida, a más de que entredijo como dos o tres veces el nombre de Verónico Ramírez. Caramba: si es que el Veroniquillo aquel se había echado en la bolsa a toditico el mundo en aquella finca. Con todo y la que yo le guardaba, para mí fue un bocado amargo tener que informarle a Verónico que estaba despedido. No sé para qué me dio por darle explicaciones y tratar de dorarle con palabras el despido. ¡Lo que me



respondió!:

—Don Mundo; yo una vez le dije que usted ya no es usted. ¿No lo está viendo? Es la Compañía. Con ella es que va la cosa.

Luego dieron la orden de echarlo de la finca con la policía. La orden la mandó míster Smith. Y como para todo hay remedio, se autorizó con otra borrachera.

Bueno, fue un día de aquellos cuando dijo a reventar el panadizo. Me monté en la mula y me fui a hacer la ronda por la [corta](#) de fruta, que estaba a medio ir y precisaba, y encontré a medio mundo matando la culebra. Los hombres arrodajados en los callejones, o platicando entre ellos que ni viejas de vecindario, o simplemente estando por ahí. Los “burrocares” volcados fuera de la línea y las bestias de tiro dándole gusto al cuerpo con el pasto y hasta merendándose los racimos de banano. Allí sí que se me enojó este hombre:

—Diay, grandes carajos, ¿quién es el que manda aquí? ¿Ustedes o yo? A trabajar se ha dicho.

Y entonces me salió al corte uno de aquellos hombres, un nicaragüense que hasta entonces no mataba ni una mosca, por lo [Juan Caminando](#) que era:

—Eh, [chocho](#), mirá vos, mejor quedate callado. Aquí estamos en huelga.

—¡Qué huelga ni qué maldita la mama del diablo! —me broté yo todo en cólera, y hecho una pura nublazón de la mente cogí mi machete y me les fui al cuerpo a los matones de banano, le di a un vástago y lo doblé, le apeé la fruta; doblé el otro y de otro filazo le coseché las nueve manos del racimo—. Si no saben trabajar, aprendan cómo se hace, babosos—, e iba ya para el tercer vástago, cuando se me arrimó un tal Pedro Rojas, cuchillo en mano:

—Deje ya eso usted, oiga.

Y como le replicara ya con el apellido muy subido a la cabeza, otros me cercaron en redondo, y la cosa se me comenzó a poner color de hormiga. “Mundo, Mundo, mejor es que echés mano de tu calma, pues andás con revólver, y acordate de tus tatas difuntos, y de tus hijos, y de que tus manos nunca se han manchado; no vaya a ser que por mandón se te tengan que desgraciar de sangre”.

De dónde fue que vino apareciendo entonces Verónico Ramírez, yo no lo sé decir. Pero me llovió como del cielo. Él calmó y cogió por su cuenta y riesgo el mando de aquellos hombres, y yo me devolví para la oficina. Allá telefoneé a míster Smith, que oliendo la cosa se había despachado la víspera hacia Limón, le conté cómo estaba el avispero de alborotado, y luego me puse a sostener aquel caballo para que no se me desmandara, platicando con unos y con otros, recomendando sosiego; y hasta contando por ahí, como quien no quiere la cosa, que yo en mis juventudes había jefado una huelga en las Minas de Abangares. Asina sostuve quietos y hasta contentos a todos aquellos linieros. Uh, qué de hombres tan variados que eran de unos a otros. Los había algo añosos, como yo, y hasta más; y los había jóvenes, casi chacalines de teta; medianos, altos, bajitos; blancos, morenos, negros. Muy pocos, de veras, los había bien alentados. Paludiconcillos casi todos. Yo les dije, por decir, que mientras llegaban mandadores de la Compañía a

encargarse de la finca, no se me pusieran a abundar más de la cuenta, y me tuvieran a mí por uno más de ellos. En la fonda de Pascuala, les conté tamaño cuento, de mis tiempos de desterrado en San Carlos. Carambas; no lo hice mal. Me había sorprendido el toro, como quien dice solo y en media plaza, y aunque de buenas a primeras dije a atolondrarme y casi caigo en sus cachos, me ayudé de mi experiencia y con buenos modos más la calma de Verónico Ramírez lo fui capeando, capeandito, y vean ustedes, terminé conversando buenamente con todos ellos, en una noche calmosa y tranquila.

Fue al día siguiente, al llegar de Limón gentes extrañas, cuando la situación se fue al despeñadero. No venía míster Smith, que según me dijeron había caído enfermo y lo dejaron en el hospital de la Compañía. Venía un tal míster Gibson con el jelado de míster Sand. Mucho revólver, mucha altanería; y una guardia de veintitantos uniformes. Yo vide relumbrar tanto machete de una parte y vide relumbrar tanta arma de fuego por la otra, que allí no más me persigné para adentro y me dije: aquí va a haber bochinche. Y asina fue; a poco más, allá te va, se rompió el dique, ya los hombres salidos de sus cauces porque las autoridades habían empezado a maltratarlos, y hubo algunos golpeados, se hicieron bastantes presos, y los demás cogieron montaña. Yo me acordé de la negra Pascuala y sentí que aquella otra vez había dado en el clavo conmigo. Para esto no tenía yo alma. Como pude me fui haciendo chiquitico, apoquitándome por ahí para que no me tomaran en cuenta, y apenas encontré un hueco me volví humo por él. Estaba caviloso y muy caído. Me estaban entrando la mar de dudas. ¿Qué vela tenía yo en este entierro? Yo no era liniero raso, claro que no, pero tampoco podía jalar los mismos bueyes con aquellos machos gritones. Cogí el revólver y le vacié los tiros. Llegué al comedero de la negra, mas ya no se hallaba ella allí. Me dijeron que se había metido también en la huelga, y andaba al frente de un grupo como todo un hombre, con todo y su chacalín a cuestras, que para entonces tenía tres años. Hubieran visto el vergüenzón que se me entró por toda mi persona. Hasta la negra Francis, carambas. Con todo y las lenguonadas que se dejaba decir de los linieros.

Cuando a toditico aquello, que hubiera podido arreglarse por las buenas de haber mediado gana de entenderse con los muchachos, se le subió de lleno la sangre a la cabeza, y hubo ya hasta baleados, y se vio el desmán campeando y la barbaridad autorizándose a todo, no me aguanté yo mismo un minuto más, pegué así brinco y me sacudí la albarda de encima. Me fui a buscar a Verónico Ramírez. Supe que se hallaba por el Crique de las Ranas. Llegar hasta allá era arriesgado. Los hombres, ya les cuento, no estaban para bromas; hambrientos, perseguidos. De empezada, no me sirvió de mucho el pañuelo blanco que les mostré. Se me vinieron encima enseñándome los dientes. ¡Machetes los que espíe allí!

—Que se vaya a los infiernos ese viejo huelecuescos de la Compañía.

—Qué diablos venís a hacer aquí, sapo, vendido.

—Asesino.

—Verdugo.

Miré al negro Johnson, tan llevadero siempre. Miré al nica Canales, pendenciero, pero en el fondo buen hombre; y a Juan Méndez, el jorobado; y a Pedro Rojas, Felipe Sánchez, Bernabé Víquez; todos conocidos míos.

—Un momento, muchachos. Suelten ya los insultos. Vengo como amigo.

—No somos amigos, usted lo sabe —dijo Rojas.

—Quién quita que sí, hermano —le dije yo—. Quiero hablar con Verónico.

Y asina poco a poco se fueron amansando, hasta que lo llamaron. Venía serio, y demacrado. Digan que lo mismo que un Cristo en el calvario. ¿No ven que él era el de la responsabilidad allí? Yo no me anduve con entredichos. Fui al grano.

—Verónico, como se han puesto las cosas yo vengo a jugármela junto con ustedes. También yo nací con la pata en el suelo. ¡Que se vaya al diablo la Compañía!

Allí entre el muchacho y este viejo de mí, si es que todavía quedaban nubes por lloverse, se limpió todito el cielo. Era, en verdad, apenas un chacalín de veintiún años. Se le empaparon los ojos, me dio tamaño abrazo. Hubieran oído ustedes qué gritería se armó entre los linieros. A mí casitico se me hacen ampollas en la mano de tanto que me la estrecharon uno tras otro. Asina estuvo la cosa. ¿Qué les parece?

Alguna vez les dije que por algo, a estas alturas de mis años, no tengo más de lo que tengo ni soy más que lo que soy. Sabía que faltaba muy poco para que vinieran a sacarnos de allí a balazo limpio.

Ocho días más tarde, en compañía de los muchachos que no estaban heridos y de la negra Francis, nos vimos todos entre rejas en la cárcel de Limón. Allá llegó a saludarme el macho Smith en persona. No, si el hombre tenía sus lados débiles por donde le chorreaba su buen caldo de azúcar. Yo, francamente, creo que no había estado tan enfermo, pues lo noté más coloradote que nunca. Seguro que lo que había hecho era zafarle el bulto al temporal de la huelga. Algunos nunca se mojan.

—Carachos, Mundo —me dijo—, de veras que lo siento. A mí se me poner que usted se iba a meter en esto. Yo comprender, amigo. Yo, muellero de joven, en Nueva York. Yo sentir, de veras. Yo no ser malo.

Hombre, qué bonito. Así quién no. Porque mientras a él poco después lo despachaban para Honduras, escaleras arriba con mejor puesto y sueldo redoblado, a mí me tocó regresar a mi nidal de San Jerónimo, desnudo como me había ido para La Línea, para volver a empezar. Y si no es porque a mi prima Eulogia se le ocurre morirse y dejarme el potrero y las cuatro matillas de café, que por pegazón conmigo me legó en testamento, a estas tardanzas de mi vida no sé qué vientos peores me hubieran soplado ni qué otras historias les estuviera contando.

Y está bueno, está bueno. Yo sé que algunos linieros viejos todavía se acuerdan de mí —terminó diciendo Tata Mundo, y sonrió; luego agregó como para sí mismo:

—Hay veces que uno no tiene más remedio que portarse bien. Si no, después, ¿en dónde diantres escondería la conciencia?

## LA LUZ EN LA OSCURANA

Muchachos; pues como les venía diciendo, fue la negra Francis quien me llegó a avisar que me llamaba Florinda Tapia. Estaba yo engañando al calor en la tijereta, rebuscándole la hebra a un sueñecito, y me la cortó en lo mejor con sus aspavientos:

—Mundo, que ahí llegó esa lindura guapa más pálida que una muerta. Corra a ver qué hace por ella. La pobre está en apreturas otra vez con su [catracho](#).

Flor Linda le decía yo a la mujer de Tiburcio Andrade. Como si una docena de indias hermosas, media de españolas y un par de negras sandungueras se hubieran juntado a hervir en un perol para entre todas pegar el mayor de la hermosura y la gracia dando a luz a aquella segoviana que más parecía de cuento que de verdad, ni más ni menos sacó del horno calientica Tatica Dios a Florinda Tapia, para envidia de unos cuantos y contento de su Tiburcio. ¿Contento? Pues sí, y pues no. Porque ya van a ver ustedes cómo este pobre hondureño grandote y buenazo se había vuelto un trompo [tataretas](#) de tanto dar vuelta y vuelta alrededor de la Florinda.

—Don Mundo —me dijo esta toda llorando—, otra vez anda Tiburcio con el tequio. Hace dos días que se le cambió la cara, y ya no prueba bocado.

—Con razón —le dije yo—, desde antier no le rinde el trabajo, y a nada que me descuido se me escurre de las chapeas.

—Pues si es que me ha estado rondando. Ahora la cosa va con Leoncio Piedra, y no se halla sin vigilarme.

—¿El de Cartago?

—El chocho ese. Fíjese usted. Y ahorita se acaba de ir el Tiburcio para el comisariato. Si dice a beber, como la vez pasada, se va a poner abusador y va a pegarme.

—Mirá —terció Pascuala—, yo que vos mandaba al diante a ese pasmado. Aquí no hay quien no sepa lo honrada y buena que sos. Se tomaran todos los linieros de esta finca tener compañeras tan fieles. Ese Tiburcio no te merece.

Nos alzó a ver Florinda con ojos de ratoncita acorralada, y nos dijo:

—Si es que el hombre es como un [cipote](#). Cuando le coge este [telelele](#) hasta a lloriquear se pone. Yo lo quiero; me da lástima el hombre.

—Bueno, sí —siguió la negra— y él te quiere también. Si no, no se avilocaría por vos de esa manera. Pero te vas a estropear todita, vos, mujer de tan linda estampa, que ya me tomara para mí la mitad. A ver, a ver —cogió Pascuala su delantal y le limpió las lágrimas—, dejá ya de mariquear y andate para el campamento, que entre don Mundo y esta negra grosera te vamos a dejar a tu Tiburcio como nuevo. Tunda la que le vamos a dar.

Conocí en una hacienda de San Carlos un condenado novillo bravo que por estar siempre espionando con la testuz levantada al cristiano que pasaba y hasta al que no pasaba, ni

diligenciaba pasto ni iba al abrevadero, de la gana de embestir que se gastaba; de ahí que en los años que le aguantó el cuerpo no fue más que huesos y garrapatas. Digan que asina se portaba con su mujer Tiburcio Andrade.

Lo encontré ya algo aguarapado en el comisariato. Ustedes saben cómo me las manejaba con mis muchachos cuando anduve de capataz por La Línea. Si a veces me hacía ilusión de que era el tata de todos, y algunos, como este catracho Andrade, pienso yo que a saber si porque algo les faltaba allá adentro y yo les ayudaba a encontrarlo, de veras me querían y se apuntalaban conmigo. No me costó atajarlo de beber, y me lo traje para la fonda de Pascuala. Ya me sabía la historia, porque hasta aburría. Como otras veces, el hombre se sentó mudo y salido de sí, y por este porte estuvo un rato. Después, bueno, lo de siempre: se confesó conmigo como con un cura viejo, y me pareció que se le limpiaba la idea del semblante y que ahora sí se hallaba cómodo porque se había vuelto a encontrar. Cuándo no había de terminar con el sonsonete de siempre:

—Qué sé yo qué es esta viaraza. Si a veces hasta se me hace que yo lo que ando buscando es que de veras la Florinda me la pegue.

—Mirá, Andrade, dejate de una vez por todas de esos dengues. Vos cuando te conseguiste a esa muchacha decí que hallaste una [botija](#). No es para cualquiera, oíme. Pero parece que lo que te gusta es desperdiciar tu riqueza y andar malbaratando tu felicidad.

—Me vuelvo otro, don Mundo—, y Tiburcio se rascaba la cabeza—; algo se me entra en el ser por algún lado. Será pesadumbre de algo; y me desquito con ella.

—Hombre, si ni trabajar podés. Y con lo aseada que se te porta la Florinda. Que te la envidian muchos, te la envidian; pero yo, que vos, me sentiría orgulloso.

Y se iba Tiburcio Andrade vuelto en sí y arrepentido, no sin antes haberse zampado el café que Pascuala, entre trapeada y rezongadera mezcladas con carcajadas, le daba para que se le acabara de espantar el guaro.

Sí, señores; asina sucedía de temporada en temporada. La Florinda volvía a ser la de antes, y Andrade, el indíazo bueno y ocurrente que todos conocíamos, estrenaba cara nueva, aplanchadita y sin nubarrones. ¿Pero creen ustedes que le duraba mucho? El pobre volvía a trompicar. Todos lo acatábamos al no más verle el mirar desencajado con que amanecía, y notar como su segoviana en cosa de un par de días se marchitaba de triste y acongojada, cuando no aparecía lloriqueando y con un gran lamparón en el ojo, que por ser de ella, vieran ustedes que hasta le lucía.

—Si el indio Andrade no entra en razón, a mal parte va a ir a parar. Está matando a poquitos a la Florinda, y él mismo se está acorralando. Palabra que de aquí lo vamos a tener que sacar hecho un [petate](#) para el asilo.

—Baboso más grande; le alumbra todo el sol en la cara, y no quiere ver claro.

—Ahora parece que está seguro de que es con Fidelino la cornamenta.

Y el catracho, ya mejor, se agarraba la cabeza y nos decía:

—Si la cosa me sigue, por estas que me mato de propia mano. ¿Han visto cómo he puesto a la muchacha? Ya no es la sirena que era, hermanos.

Mas volvía a pasarle el temporal, se le aclaraba la mente a Tiburcio, y aquella mujer de fierro, digan que como maizal que vuelve después del veranillo, echaba nuevas mazorcas en puro cabello de ángel, y otra vez se le pegaba a uno el nudo en la garganta si se ponía a mirarla. No, si el catracho no tenía toda la culpa; la verdad es que cualquier cristiano en aquella compañía hubiera arriesgado hacerse tan tequioso como el indio. Era mejor tener poco y estar seguro, como yo por entonces, que meterse a apercollar a lo rico como Andrade y después andar soñando despierto con ladrones por todos lados.

Pasó el tiempo y al asunto, de ser ya tan conocido, le volvimos todos la espalda. La cosa como que mejoró con la llegada de un chacalín, que nació indito justo con la madre porque salió el vivo retrato de Tiburcio. ¡Cosa más igualitica a él!

Bueno, en ese ser se hallaban las personas y las cosas cuando las malas se le vinieron a Tiburcio Andrade, y le llegaron en manada. Cuándo es que las malas, si vienen, no se dejan caer juntas. Primero fue una toboba. Lo tuvo en el hospital en un hilo. Lo salvaron a punta de [butantán](#), pero regresó en el hueso. Entonces le había de resucitar un muerto: un viejo paludismo del que ya ni se acordaba, que lo mandó a la cuja por un tiempo largo. Si con lo que estos linieros ganaban cuando podían trabajar siempre iban que ni ranas brincando de lo malo a lo peor, ya pueden imaginarse ustedes las que pasaron la segoviana, Tiburcio y el catracho retoño, que todavía mamaba, después de que el tata se atascó en media enfermedad como quien dice en mitad de un suampo. Recuerdo que hasta una contribución tuvimos que hacer durante unos meses para hombrearlos en sus crujidas, y que la negra Francis era la que sábado a sábado recogía la plata entre todos, pues a ella también le interesaba; ya llevaba su tiempo fiándole el bastimento al indio de pura caridad, porque Pascuala no podía sufrir que naide hilara de hambre.

—Ya ves, Pascuala —le decía Tiburcio a la negra, temblándole las quijadas por la malaria—, tan fuerte que yo me creía, y aquí me tenés vuelto un caite viejo.

—Ya te pasará, hombre —trataba ella de ayudarlo.

—Si no es porque Florinda se mata trabajando y ustedes me hacen estos préstamos, ¿dónde estaríamos nosotros?

—Y, ¿dónde diablos crees que están, hombre de Dios! —se reía Pascuala—. Esto se te hunde si hablás un poco fuerte. Así que callate y aguantá, que para eso vos sos indio duro.

Si hubieran visto ustedes dónde vivían. En una de tantas casuchas destartaladas, que ya se venía abajo y que solo por no ser menos seguía en sus pies; bueno, como en sus dos volvió a pararse por fin Tiburcio, que otra vez comenzó a volar machete y a venirse a doblar en las chapeas. Indio aguantador aquel. Uh, pero para entonces nosotros sí que sabíamos en lo que había andado últimamente el Colorado Fritz, un alemán contratista de puentes, de los muy bien afianzados con la Compañía. Sin embargo, confiábamos en Florinda Tapia. Carambas; hay mujeres con quienes las duras no pueden, porque hasta salen más lindas después de las amargas y más firmes y maduras. De lucirla hasta en la capital estaba la segoviana por aquellos días, y el Colorado tan vuelto loco detrás de ella, que a lástima llamaba. Esta vez sí que era verdad que alguien había puesto sitio al fortín

del indio Andrade. Y es cosa como de reír: ahora él se pasaba en la luna, trabajando como un satanás para reponer lo perdido, ya dejado de ruidos y viarazas, feliz con el catrachito y por siempre jamás seguro de su compañera. En eso cuajó la huelga que les he dicho. Si alguno se portó muy hombre y vido claro en aquel pleito, este se llamaba Tiburcio Andrade. ¿Que si tenía motivos? Hombre; yo diría que sí. Me lo traba una toboba; y naide hace mucho por él, como no sea meterle unas inyecciones, y ya está. Me le cae el paludismo y en un así están de boquearle de hambre desde la mujer hasta el perro. Sale el hombre mal que bien librado de tanto desbarajuste, y el contratista de puentes le pone el ojo a su linda botija y dice a ofrecerle a esta el oro y el moro y a cercarla por todas partes hasta con amenazas, si no le oí mal a míster Smith una noche en que los tragos le aflojaron la lengua. Y como aquel goloso pelirrojo no consigue con tamañas armas y ventajas arrebatarse su tesoro, un buen día intriga y logra que al hondureño lo larguen de la finca con la música a otra parte, y me lo dejen con todo y familia a la intemperie como un [galán sin ventura](#).

¿Nunca oyeron hablar de un catracho bandido, a quien le dijeron de asesino para arriba, porque en la huelga del 34 tuvo a raya, con un pequeño grupo de hombres hambrientos, a todas las autoridades que la bananera mandó por él? Pues si fue Tiburcio Andrade en persona. Ni para qué decirles que después al indio lo expulsaron del país, sin cobija, sin mujer y sin su chacalín. Allá fue a escorar a La Ceiba de Honduras, donde, según se supo más adelante, hasta en cárceles estuvo temporando porque se volvió muy cabeza caliente y resultó un trabajador avisado, de esos que las bananeras de aquí y de allá se rascan de encima a como dé lugar porque no las dejan dormir en paz con sus pecados.

Aquí todo se va sabiendo. Yo averigüé que al poco tiempo Florinda Tapia y el Colorado Fritz terminaron en mancuerna. Que me cayó como aceite de castor saberlo, sí que me cayó. Pero siendo que a mí de natural no se me inclina el ánimo a pensar lo peor de mis prójimos, me puse a disimularle a ella aquel mal paso diciéndome que en veces el hambre no puede andarse por las ramas, y de eso fue que la mujer paró en el puerto de Limón con buena casa y mesa sabrosa donde comer a todo gusto.

Pero han de creer ustedes que años después, siendo esto tan pequeñito, dio la casualidad de que me vine a encontrar, como quien da en espiar difuntos aparecidos, al mismísimo catracho y la mesmitica Florinda lo más amigos y otra vez amartelados, en el propio mercado de San José. Qué de admiraciones las que me hice.

—Sí, don Mundo, ya lo va usted viendo —me dijo Tiburcio enseñándome al reír sus dientes de yuca—, de nuevo desterrado en los banales, porque al que come hormigas solo las hormigas le saben. Pero ahora es en el Pacífico, allá por Palmar Sur. Y aquí estoy, siempre con esta—, y me señaló a la segoviana.

Ya no se espiaba a Florinda tan de sacarla de ángel. La malaria de la costa a ella también se la había medio avorazado.

—Ahora tenemos dos catrachitos —me contó ella—. Pero el segundo salió achiotado de pelo.



—Es del Colorado Fritz —explicó Tiburcio.

—Anjá —le dije yo—, con que asina es la cosa.

—Yo le mandé carta a Tiburcio allá a La Ceiba, contándole de nosotros —me añadió Florinda.

—Y yo me dejé venir a recoger lo que es mío. Llegué y me la llevé, y dejé a ese alemán chamuscándose la lengua con todos los demonios que me dijo. ¡A mí naide me suelta el caballo encima, por más plata que tenga!

Y dije yo echándome una risa:

—Ya voy viendo que ahora no sos aquel hombre al que le agarraban ideas. ¿Te acordás?

—¿Que si me acuerdo?

El catracho me alzó a ver medio en broma, medio en serio:

—Esa es ya historia enterrada. ¿Quiere que le diga una cosa? Yo entonces era como un tonto jugador que coge fiebre. Pero no es lo mismo, sabe, con violín que con guitarra. Ahora la Florinda se me había ido de verdad; y mediaban hambres.

—El cipote se nos iba a morir, don Mundo —se metió la mujer.

—Yo qué sé si fue o no fue asina —siguió el catracho—. Lo que si sé es que hasta me traje conmigo al otro, el de pelo de [achiote](#), porque el cipotillo de nada tenía la culpa y, la pura verdad, hermano, donde comen tres, pues igual da que coman cuatro.

Y todavía remachó:

—Ah sí, vea, don Mundo: la luz se mira mejor en la gran oscurana.

## LA TOBOBA

Se hallaba Tata Mundo aquel día en el potrero, picando cogollos de caña para las dos vacas criollas que estaban en ordeño, pero como llovía un poco y se mojaba llegué de entrometido a decirle que ya él se había hecho muy abuelo para estas mojazonas, y yo terminaría por él la tarea. ¿Con esas manos, chacalín, me venís a mí con ayudas? Y me gané una risa, y una burla, pero me saqué también un cuento, a más de la mojada que por no desperdiciarlo me quedé a compartir con él.

—¿Lluvias conmigo? Como si no me las hubiera llevado a fanegadas, y ya viejo, en las bajuras de la costa hace unos años, cuando me fui a ventear allá mejor fortuna. Yo tengo el cuero duro y el agua me resbala. A más de que si a uno las vacas le dan leche algo hay que hacer por ellas, como digo yo con los propios hombres, muchacho, si los hombre trabajan con uno y le están ayudando a vivir. Hubo allá, entre los que se diligenciaron cómo sacar cabeza, un tal Cristián Morales, que llegó a capataz de una cuadrilla y a contratista de chapeas y de cortas, pero al que por listo y comodidoso para nada que le gustaba fregarse, ni mojarse, ni digerirse los soles endiablados que te sacaban hasta el último aceite del cuerpo. Este Cristián, que por Cristián no creás que era cristiano ni por Morales muy moral que digamos, no había sabido ganarse a los hombres, pues más bien les andaba siempre al quite en todo lo que dijera con centavos, y no les dejaba ni leche para el ternero. Asina, claro estaba, naide de entre ellos le tenía voluntad, y aunque por la necesidad le trabajaban, con gusto se lo hubieran comido en chuletas y le hubieran bebido la sangre, de ser la cosa entre paganos. No siendo, pues idiay, se lo aguantaban.

Había entre estos un nica, muy buen hombre. Nicasio se llamaba y había sido zapatero allá, en Rivas de Nicaragua, aunque ahora trabajaba como peón en bananales. Yo le pregunté una vez por qué se había venido.

—Hombre, don Mundo, es fácil de explicarlo. Allá ganaba poco. Como me eché una novia, viera usted qué bonita, y tengo que casarme con ella, me desterré para acá, porque acá, con paciencia y un garabato, uno rejunta plata.

—Y rejunta otras cosas, también, si se descuida.

—Pues es lo que yo digo, hermano. Por eso yo me cuido, y trabajo.

¿Que si se cuidaba el hombrequito? Nunca le supe un trago, ni un enredo de faldas; y aunque se colegía que le picaban de hormigas las puntas de los dedos cuando los otros barajaban naípe o tiraban dado, de dónde que la tentación podía con él.

—Yo me amarro las ganas, don Mundito. ¿No ve que ella es muy guapa? Y se merece un hombre; no uno que otro cualquiera.

Qué bien me caía Pradito. Tanto se me apegó que hasta llegó a enseñarme las cartas que la novia le mandaba. Vieras qué tamañas cartas, dulcíticas de amor del que parece puro

azahar de naranjos. Yo no sé; la fotografía que de ella vide no me la recomendó mucho que digamos, porque más bien allí se le portaba fea la cara, pero Nicasio Prado la quería, y tan de veras, que la sabía mirar en nubes de belleza y se persignaba con ella. Si hasta volvió a trabajar de remendón, para aumentar entradas. De noche, en el corredor de Pascuala Francis, sacaba fuerzas de no se sabe dónde, y se estaba hasta bien tarde claveteando y cosiendo. Y de día, al bananal.

—Caray, Nicasio, asina vos te vas a hacer rico —le decía Pedro Rojas.

—Con poco más y ponés banco ya no de zapatero, sino de prestamista.

—Chocho este más loco —lo molestaba el nica Mejía—; tanto rajarse el alma por esa riveñita. ¡Son chochadas! ¡Con la entrada que le abre a no más ver la chola Peña, acá a la mano!

—Dejátela para vos, hermano. Yo sé mis cuentas.

Claro que las sabía. Un día me confesó que ya tenía tres mil hechos un puño en el pañuelo, y que se los iba a dar a guardar a míster Smith, que era alcancía segura. Yo nunca he sabido de una plata más sudada y trabajada que aquella pero él quería seguir sudándose la vida hasta llegar a seis.

—¿No ve que pienso ponerle casa a Margarita? Y con tres no me alcanza.

Ahí así estaban las cosas, cuando entró a hacer lo suyo el capataz de Nicasio. Él pensó cuajar ganancia, ya lo creo: y la hizo. Se la ganó grande, y completa, como ya vas a ver. Labia le abundaba al hombre, de esas que entran flojitas en las orejas de los otros y muy pronto convencen. Convenció al nicaragüense para que le facilitara su dinero, de modo que ambos a dos le fueran sacando crías redondamente. ¿No ves que Cristián Morales hacía adelantos de plata a cuenta de trabajo, chapeando un buen tercio para él, cuando sus peones andaban apretados de bolsa, que era siempre?

—Hombre —le dijo a Pradito—, me facilitás esa plata, y vamos a medias con la ganancia. A estos pedigüeños se les saca un buen interés.

Y al nica se le hizo la boca agua, pensó que asina se le acertaba el destierro y se le aprontaba el regreso a Nicaragua, que ni darle un chonetazo a una lora, y por ahí acabó entregándole el alma al diablo. Porque pasaron unos meses, y como el otro no resollaba quiso pedirle cuentas, pero Cristián se le hizo el desentendido.

—Háblemele usted, don Mundo —me pidió el zapatero.

Y yo, por si tal vez, le conversé a Morales del asunto. Susto el que me llevé cuando, tan cierto como que ahora llueve, dijo mesmamente:

—Yo no sé de cuál plata me está hablando. Ese Nicasio está loco.

No insistí con él, porque me sospeché que en poco más se me iba a subir al tejado el redentor que llevo adentro y me podía ver en un pleito a matar con aquel renegado. Se lo conté con todas las tranqueras abiertas al nicaragüense, y Nicasio se quedó calladito. Te aseguro que no le pude leer en el semblante ni una letra de su ánimo. Se guardó el ser pellejo adentro, como en armario con llave, y del asunto aquel no me habló pizca más, ni naide volvió a platicar por muchos meses. La verdad es que entre los calores, los bananos

y el culebrero de aquellas bajuras, zamarradas como esa eran cosa corriente.

Hasta que un día, siendo yo *foreman* ya en la finca, me vinieron a avisar que había un macheteado.

—Es que Nicasio Prado le partió la cabeza a Cristián Morales —me dijeron.

—Otro más —tronó míster Sand—. ¡Bárbaros más grandes!

Hijo mío; uno no puede aceptar que hombre mate a hombre, por más sangre de satanás que el muerto haya sido ni más justicia asista al asesino, pero yo aquella vez casitico me lo dejo olvidado y me alegro de veras. No me alegré, claro está, y más bien me dolí por el pobre Pradito, que de esta sí que no iba a poder volver por muchos años a su tierra, ni tener ya su casa y menos a su Margarita.

Pero era un nica listo.

Lo trajeron ya reo a la oficina. Y me fue diciendo:

—Diay, don Mundo, vea qué contingencia. Se me llega Cristián por la chapea y le voy viendo así toboba arrodajada en el ala del sombrero, diga usted que de cinta. Y yo por matársela y salvarle el número uno lo voy despachando para el otro mundo.

—Y la toboba —le pregunté por decir algo—, ¿qué se hizo?

—Vea usted qué mala suerte. Se nos fue la desgraciada.

—Sí, se nos fue —se acercó y afirmó el catracho Tiburcio Andrade.

—No hubo modo —corrió a decir el [guanaco](#) Venancio Velazco.

—Ni qué más; se escurrió por la línea —aseguró el guatemalteco Juan Salguero.

—Pues yo afirmo lo mismo —remachó todavía un [chiricano](#) que también venía en el grupo.

Y asina Lorenzo Vargas y el negro Farabundo Furniss.

Yo comencé a ver claro. Aquella era la unión centroamericana en persona, saliendo como una sola voz por el nica Nicasio Prado.

Y no hubo cómo ni dónde con ellos. A Nicasio le siguieron el proceso, pero al final tuvieron que absolverlo. Se vido el juez en unos apuros. ¿No ves que eran muchos testigos los que, si hemos de creerles, estuvieron cuando Pradito quiso salvar de la víbora a Morales y por atolondramiento y por la “mera desgracia” más bien le rebanó los sesos al pobre contratista?

Ah, señor; qué muchachos más empecinados. Naide, ni con tractor de orugas, los pudo sacar de ahí para hacerlos cantar otra cosa, por más cruces de juramento que besaron ni amenazas de ley que les dijeron.

Y te vuelvo a decir: naide está autorizado con la vida del prójimo. Mas a mí todo este cuento me dejó cavilando, cavilando, porque vide cómo a veces los hombres sin buscarlo ni quererlo se juntan, y a su modo, se defienden entre ellos.

# MAMITA MAURA

Lo cierto fue que Tata Mundo convaleció de aquella pulmonía que no pudo con él, volvió a calzarse el par de zapatones bien herrados, y con su pañuelo rojo anudado al cuello aún anda por ahí fumándose sus puros y echándole aceite a su lamparilla que alumbra historias. El día que ya estuvo de salir a asolearse, todavía algo desteñido de la piel y escurrido de las facciones, fue y nos dijo, sentándose en el pedrón que estaba al frente de su casa:

—Pues es que en la de menos yo soy como mi abuela.

—¿Mamita Maura?

—La misma. Pura coyunda tiesa. Llegó a ser la vieja en aquellos años el bastión donde toda nuestra familia se arrimaba a asegurar sus tristezas para que ella las tuviera de su mano; o a dar rienda suelta a las alegrías, que también las había de haber en familión tan grande como el que ella y mi abuelo habían echado al mundo. Mas el abuelo, para entonces, ya dormía de espaldas bajo muchas paladas de tierra. Se fue sesentón, el flojo. Ella nos quedó, e hizo las veces del uno y del otro; y miren que, como autoridad, sabía ser de buen mando la viejita. ¿Piensan ustedes que, faltando el hombre, se le fue la finca en humo o se rompieron a pelear entre sí los hijos y las hijas? Nada de eso. Como en un puño los siguió teniendo a toditicos; y los cafetalillos más bien crecieron en sus manos, que para jefear paleas, [deshijas](#) y [descumbras](#), buenas nacieron. Asina era mi abuela: mujer de mucho respeto.

Estaba yo muy chacalín, pero me acuerdo muy bien de aquella vez que a casa llegó el tío Mateo con el recado:

—Que manda a decir mama que enyuguen ahora mismo y esté toda la familia desde mañana en Santa Eulalia.

—¿Qué pasa? —dijo tata—. ¿Hay alguna novedad?

—¿Está bien ma Maura? —preguntó mama.

—Está bien; Dios me perdone si no. Pero ya se mandó a morir.

—¿Qué decís vos, mano?

—Quiere que estemos las diez familias presentes, y ya notificó a todas en redondo, porque asegura que de las doce del lunes que viene no pasa; desea que la despidamos.

Era viernes. El tío Mateo no pudo explicar nada más, y mama y tata, algo tristes, alistaron la carreta. A mi abuela había que obedecerla. Si no, aunque se estuviera muriendo, habría que oírla, y cuidado que no aguantarle unos cuantos [tajonazos](#) en la espalda. Tal y como lo oyen. Más que mi tata tuviera ya cuarenta años. Los chacalines nos volvimos de fiesta. Como la muerte y nosotros no nos entendíamos, qué nos importaba que la abuela se hubiera mandado despachar un lunes a las doce. Lo que nos ponía locos era el viaje en carreta hasta Santa Eulalia de Atenas, donde ella vivía bien dueña de su

haciendita y mandando la olla de toda la familia. Porque ma Maura tenía unos cuantos cincos, no crean, además de sus vacas y cafetales, y cuando a alguno de sus críos la mantención le andaba renca ella le metía su apuntalada; si no que lo atestigüen las ánimas de mis tatas.

Creíamos que la íbamos a encontrar volcada en cama. ¿Saben dónde estaba cuando al día siguiente a las cinco de la mañana me bajé a abrir la tranquera que daba al solar de su casa? Encaramada en una gran escalera, apeando mangos del arbolón que frente a la casa había, para darnos gusto por la trompa a las carretadas de nietos que iríamos llegando unos tras otros.

—¡Qué tal, muchachitos! —nos gritó—, ¿les vino bien en el camino? ¿No me los asustó el tigre en los bajos del Cacao?

Y con la vara que tenía en la mano punzaba y aporreaba los racimos de frutas. Ya tenía dos canastos a medio llenar. Después bajó y dio la bendición a tata y mama, que se arrodillaron junto a ella.

—Pues sí, m'hijitos, la cosa es para pronto. Pero no quiero llantos.

—Pero, mama, y esas ideas tuyas. Si usted todavía está vivitica —dijo mi tata.

—Sí, hijó, pero no hay fecha que no se cumpla. Yo estoy cumplida.

Por no ser menos, llegué yo de [domingo siete](#) y me le hiqué enfrente, también. Ella se echó una risa.

—A vos, chacalín, que te bendigan los ángeles. Tu abuela tiene el alma muy curtida para bendecir chacalincitos limpios.

Y en lugar de darme cruces, sacó del bolsillo de su enagua media docena de [jocotes](#) tronadores, que todavía estoy saboreando, y me los regaló. A todo esto, mi abuela se pensaba morir el lunes a las doce. Mientras me comía los jocotes yo quería saber qué era aquello, y claro, qué iba un chacalín a averiguarlo; pero estaba muy contento de que la viejita se fuera a morir, porque me gustaban mucho los tronadores.

Ya era sábado, un sábado muy lindo que cuanto más se fue llenando de sol y claridad más fue hinchéndose también de carretas con bueyes, de mis tías, de mis tíos, y de toda la primada. Parecía la casa un domingo en el mercado. Saludos, regalos, platicadas largas, mucha comedera, y ma Maura de aquí para allá metiéndose con todos, que ni obispo en día de confirma. A eso de las tres, fue y ordenó:

—Lino, Mateo, Gaspar, a destazar los chanchos para el velorio.

Y a mis tías:

—Carmela, Amelia, Luisa, a jalar el pescuezo a las gallinas. Mañana es de guardar y no quiero trabajos en la casa.

El domingo nos fuimos todos al centro, a misa de ocho. A la salida la abuela nos convidó corte parejo a un mondongo en el mercado, y nos compró bizcocho hasta tirar para arriba. Éramos varias docenas, a más de los caballos y carretas, y ese día la curiosidad de los paisanos se atipó a dos manos por cuenta de nosotros, pues no hubo quién no preguntara qué cosa grande sucedía en la familia de la viuda ña Maura, y esta, revoleando su gran

enagua almidonada y su cotona de encajes, se pasó medio domingo enterando a sus amigos de cómo la pelona vendría por ella el lunes al mediodía.

Llegó el famoso lunes. Cuando a las seis apareció ñor Chindo con el barril al hombro, dijo mi abuela:

—Ahí viene ya la primera chicha para el velorio.

Cuando por ahí de las siete entró a caballo el cura, ella explicó:

—Aquí me llega el padre para la confesada y los otros sacramentos.

Por el silencio que se hizo comprendimos los menores que el cura traía además algo de mucho misterio dentro de aquella cosa que llevaba tapada.

La confesión fue larga, larga. Sabe Dios qué gran huaca de culpas y pecados se tenía ma Maura en la conciencia, porque para desgranarlos todos se gastó más de una hora. En seguida comulgó. Después le echaron los santos óleos. Y entonces apareció otra vez entre nosotros con la cara toda colorada y sudorosa.

Ya los mayores estaban llenos de aquello y algunas mujeres lloriqueaban, cuando en eso llegó la caja en una carreta. La había encargado ma Maura de las mejores, de paño gris con adornos dorados. La pusieron en la mesa. Encendieron las candelas. Las mujeres vistieron a mi abuela de blanco y le prendieron un crucifijo en el pecho. Palabra que la viejilla se veía hermosa entre tantas flores y candeleros.

Y entonces comenzaron las despedidas. Abrazo a unos, besos para las otras, bendiciones a todos. Y se soltó el llanto a decir aquí voy.

Mi abuela se subió a la mesa y parada en ella mandó:

—Bueno, bueno, dejen ya ese cuento. Que naide me llore. ¿Me oyeron?

Una vez que les cerró la boca, agregó:

—El testamento está en Alajuela. Lo tiene el licenciado Chaves. Y ya saben, m'hijitos: nada de pleitos ni discusiones. Que Dios me les dé salud y con qué pasar.

Carambas, sí; estaba tan seria, que de veras parecía una muerta. Sin permitir ayuda de naide se metió en el ataúd, y al poco rato principió a agonizar.

Prima Eulogia, con su voz tan fuerte, dirigía el rezo frente a las imágenes. En la sala de mi abuela colgaban en las paredes la mitad de los santos que hay en la corte celestial. Rosarios, letanías y responsos pasaban unos tras otros, y de cuando en cuando alguna de las mujeres no podía más, alzaba el llanto, y entre algunos la sacaban de la sala iluminada y la llevaban a la cocina.

Allá de vez en vez, afuera reventaban un cohete. Órdenes de ma Maura. Y ya pueden estar seguros todos ustedes de que media Santa Eulalia se convidó a venir a presenciar la despedida de mi abuela.

El reloj que estaba en la pared dio las once. Ma Maura continuaba boqueando y el pecho le sonijebaba como un gran avispero. Dos veces, como entre sueños, se levantó un poco y volvió a espiar el reloj.

Todavía se la oyó decir:

—Recen, hijitos, recen por mí y por todas las ánimas del Purgatorio. Páguenmele a ña



Dominga dos pesos que le quedé debiendo. Sigán dándomele a la vieja Cástula la ayudita de todas las semanas. Y óiganme bien: que en esta finca naide nunca pase hambres. Hermanos somos. Todos hijos de Dios.

Y reanudó la tarea de agonizar. Poco antes de las doce hizo otros encargos:

—Poden hondo de cuatro a cuatro años. Resiembren a menudo. No paleen en ladera...Y no olviden: que haiga paz entre ustedes.

Llamó a mi prima Eulogia:

—Vos que lo chineaste, cuidame a Mundito. Ayudalo a hacerse grande.

Y se dispuso al viaje.

Lo extraño era que ma Maura pudiera hablar tan claro hallándose ya como quien dice con medio pie en la sepultura. Faltaban cinco minutos. Faltaban dos minutos. Hasta los mocosos estábamos blancos del susto, espiondo el reloj. Aquello no era para menos. A mí se me habían olvidado los jocotes y los mangos. Vide que a mi tata le resbalaban lágrimas por la cara, y mi mama se la cubría con un pañuelo. Yo también me solté a llorar. Cuando el reloj por cosa de un minuto iba a marcar la hora de la muerte, mi prima Eulogia paró de rezar, dio un grito, y cayó redonda al suelo. Mis tías gritaron:

—Mama, mama, no se nos vaya. No sea ingrata, mamita.

Qué alaridos aquellos. A tío Mateo, por querer hacer fuerte, se le salió un bramido como de res a la que están poniendo el [fierro](#); tan afligido se hallaba.

Y sonaron las campanadas de las doce. Ma Maura ya no se oía. Ma Maura había dicho “me muero el lunes a las doce” y el lunes, a esa hora, siguió siendo la mujer que se mandaba a sí misma, y por eso, si le nacía de capricho, podía morirse un lunes a las doce... o no morirse, si no le daba la santa gana.

Poco a poco se fue levantando. Se paró lo alta que era; se puso en jarras y se dio a mirarnos en redondo no sé si haciéndose la brava, o brava de veras, o riéndose de nosotros. Caras de tontos y de espantados las que teníamos todos allí. Al tiempo que reventaban un cohete, ma Maura gritó:

—Diay, familia de pasmados, ¿qué esperan? ¡Que empiece el velorio! ¡Toditicos a celebrar la muerte de ma Maura!

Y con la agilidad de una ternera bajó de la mesa y ella misma dijo a repartir chicha entre todos los presentes.

Qué se creen ustedes, ¿que allí paró la cosa? Cuando ma Maura mandaba había que hacer lo que mandara. Hubo que rezarle los nueve días. Fueron nueve días de fiestas en Santa Eulalia. Siete chanchos gordos, cuarenta y ocho gallinas, diez ollones de tamales, cuatro barriles de chicha, sin contar la mistela y el ron. Bailes, marimba y rezadera. Y, óiganme bien: ni un pleito. En la casa de la viuda ma Maura naide estaba autorizado a sobrepasarse. Ah, pero entre jolgorio y jolgorio, rosarios y reventones de bombetas, desde hombres hasta chiquillos, pasando por las mujeres, tuvimos que [palear](#), deshijar, descumbrar y aporcar las catorce manzanas de cafetal que jefeba mamita; y cuando regresamos a nuestras casas la finca había quedado que ni un ajito, y como para salir de

Samaritana en Semana Santa.

Ayúdenme a saber qué fue toda esta historia. Algo se había traído entre manos la viejita con aquella extraña fiesta. ¿O fue que a última hora la pelona se le emberrinchó y no le hizo caso, y para disimular el chasco siguió adelante con todo? Me arriesgo a decir que no. Se me hace que sencillamente, como era vieja tan parrandera, ella no quería perderse su propio velorio, a más de enseñarnos a todos a no tomar la muerte muy a lo serio.

Porque ma Maura aún vivió quince años. Y murió lo que se dice peleando. Bien sentada en la mesa y con la cuchara en la mano. Se quedó allí una vez que estaba saboreándose un segundo plato de mondongo, de aquel tan rico y condimentado que hacer sabía, y así, tan llenita y muriendo por donde muere el peje, por fin se nos fue ma Maura de viaje.

# BEJUCO

—Si esta historia que les voy a contar no es verdadera, a mí que naide me salga cobrando la mentira, pues fue un muellero de por estos lados el que se la inventó hace muchos años, en una que había venido a curtirme de sol a estas playas de Puntarenas —comenzó Tata Mundo, mientras con todo y el viejo nos estábamos tostando echados en la arena—. Que se la carguen en cuenta a él, un tal Mayorga que para estas historias se pintaba. Pereceábamos varios, alcahueteados por la sombra de un [chilamate](#), cuando a alguno se le ocurrió preguntar por qué se llaman como se llaman las islas de Caballos, de Venado y de Bejuco. Y ahí no más le armó vela a su lengua aquel muellero, le dio viento a su gusto y soltó a navegar por este lindo Golfo de Nicoya la historia de la isla de Bejuco. Oigan lo que nos dijo:

Hubo una vez en este puerto de Puntarenas dos hermanos a quienes su viejo tata, cuando se pasó a vivir en el otro mundo, los mejoró con lo que acá dejaba. Como eran gentes de mar al mismo tiempo que de tierra, les heredó dos buenas [pangas](#) veleras con sus aprestos de pescar, y además un terrenillo allá por La Barranca y la casucha donde vivían. El mayor le aventajaba al más pequeño en años los dedos de mis manos, y como vino a hacer para este la vez de tata, digamos, por decir, que se puso a cuidarle al menorcillo las pertenencias para mientras los años le amacizaban el seso y llegaba a mandarse solo. Ahora, que como del dicho al hecho hay un gran trecho, los años fueron pasando, y de aquello que te conté el menor se iba quedando en veremos. Fue creciendo y haciéndose por propio empeño pescador de los mejores mientras tanto que el cuerpo decía a ponerse largo y flaco, flaco y largo. Naide sabía ya ni cómo se llamaba de bautismo, porque todos le decían Bejuco, a secas. Y había que ver lo bueno que era Bejuco para irse a los manglares del estero a recoger [chuchecas](#) por las madrugadas, y la suerte que se gastaba con [meros](#) y corvinas. Entretanto, el mayor, costeño arreado y cachazudo, se pasaba las horas en la hamaca, mirando crecer su familia y va de pellizcar sueñecitos. Cómo no; si allí estaba Bejuco, que a cuenta de comida y alojamiento, con las pangas, las redes y los anzuelos de entrambos semana a semana llegaba con chuchecas, camarones y pescados, y asina, en ancas de uno, todos iban muy a caballito viviendo del maicito que da el mar. Carambas, la cosa caminaba de lo más bien, pero en eso a Bejuco se le ocurrió una tarde [sornaguearle](#) la hamaca a su hermano y decirle:

—Mire, mano, ¿cuándo me va a dar mi parte en los haberes?

—Hombre, Bejuco; está pronto. Usted todavía no sabe manejarse solo.

Bejuco, que ya andaba en los dieciocho, agachó la cabeza y continuó tan hermano doméstico y buen pescador como siempre.

Allá cuando le llegaron los veinte, de nuevo fue de necio y le sacudió el sueño al mayor:

—Mano, óigame; yo creo que ahora sí. Tata nos heredó a los dos y yo quiero ya mi herencia.

—Caray, muchacho, ya le he dicho que está pronto. Todavía tengo que cuidarle lo suyo. Sea obediente.

Y Bejuco, tan flaco y largotote como estaba, agachó otra vez la cabeza, se fue al patio a arreglar unas redes viejas, y se puso a silbar.

Allá, en el muellecito del estero, algún bonguero amigo le decía:

—Mirá, Bejuco, no seas dejado. Plantáte a tu hermano y separate. Te vas a hacer viejo y no vas a tener nada.

—Sí, hombre; ya no sos el chacalín de antes —le agregaba otro—. Tenés que ir pensando en casarte y redondearte un pasar con lo propio.

—Total que le trabajás a aquel por la comida, como si fueras su concertado. Mirá que es tiburón el [confisguillo](#).

Pero Bejuco no decía palabra. Soltaba las amarras de la panga, izaba la vela, y empuñaba el timón con rumbo al golfo. ¿Qué diablos iría pensando? Al anochecer, casi seguro que regresaba con así [pargo](#) colorado; treinta libras, lo menos. Aquí sí que el hermano se aprontaba para ir a venderlo en el mercado.

Supo este que ya Bejuco tenía novia. Y de aquello que les dije, nada. Ni por dónde que se acordaba.

Supo también —pues hasta fue padrino de la boda— que el larguirucho se había casado con una muchachona alta y delgada como él, y lo único a que acató fue comprarles una tijereta más grande, para que cupieran juntos.

Y el Bejuco y la Bejuco, tan buena pescadora como el marido, ponían ahora vela junticos hacia los manglares y las cargas de chuchecas venían al doble de vuelta. A dos anzuelos no había peje que aguantara. No era ya con solo un pargo o dos corvinas, sino de a tres en tres meros y de a cuatro en cuatro pargos grandes que volvía la panga cargada. Claro que sí; el mayor, y su mujer y toda la chiquillada, que era mucha, felices y contentos como nunca. Pero una vez más se atravesó el otro:

—Mire, mano, ¿y de aquello que platicamos, qué hay? Ya va siendo hora.

—Pues tal vez —respondió el de la hamaca—, pero yo creo que todavía está pronto. Tenga paciencia, mano.

Bueno, no crean ustedes —recuerdo que nos dijo el amigo Lucío Mayorga—, que a Bejuco la de sumar y restar le andaba lerda; no, amigos; es que era un hermano muy, pero muy respetuoso. Él sabía que su viejo, de veras, le había recomendado al mayor tenerle bien tenidas sus cosillas, mientras llegaba a grande. Y como por consejo de su mujer se puso a espiarse de cuerpo entero en el espejo de la botica y se vido tan crecido y de bigote, le entró vergüenza de hombre y de allí en adelante se le metió en la cabeza lo que ya van a ver.

Allá en una ensenadilla del estero escondieron las cosas: la tijereta, la tinaja, las ollas, algo de ropa, fósforos, candelas, una chancha habilitada y algunas gallinas. El hermano

creyó que madrugaban para irse a los manglares a sacar chuchecas. Pero ellos, una vez recogido lo que habían preparado, aprovecharon la vaciante para salir del estero, camino al golfo, aquí hacia el Poniente.

—En la isla hay un rancho abandonado. Yo conozco el lugar —dijo Bejuco macho.

—Si como decís hay dónde sembrar maíz y frijoles, y guineo para los chanchos, está bueno —dijo Bejuco hembra, sobándole la panza a la tinaja.

Allá le tocó a ella echar al mundo el primer crío, tiznadillo de piel como sus tatas.

No se volvió a saber de los Bejucos en Puntarenas, y el hermano mayor se quedó esperando las chuchecas algo más de veinte años.

Ya les dije que Bejuco era muy empeñoso. Ayudado por el saco de huesos fuertes con su poco de cabeza lista que era su mujer, los dos continuaron estirándose, estirándose. No les niego que tuvieron que pelear a brazo partido con díganme ustedes cuántas penurias y cuántos contratiempos. ¿Quién de nosotros es el que no los tiene? Y en seguida fueron tres y cuatro y cinco y seis, hasta llegar a diez Bejucos; el Bejuco y la Bejuco con ocho Bejuquitos, hombres y mujeres, y toditicos delgados y larguiruchos, como anguilas de mar. Había que ver los fardos de maíz, de yucas, de frijoles, y los cargamentos de cerdos y gallinas con que, de año en año, llegaban los Bejucos a la costa de Nicoya, pues ya en la isla el hombre fue olvidándose un poco del mar y se agarró a la tierra con sus largas manos, que valían por media docena.

Hasta que, para un diciembre, le preguntó a la mujer:

—¿Volvemos ya, muchacha?

—Volvamos, qué caray. ¡Para que aprendan! —respondió la Bejuco, y había que ver cómo le babeaba de gusto la boca cuando lo dijo.

No era para menos; habían estado esperando muchos años el regreso. Aprestaron sus tres hermosos cayucos. Él en uno, con los hijos menores. Ella en otro, con los medianos. Los tres mayores, en el tercero. Los cargaron bien lujosos de carga, y esta vez, la única, pusieron proa hacia el Este. Cuando iban a la mitad del Golfo divisaron estas playas tan bonitas, y todos a una se pusieron a gritar: ¡Uyuyuy, uyuyuyuyuy, Puntarenas, Puntarenas!

De más está decirlo: encontraron al hermano mayor hecho una lástima. Todo lo había perdido. No le quedaba ya ni en qué caer muerto.

—¡Bejuco! ¡Dónde diablos te habías metido!

—¡Cómo está, hermano! Usted va a creer que se le está apareciendo un difunto. ¡Caray, qué bien que me ha cuidado usted mis cosas! Pero mire, aunque la panga que me llevé era muy mía, ahí le traigo en cambio un cayuco grande y nuevo. Viene que se hunde de cargado. Ahí se lo dejo con todo el cargamento para ver si endereza el rumbo... Nosotros nos volvemos a Bejuco.

Uh, vieran ustedes; ya hacía mucho tiempo que los nicoyanos la llamaban la Isla de Bejuco —acabó de decirnos Tata Mundo, y punto y seguido se fue a bañarse al mar. Pero no se me asusten ustedes. Esta vez anduvo solo por la orilla, a mar bajo el ombligo. ¿No ven que ya estaba muy viejo y no había porteñas lindas que se fijaran mucho en él?



## CABALLOS Y VENADO

—Tata Mundo —le dijimos ya sentados a la sombra, sorbiendo con él una horchata en uno de los puestos cercanos a la playa—, nos ha dejado enjuagados con la historia de Bejuco, pero no nos ha apagado toda la sed con las de Caballos y Venado. ¿Por qué no les da viento a las otras dos?

—¿Y quién les ha dicho a ustedes que ya por ser esas isletas trillizas de la mar que siempre se nos vienen a la mente en racimo, habían de tener cada una su cuentillo por aparte?

—Apostemos a que sí.

El viejillo se quedó pensando unos momentos, guiñó luego los ojos y:

—Pues apostemos a que no —dijo riendo—, porque no hay más que otra. Pero esta segunda historia es tan revieja, que yo estaba creyendo que ustedes se la sabían, por revenida que la tiene ya la humedad de los tiempos.

Ya veo que son unos ignorantes. ¿Se acuerdan de la guerra del 56? Qué se van a acordar, cuando ni yo mismo había pensado aparecer por este mundo para aquellas fechas gloriosas. Pues dicen, y lo que se dice alguna punta tiene de cierto, que cuando don Juanito Mora iba con sus tropas para el Guanacaste, fue y se montó en un potro muy galano que en la Boca del río Tempisque le tenían ensillado, y jinete en él llegó hasta Rivas de Nicaragua. Pero el morenillo de Alajuela, aquel que se jaló la gran hazaña de incendiar el Mesón de Walker, no quiso ser menos, y habiéndose encontrado de camino un ruco más o menos llevadero, se encajó en él con todo y su tambor y a talonazo limpio y en puro pelo llegó primero que todos a la famosa batalla de Rivas y primerito que naide se dio el gusto de quemar el Mesón y mandarle a su madre aquel recado tan bonito que diz que le mandó decir. De allá el caballo del Erizo volvió chingo de cola y demás crines, pues cuentan que el tamborcillo para hacer la tea con que metió fuego al cuartel filibustero se la cortó y arregló de mano maestra, como lo hacía allá en Alajuela.

A la altura de mil ochocientos sesenta y tantos, cuando todo se había sosegado pues con tantas heroicidades y penurias nuestro pueblo tan gallo había salido victorioso defendiendo su independencia y libertad, a mis dos caballitos que les digo los cogieron los guanacastecos por su cuenta y los tenían tan bien cuidados y cercaditos de buenas yeguas, que ellos dos, el de la cola larga y el de la cola chinga, se pasaban orondos y contentos dándose la gran vida. ¿No ven que se lo merecían? Ellos también, a su manera, habían arriesgado la vida por Centroamérica, y como además habían zarandeado en sus lomos el uno a don Juanito y el otro a Juanico Santamaría, ya no eran caballos cualesquiera, sino trotones de linaje y de tener en camarín de santidad en eso que llaman altar de la patria.

Dicen los de Guanacaste que nosotros los interioranos somos unos [garifos](#) porque, como



querer siempre lo mejorcito y suave para nosotros, siempre lo andamos queriendo. No sé a cuál presidente de unos años después se le metió entre ceja y ceja que los guanacastecos se estaban haciendo gato bravo con aquel par de caballos, y dijo que como estos pertenecían a toda Costa Rica se los trajeran para la capital, con los honores que tan afamados animales se habían ganado; y de ahí que los fueron cargando en un lanchón ganadero, viejos y llenos de hijos como estaban, y por el golfo de Nicoya poco después ya venían navegando camino a Puntarenas. Pero a veces, m'hijitos, los que mandan ponen, pero los temporales disponen. Como que el mar no quería la cosa. Apenas sintió el lanchón en su pellejo, comenzó a sacudirse como quien se espanta un tábano, y de aquí que la embarcación fuera a dar a pique por allá lejos, y de los que traía solo nuestros dos caballos, que aunque con sus añitos no eran nada dejados, pudieron llegar a tierra. Dieron con sus cascos en una isla cercana donde solamente vivía un venado viudo que se había ido a hacer vida retirada.

—Ahora sí que la hicimos —dijo el caballo de la cola larga.

—Lo que es aquí —añadió el chingo— nos vamos a tener que estar lo que nos queda de vida, porque no hay más que mar y mar por todos lados.

—Mirá vos, hermano Venado, decinos: ¿no hay algún camino de tierra por donde podamos salir de aquí?

El venado les respondió que no lo había.

—¡Santo Dios de los caballos! Y entonces ¿cómo hiciste vos para venirte?

—Yo, muy fácil. ¿Para qué creen que tengo patas? De un solo brinco.

Carcajadas las que se echaron los trotones; mejor dicho, relinchos los que se soltaron riéndose de aquel gran mentiroso.

—¿Te parece poco haber perdido a mis chacalines y a su madre, la más linda venada mujer que en todo el Guanacaste repastaba, y tener después que andar a monte perseguido de perros y escopetas? Cuando ya no hay más tierra para hacer vida, adelante, venado, y venga lo que venga. Di el brincote, y aquí estoy.

—Que te lo crea tu abuela. Mirá que no sé qué tenés más larga, si la lengua o la cornamenta —acabó diciendo alguno de los caballos.

Y como con el venado ninguna luz consiguieron, a oscuras se pusieron como buenas bestias a masticar el zacatón, en ratos, y en ratos a mordisquearse el uno al otro los pescuezos. Palabra que era aburrido. No hacían más que pensar en las esposas que habían dejado en los llanos guanacastecos. Un día, el de don Juanito Mora se puso a lloriquear y relinchar como un desesperado. El de Juan Santamaría, que también estaba muy sentido, echando maldiciones contra sus compatriotas de la Meseta Central, también dijo a gemir y relinchar como nunca jamás lo había hecho una bestia tan valiente y tan hombre como él.

Días después, dicen las gentes, hasta acá a Puntarenas llegaba por el aire el eco de los relinchos. Y desde el Guanacaste, las yeguas de aquellos potros viejos tan enteros todavía, los oyeron, y empezaron a responderles día y noche, vueltas unas puras magdalenas.

Mientras tanto el venado, levantando su gran [cachera](#), se ponía a mirarlos muy

disgustado. Como ya se habían hecho amigos, se les acercó y les fue diciendo:

—¿Para qué tanta bulla, viejitos? Con su relinchadera ya ni dormir me dejan ustedes. Si esa falta les hacen las parientas, ¿por qué no se animan y se echan al agua?

—Sabés —relinchó el de la cola chinga —que vos tenés razón. Más valdría morir ahogado que seguir aquí, tan solos. Si a nado vinimos, a nado nos ajilamos.

—No seas bárbaro —dijo el retinto de don Juan Rafael—; es mucha mar y ya yo no estoy para cruzar ni el Tempisque. ¡Como no lleguemos a nada!

—Carambas, allá vos con esas juguetadas de palabras; yo soy ruco de pobre y apenas sé hablar —siguió el melado de Juan Santamaría— pero todavía me acuerdo de cuando el Erizo se echó a aquel mar de balas con la tea en alto, y no le tuvo miedo a la muerte. ¿Se lo voy a tener yo?

Dicho y hecho se tiró al agua y empezó a nadar con todo y su cola chinga hacia donde lo llamaba su familia. ¿Querían que el de don Juanito se pusiera a quedar de menos? Nada de eso. Se persignó, y en una sola quinta galopó también al mar. Pero para su tuerce se le enredaron las crines de la cola en las barbas de un pesado chilamate muy creído que estaba en la pura orilla, y hubiera habido que verlo al pobre mirando cómo el melado ya iba bien aguas adentro, mientras él, allí, por más coces que le daba al chilamate, no conseguía desenredarse. Entonces dijo: “Ah sí; ¿con que querés que me quede aquí hecho un venado tonto cuando allá me estiman tanto?”. Jaló y jaló y jaló, llegó al agua, y con todas las fuerzas que seguro le daba el ser, como bien era, caballo de la patria, ganó agua y distancia, hasta que pudo dar alcance al chingo de Juan Santamaría y pecho a pecho se le puso a la par encima de una gran ola.

—¿Diay, te animaste? —le relinchó este.

—¿Qué estás creyéndote vos, garañón viejo? Yo sé que a don Juanito me lo fusilaron en Puntarenas, pero también sé que más después se le va a hacer justicia de la grande y lo treparán a monumentos. No iba yo a dejarlo mal montado quedándome de flojo en la isla con ese venado saco de mentiras.

Lo que no les he contado es que pegada a la cola, pues el chilamate aquel tenía raíces de cien años, se había traído el retinto la mitad de la isla con él, que vino a quedar regada cuando el arbolón no pudo más con sus barbas y terminó por soltar.

Este pedazo es el que llaman la Isla de los Caballos.

El venado, que se había venido por arrastre con ellos, cuando vido que la cosa se le estaba poniendo seria porque iba a resultar volviendo al Guanacaste, se asustó todito y pegó, de veras, tamaño brinco; un brinco tan, pero tan bárbaro, que fue a caer, pues... ni más ni menos que en la Isla del Venado.

—Pero este —le dijimos a Tata Mundo— no parece ser un cuento muy histórico.

—¿Que no? —protestó el viejo—; pues claro que es histórico. ¿No ven que me lo contó un alcaraván que anda volando por ahí?

# EL MAIJÚ

¿Verdad que hubiéramos sido muy tontos si no le sonsacábamos a Tata Mundo el cuento aquel que le sirvió de tanto para tener de su mano a los linieros, la vez que dijeron estos a hervírsele y derramársele del perol, en la famosa Huelga Bananera del Atlántico? Pues se lo preguntamos, que ni enredo, y él se puso a recordarlo:

—Uh, ¿que si me acuerdo? Y de lo más bien... Vean, muchachos —les advertí a aquel sartal de linieros acalentureados—, no crean que a mí me cogen de buenas a primeras en este viene y va de huelguerías y protestantismos. Yo fui minero al reventar el siglo, y en Abangares una vez las cosas también se nos pusieron agrias y peludas a los hombres. Había cada pesado capataz y un administrador que mejor hubiera estado de mata-reses en el rastro de mi pueblo. Ya a naide le tenía cuenta fregarse media alma en aquellas cuevas del diablo, porque a la hora de las verdades, los días de pago, por todo te tijereteaban el jornalillo, a más de que la plata se te iba resbalando lindamente de la bolsa con el cuento de los boletos y las mariquitas de la Compañía Minera con los comercios de la villa. Para más palos llevar, comenzaron a apagarse los trabajos, como si desde alguna parte les soplaran la llama, y ya solo los daban a destajo, con lo que unos cuantos contratistas garifos fueron los únicos que sacaron tajada. Ni para qué hablar de la mortandad que a cada rato se soltaba en tanto socavón mal asegurado, donde meterse era jugársela completa y ya eran muchos los que habían dejado el pellejo para que lo curtieran los zopilotes. Y después, naide se acordaba de chacalines huérfanos ni de viudas, asina que cada perro tenía que curarse su propia sarna y cada palo aguantar su vela, sin Dios ni ley que ayudaran. Con todo eso, había tiempos que el descontento venía cuajando, y la huelga estalló de un día para otro, porque estas rompeduras revientan de ahí no más por cualquier cosa cuando es que desde antes han venido empollándose solas, por un tal capataz que balaceó a un minero muy querido de todos nosotros y después, como si nada, se quedó muerto de risa. Y como entonces yo no era este viejo comodidoso que ahora soy, con Graciliano Ardiles, guanacasteco muy parado, Lito Bermúdez, herediano muy gallo, y un tal Yanuario Grajales, hombre el más discutido de las minas, valiente pero muy atravesado, nos pusimos a repicar las campanas al mismo tiempo que a dirigir la procesión, con lo que perdimos hasta lo que no teníamos. Muchachos, yo fui a dar con mis huesos después a las llanuras de San Carlos, donde viví unos años condenado a destierro, aprendiendo por cierto la mar de cosas nuevas para hacerle a la vida y agarrarles la punta de sus mañas a los ríos y las montañas. Vieran cuánto me enseñó un gran compañero que allá me topé, y al que mentaban Matatigres. Si fue precisamente por él que ahora puedo contarles esta historia que sigue, que a mí se me dio ver con estos ojos cuando allá no había ya raicillero que se aventurara en las espesuras entre el río Frío y el San Carlos.

Los raicilleros eran tipos muy de un solo trillo. Asina como la [choreja](#) solo medra en aguas que están quietas y el perro quiere pulgas para poder entretenerse rascándoselas, el raicillero no se da más que en montaña donde haya ipecacuana y no se parece a naide más que a otro raicillero. La mayoría eran nicaragüenses del otro lado del San Juan, que en sus correrías bajaban hasta acá, casi siempre en tropilla. Pero no dejaba de haberlos costarricenses de por aquellas lejanuras.

En estos tiempos tan caros que hoy vivimos, la raicilla de ipecacuana se ha escaseado mucho y la pagan que ni que fuera oro. Pero en aquel entonces un quintal valía unos sesenta pesos, que no era para ese tiempo poco pagar por un costal de raíces sucias y barrientas. Aunque, bueno, solo un raicillero sabe lo que hay que asuntarle para levantar un quintal de raicilla. Es cosa de tres meses de hundirse en las montañas, no siendo ya más hombre entre los hombres sino una hormiga arriera sola íngrima entre el hojarascal de los hojarascales.

La bulla del Maijú se soltó a sonar por aquellos lados una noche más lluviosa que todos los diluvios, cuando Alarica Ordóñez entró con sus dos chacalines al bebedero de Juan López, digan que con los ojos en la mano, de afuera que los traía, y la cara vuelta al revés del pánico. Mechero más revuelto el que se le veía en la cara. Venía con toda el habla cortada, y no fue hasta después de zamparse un trago de a jeme que nos empezó a llenar los oídos con el cuento.

—Por estas santas cruces —y les dio siete besos a las que hizo—, que lo vieron estos ojos que se han de hartar los gusanos. ¿Verdad, Dolores? Aquí están mis dos críos, que no me dejarán mentir, hombres de Dios. ¡Babosada aquella más fea!

Tiró por ahí el saco de raicilla que cargaba, le asuntó al segundo trago, y siguió como una tarabilla:

—Por mi madre y por mi abuela; por la abuela de mi abuela y todos mis antepasados, que estas patas de mula que han caminado tanto, nunca jamás volverán a entrometerse donde hace sus sinvergüenzadas ese animalón que el Diablo y no Tata Dios ha creado. ¿No saben que se almuerza diez venados, puede con cuatro dantas y ruge como una docena de tigres juntos?

Y los ojos de Alarica seguían salidos que se le reventaban.

—¿De qué estás jetoneando vos, Alarica Ordóñez? —le preguntó Matatigres.

—De qué iba a ser, Julián Ballesterero. De algo tan, tan de los mismos infiernos, que ninguno de ustedes me lo va a creer. Pero por estas (y volvió de necia a besar y rebesar las cruces) que solo por milagro de la Santísima Virgen estoy contándoles el cuento. Fue como a cinco leguas adentro de donde se junta el río Arenal con el San Carlos. Tan grande como una casa, casi tan grande. Y es mesmamente un tigrazo. ¿No es cierto, Dolores?

—Sí es cierto, mama —respondió la chacalina.

—¿No es cierto, Tiburcio?

—Sí es cierto —dijo el muchacho, como de doce años—. Hemos venido huyendo hasta aquí.

—Creíamos que el animal nos venía persiguiendo.

Y Alarica se zampó el tercer trago, se sentó a la par mía y me dijo por lo bajo, con cara de trastornada:

—Mundo, aquello debe de haber salido de las pezuñas del Malo.

—Que te lo crea pizote —fue y le respondí.

Después dijo a beber hasta caer tumbada y se pasó la noche arrodajada como una [bocaracá](#) hasta el día siguiente. Como raicillera que se estimaba a sí misma, Alarica Ordóñez bebía dos o tres semanas seguidas; pero antes y con antes de empezar la tanda, igual que lo hacían los otros, se mercaba provisiones suficientes para la siguiente temporada en la montaña, las daba a guardar en el negocio, y de ahí se dejaba llevar por la corriente hasta chuparse en guaro el último céntimo que le había quedado. Cuando llegaba a ya no hay más, seguía tragando a cuenta de la próxima entrega de raicilla. Los dos animalejos de sus hijos por allí se estaban, y a veces le ayudaban a beber, porque eran hijos legítimos de raicilleros de pura cepa.

Asina, muchas veces, uno llegaba al establecimiento y espiaba varios bultos tirados en el suelo, duerme que duerme la mona, cuando no embrocados sobre el mostrador platicando abrazados, con la botella por delante y unas caras de borrachos perdidos, va de zamparle al guaro de caña. Días después, ya limpios de toda plata y bien dados al diantre por la tanda tan larga, se echaban a la espalda los sacos de bastimento, con harina, manteca, salchichón, sal y latas de sardinas, y de nuevo, como cuchillo en su cubierta, se metían por la montaña, hasta la próxima. Había bárbaro de aquellos que cargaba quintal y medio y se hacía al caite jornadas de veinte leguas, por entre barrizales y marañas. De a dos en dos, de a cuatro en cuatro, y en veces hasta de a más en más, se iban yendo los grupos de raicilleros, con sus espeques listos para seguir desenterrando raicilla, y echándola en los salveques. ¿Creen ustedes que esto es tan así no más como estarlo contando aquí sentado? Pues es tan fácil como encontrar el rabo del Pisuicas en un repasto. No es cualquier pasmado el que puede dar con la raicilla, que la hay de dos apariencias, de tallo recto y de bejuquillo enredador; que además no abunda y pareciera que estuviese jugando a travesura de duende que se burla de los hombres dentro de las montañas. Si ustedes piensan que con meter el espeque, palanquear y en seguida tirar de la mata, ya estuvo el cafecito listo, se han equivocado de medio a medio, porque la muy rabiza ipecacuana es nones para esconderse que ni [taltuza](#) bajo la tierra, y cuidado que no está casi siempre tres cuartas bien hundida. Y de ahí que cuando el raicillero hala, se le viene el bejuco y se le queda la riqueza hundida; entonces, siéntese usted a esperar unos cuantos años mientras la raicecilla echa nuevo tallo y dice nuevamente aquí estoy. Por eso era que los raicilleros poco aventajados se fregaban dos y hasta más meses, total para venir luego saliendo con unas cuantas librillas, mientras que un raicillero maestro, como los había, en cosa de semanas podía traerse un quintal flojito, yéndole con suerte.

Alarica era de lo más encumbrada como ipecacuana. Decían que había nacido con ojos de gata para espiarla hasta en la oscuridad. Vino apareciendo por ahí unos meses después de que Romelio Larios, chontaleño aindiado y muy arisco, diz que mató a Margarito

Ordóñez, el mejor raicillero que se conocía allá, buen hombre, y que, por excepción, casi nunca bebía. Después fuimos sabiendo que los chacalines de la Alarica eran hijos del difunto Ordóñez. Yo he conocido mujeres de mujeres; mas ninguna tan sabida y valiente como esta nica de montaña adentro. Si hasta para el machete era tan buena que con él le daba punto y raya al más plantado de los hombres. Se conocía mejor que naide el último rincón de aquellas selvas vírgenes. Había que oírla:

—Uh, a mí que no me jodan. Si no fuera por las tobobas, que esas sí que son traicioneras, yo me hallaría más a gusto en la montaña que acá, donde hay cristianos tan víboras como aquellas. Aquí está Matatigres que diga si no es cierto que las fieras más bien huyen si uno se les enfrenta. Llévase su buen mosquitero para moscos y tábanos, sepa armar su [tapesco](#) de tallo de [suíta](#) y su guarecimiento para que no se moje mucho, y allá, si se le acaban las provisiones, cosas buenas no faltan con qué llenar el buche, pues hay raíces y tepezcuintles. Aquí están mis cipotes que lo digan. ¿Verdad, Dolores; verdad, Tiburcio?

Y Tiburcio y Dolores siempre decían que sí. Pocos días más tarde, Alarica se echaba al hombro más de un quintal de provisiones, dejaba que el muchacho cargara el mosquitero y los salveques; y entre los tres, pasados unos meses, volvían con tamaña rejunta de raicilla.

¿Qué cosa tan extraña, díganme ustedes, era entonces esta historia que la mujer había traído últimamente, de aquel animalazo que parecía un tigre como diez veces más grande, y que andaba acabando con cuanta alimaña y cuanto cristiano se aventurara por las veredas del noroeste? Y empezó el cuento a echar espumas y crecer, como en la paila de un trapiche sube el caldo de la caña, hasta botarse afuera.

—Dicen que la raicilla se ha puesto buena entre el San Carlos y el río Frío, del muelle adentro.

—Pues para allá se ajilaron Argüello, Ríos y Cbrales.

Pero los tres regresaron sin nada de raicilla. Los había salido a asustar el Maijú.

—Sí —nos contó Ríos—, la cosa no era bulla, chochos. Son babosadas, pero hasta el más hombrecito se afloja de tripas. A nosotros nos cogió la noche del día siguiente todavía corriendo, que hubiéramos querido ser más bien cabros. Dejamos todo botado. El campamentillo, los mosquiteros y lo menos cinco arrobas que entre los tres habíamos rejuntado.

—¡Para que hubieran oído ustedes ese grito! No, no es grito, ni rugido, ni nada de este mundo.

—Más bien como pujido del otro.

Cbrales se puso de bocina las manos y dijo como a aullar:

—Maijuuuuuuuú... Maijuuuuuuuuuuuuuú.

—Sí —añadió Argüello—, pero cien veces más duro que eso. Este no tiene pulmones para tanto. Estaba entre unos macollones de [maquenque](#), y cuando nos alzó a espiar, dijo a menearse todo. A por acá se me le quedó la camisa guindando en el espinero de unas súrtubas.

—Y mi buena tira de pellejo también, qué van a creer.

—De tanto [volar canilla](#) nos extraviarnos. Se nos perdió la picada. Todavía de muy lejos nos llegaba aquel maullido de los diablos.

Matatigres se tenía la panza de risa:

—Para mí que era un [manigordillo](#) pichón, y ustedes se espantaron de pura ilusión de miedo.

Pero Balbino Santana, un maestro desterrado por política, que allá vivía, dijo a hacernos comentarios:

—Yo más bien creo que debe de ser animal antediluviano que se les ha quedado fuera de los libros a los entendidos. Nunca había oído que hubiera gato tan hermoso. Quién sabe; que hay misterios, los hay. Ya son varios los ojos que lo han visto.

Y sí, por Dios, figúrense que a los meses en toda la región no se hablaba más que de aquel extraño bicho; ahora eran muchos, según uno lo oía contar en este y aquel rancho perdido, los que se había comido el tal Maijú. Y hasta decían que por influencias malas del animal, una mujer había parido un monstruo mitad humano y mitad gato de monte. La alarma iba subiendo. La última vez se había encontrado al Maijú mucho más acá, por donde hoy se halla la hacienda de ese mismo nombre, en el lugar donde se juntan el San Carlos y el Arenal, los dos tan lindos ríos. Comenzaron a ralear los raicilleros. Ya el oficio no costaba, pues por aquella bestia tan temida nadie entraba en la parte que estaba más rica en la raicilla. Hombre que no volvía a verse por ahí, pues era que se lo había tragado el animal.

Allá de cuando en cuando, aparecía Alarica Ordóñez, con sus cipotes.

—Ya esto no paga, viejos. Por donde quiera que anda uno, va arriesgando el pellejo. Esta vez me tocó ver las huellas del Maijú cerquitilla del Peñas Blancas. Yo estoy por dejar esto y volverme a mi [Chontales](#). Más allá del San Juan también se encuentra ipecacuana.

Y se pegó su [juma](#) de quince días, dijo que para tener valor y continuar raicillando, todo por sus hijos. Luego se fue, y no volvimos a saber de ella. También a la Alarica Ordóñez se la había devorado el maldito Maijú.

—Mirá —me dijo Matatigres una noche—, por algo dicen que donde se llora está el muerto.

—¿Y qué me estás contando vos con eso? Alumbrame mejor, que no te entiendo.

—Que vos y yo, si es que no sos ningún enaguas curseadas, nos vamos a ir mañana mismo a averiguar qué es esa historia del Maijú. O dejamos los huesos en sus quijadas, o yo me traigo su cuero para el rancho, y se lo voy a poner de tejado. Como dicen que es tan grande.

Yo me puse a cavilar. Pero como era feo quedar de eso que pensaba Ballestero, tiré el miedo al barreal como quien tira la chinga de su puro. Quedamos en que al día siguiente les pondríamos las mejores albardas a nuestras bestias, y él con su guápil y yo con mi tercerola, nos meteríamos en la montaña a rastrear al Maijú. Ya aquí sí que no era asunto



de entrarle con machete, según lo acostumbraba Matatigres, porque a gato tan como torre de iglesia ni las balas le entrarían por el cuerpo. Era lo que me venía temiendo mientras chapaleábamos ya el barro, de camino, y por eso me estaba encomendando a toditicos los santos.

Balletero en su mulita negra y yo en el mejor caballo que he tenido, el Nochebuena, jineteamos dos días por picadas que Julián se conocía con los ojos cerrados, y al final llegamos al San Carlos.

Conseguimos un bote en un rancho, donde dejamos las bestias, y palanqueando un día con su noche, bajamos bien adentro por el río. Allí nos internamos en la selva. No volvimos a espiar el sol por días y días. Hicimos campamento con varejones y horquetas, lo techamos con hojas de [bijagua](#), y después principiamos a montañear para acá y para allá un día tras otro. Recuerdo que una vez, con todo y las del hilo azul que yo estaba pasando [agambado](#) con Matatigres a las raíces de un enorme [guayabón](#) mientras caía un aguacero con rayería infernal, le dije al compañero:

—¿Te acordás de Margarito Ordóñez, el que fue marido de Alarica? Un día se me dejó decir que a él le gustaba vivir pobre pero libertino aquí en la selva, mejor que estar en su tierra, qué sé yo por qué historias de que a él y muchos hombres de pata en el suelo como él, los traían y llevaban como les daba la gana. Hombre, y no dejaba de tener su razón Margarito Ordóñez. ¡Esto es libertad! —terminé gritando, y de la boca me quitó la palabra un bandido rayo que se autorizó a caer y se apeó sin decir ni con permiso la rama más hermosa del guayabón al que estábamos agarrados.

Carcajadas las que se echó Matatigres, que, no crean, también se llevó su buen susto.

Al día siguiente, dimos con un campamento.

—Mirá allá —dijo él—, un campamento por aquí. Y es de raicilleros.

Nos pusimos a pasarle los ojos. Estaban los restos del fogón, los tapescos, algo de bastimento y unos caites pequeños y gastados.

—Apuesto que es el de Alarica. Aquí hiede a mujer.

—Quién sabe, mirá este sombrero. En la badana tiene el nombre de Romelio Larios.

Lo revisó Matatigres.

—Sí, hombre, es el del nica Larios. Entonces el muy bandido no me le anda con temores al Maijú —dijo, y agregó—: A no ser que ya se lo haiga soplado el animal.

Yo me eché a descansar en el tapesco. Estaba ya muy amolado. Mi estómago andaba por un rumbo y por otro. Libras las que había perdido.

—Mirá, dejemos esto. A mí con esta vaina de comer solo [palmitos](#), raíces y tepezcuintle, se me va a escurrir la persona y se me va a morir.

—No, hombre, qué va. Vos no te me vas a apendejar y doblar como cualquier candela de sebo. ¿Sabés lo que estoy pensando? Que nos quedemos a raicillar una semana. Esto está lo que se llama bueno. Ayer pasamos por un suital que vide cundiditico de raicilla, que hacía la boca agua ¿No lo espiaste?

—Yo qué voy a saber de raicilla.

Y entonces Matatigres y este que les está hablando y que algo fue aprendiendo, nos pusimos como dos tontos buscando plata perdida, a despulgarle el pellejo a la montaña, raicilla tras raicilla. En eso estábamos un día, bien lejos de nuestro campamento, cuando... ¡el Maijú! Lo oímos primero algo quedito. Luego más claramente: ¡Maijuuuuuú... Maijuuuuuuuú! A mí me pateó el corazón con tanta gana que el pecho me sonaba como un tambor. Hubieran visto ustedes a este par de atarantados rompiendo a machetazos las bejuqueras para abrir trocha por entre la maraña, detrás de aquel animal cien veces dicho. Y al fin, ya casitico noche lo fuimos columbrando. A mí nunca me ha gustado salir con mentiras; como estaban mis tripas, no puedo asegurar si lo que me pasó fue por el desbarajuste que me andaba por el tripaje adentro o por el ayayay de nervios que estaba hecho. Aquella [jupa](#) enorme de veras parecía de tigre, con sus ojos y con su grandísima jeta y con sus colmillos, que ya se los hubiera tomado uno para machetes. Todito el animal principió a menearse, y a rugir maijúes más largos que los de antes. Yo por un casi casi me las mando a correr, pero, con el tal Matatigres a mi lado, que era que ni piedra para estarse quieto, me pareció muy feo y me hice el fuerte. Lo raro era que el monstruo como que no caminaba.

Muy callados, lo mismo que dos muertos, apuntamos las armas y casi a un solo tiempo dejamos ir los dos primeros tiros. El Maijú, que medio espiábamos detrás de un [palmichal](#) de súrtubas y suitas, dijo a decir maijú, maijú, maijú, pero más alto y seguido. Y allá fueron otro par de cachimbazos. Nada. Ni para atrás ni para adelante; parecía que no le entraban balas. Y entonces, cuando le despachamos la tercer descarga, fue apareciendo la madre del cordero.

—¡Hermanos —nos gritaron desde alguna parte—, cuidado me van a matar a los hijos!

Y salió de la espesura corriendo y levantando los brazos Alarica Ordóñez en persona, con un gran caracol en la mano, y detrás, hechos un puro alarido, su Tiburcio y su Dolores.

—Ya está, huevones. Ya me agarraron con las manos en la masa. ¿Para qué van a gastar más pólvora en una pobre mujer? ¿Qué, quieren asesinar a los cipotes?

—Caray, no; qué va a ser, Alarica —dijo el gran Matatigres.

—Pero mirá dónde se nos escondía la amiga Ordóñez —agregué yo—. ¿Y esa gran ocurrencia?

—Anjá, viejita, ¿con que para esto eran los cueros de tigre que me venías comprando baraticos el año pasado?

—Sí, hombré; los ojos son dos bolas de vidrio que me conseguí en Barra del Colorado hace unos meses. Y con este caracol era que hacía esa gran escandalada.

Y aquello terminó en una fiesta de carcajadas y alegrías.

—Mirá a la raicillera condenada asustando con la vaina vacía —se reía Matatigres.

—Y este gran bandido tenía que ser el que me echara a perder el negocio. Ahora va a volver la competencia.

—No; te equivocás de medio a medio, Alarica Ordóñez. Ese montón de [enteleridos](#) que han estado contando cuentos de miedo con tu Maijú, pues mirá que se lo merecen. Por mí,

lo juro por mi mama, naide lo va a saber. Que sigan espantados y corridos.

—Y por mí tampoco —dijo este buen cristiano—. A una mujer como vos, que vale por diez pantalones, no le voy a hacer un feo.

Y asina se quedó la cosa; aunque no del todo, claro que no. Porque cuando unos días más tarde se me acabó la condena a destierro y me volví a la meseta, entre Alarica y Matatigres estaban dando la gran cosechada, desmorecidos de risa. Campo había para los dos, y hasta para mí también, si hubiera querido seguir viviendo libertino; pero preferí venirme afuera. Ellos, allá, se aburrían de sacar en bote quintal tras quintal de ipecacuana, por el río San Juan abajo hasta La Barra, donde un chino la pagaba muy bien, y ni a mentadas que volvieron a Aguazarca. Mejor que acá siguieran haciéndolos difuntos mientras el Maijú les cuidaba la montaña. Ah, porque de este lado ya andaba el cuento, cuando me vine, de que la bestia aquella se había tragado también al propio Julián Balletero. Pero ¿saben una cosa? El Maijú era mansítico como un ternero. Jamás de los jamases quiso devorarse a naide, salvo a un tal Romelio Larios. ¿Ven este anillo de oro que yo uso? Tiene las iniciales de Margarito Ordóñez. Yo se lo cambié a Alarica por el Nochebuena, aquel mi gran caballo bajureño, cuando regresábamos con ella a su campamento. Y sí que sé que hizo este trato por pura estimación conmigo, porque bien que vide ese día cuánto había querido la mujer a su difunto. Si hubieran oído lo que nos contó esa noche:

—No vayan a pensar que a mí me gusta estar cargando la conciencia con muertes de cristiano. Pero es que Margarito era tan buen hombre y tan buen tata. No le hacía mal a naide. Y ese se paseó en él a la traición... Margarito se había venido acá para vivir libertino, no para que un desgraciado lo fuera a [matonear](#). De cuando en cuando volvía por allá con plata para nosotros. Un día no regresó. Pero aquí estaba Alarica Ordóñez. Hay cosillas que no pueden quedarse asina no más, como quien dice, pues aquí la justicia la hace Dios, con la ayuda del cristiano.

Y en seguida nos enseñó el sombrero de Romelio Larios.

—Se le veía bien al hombre cuando tenía viva la cabeza. Yo me lo dejé por puro gusto, y para que lo vaya luciendo Tiburcio Ordóñez cuando salgamos a pasear afuera, y no olvide nunca a su tata.

## LA ÚLTIMA DE TATA MUNDO\*

Hay veces tan apretadas y jodidas, que uno, sin que lo quiera, acepta tratos donde ganando pierde, como me sucedió a mí con Desiderio Ramos, un ebanista de los Bajos del Pirro. Desiderio y yo éramos conocidos de años, no hasta decir amigos, pero casi; nos teníamos entre nos ese mediano apego que por ser hombres más bien dulzones que amargos nos entrecambiamos muchos de unos a los otros, pero la casualidad hizo que viéndose acorralado por la mala suerte me mandara a llamar para que le diera una mano de esas que solo se piden a muy pocos.

Sorpresa la que me llevé cuando lo alcancé a ver. De no haber sabido que se trataba de él juro por estas que no hubiera podido reconocerlo en aquel desbarajuste de ojos y pellejo a que la enfermedad lo había desmerecido en pocos días, y tan alentado que era siempre ese herediano, en la vida un ebanista más, eso sí de los buenos y muy artistas, a no ser por su ocurrencia: desde tiempo atrás se había puesto a fabricar de propia mano un ataúd como nunca se vio para que en él se lo enterrara cuando la palideja le ordenara mandárselas largar. Sí, amigos míos, de la mejor caoba, tallado que ni altar de catedral con ornamentación de cruces, palmillas y otras morisquetas, con así remates esquineros y agarraderas de plata llenas de rimbombancia, a más de mucho charol por fuera que deslumbraba la vista y por dentro terciopelo azul de lo más fino.

Decían los decidores que Desiderio se había gastado en su ataudazo la mitad de lo que tenía, para encumbrarse aunque fuera en la hora de su muerte.

Y allá me lo voy encontrando en el camastro de una choza de negros caritativos, encarrujado y amarillo el pobre hombre que hasta daban ganas de llorar.

—Mundo, ve qué tirada esta —me dijo a empelloncitos, pujando las ultimísimas fuerzas—. Me agarraron las aguas negras en este condenado clima y con el temporal que se ha soltado, aquí me tuve que quedar y... de aquí no voy a poder salir.

Hacía lo menos una semana que ventoleras y lluvias como no se recordaban peores habían dicho a derrumbar puentes, inundar fincas y destartalar carriles y caminos. Estábamos enjaulados en el Atlántico entre ríos salidos y aguaceros cerrados. Él había venido a comprar trozas de cedro como en otras ocasiones, para sus menesteres de artesano, y ya cargados los palos en un carro de ferrocarril el tiempo se desmandó a llover y Desiderio a arder en calenturas, temblar y vomitar hasta volverse del revés.

—Ve qué tirada —repitió—. De esta no salgo caminando, yo lo sé. Y te mandé recado para ver si vos me hacés el último favor que no se le puede negar a ningún cristiano: enterrarlo.

Hice como a contradecirlo, como a animarlo; a mentirle, esa es la verdad, metiéndole esperanzas, no estás tan amolado, Desiderio, pero Desiderio me atajó:

—Dejate de disimulos, Mundo. Estoy hecho aserrín, y vos lo sabés. Encargate de mi

entierro aquí. El negrito que me dio posada dice que él puede hacer la caja; tiene algunas tablas, serrucho, martillo y clavos; vos me pagás ese y otros gastos porque yo me quedé sin plata, y a cambio te dejo mi ataúd. Está en mi ebanistería, allá en Heredia. ¿Lo viste alguna vez qué belleza?

—No, nunca, pero me han contado de él, ya lo creo. Lo malo es que, cómo te dijera, a mí una cosa así no me va bien.

—Cómo que no. Vos y yo hacemos cuerpo. Me esmeré en él como para enterrar al Papa o al Emperador de Rusia. Cuando menos, es mucho para el propio Presidente de la República. Tal como lo oís, el trato es magnífico para vos. ¡Te lo estoy regalando!

—Sí, no lo dudo, Desiderio —no hallaba dónde meterme, palabra—. Sé que durastes años terminándolo. Pero no jodás. Está bien que vos te hayás querido dar el taco, sos el ebanista y se te metió el gusto de hacerte esa envoltura de gran lujo. En cuanto a mí, te entierro y ya está, si te empeñás en morirte. La caja dejásela a tu mujer, más que le quede grande.

Y lo que me dijo el hombre:

—Mundo, Mundo —se le quebraban los ojos de vidriados que se le pusieron—, ahí está la vaina, para mi mujer jamás, eso nunca. ¡Jodió y rejodió por ese ataúd! ¡Solo faltaba que ahora le fuera a servir a ella!

Qué diablos; si así estaba el asunto, pues a traer testigos, escribir papel de compraventa y poner ellos y este hombre aventajado las firmas. Porque lo que es Desiderio apenas consiguió medio tembleque y sostenido por otros mancharle al documento un débil garabatico. Poco después boqueó entre la rezadera del negro y su familia y se quedó tiesito para siempre.

Si se están creyendo que a mí me sepultaron envuelto en esos rangos elevados, se equivocan conmigo, es lo que les va a decir a todos ustedes lo que quede de mis huesos cuando me haiga llegado el día —siguió tejiendo Tata Mundo mientras chupaba de su puro y arrugaba la nariz—. Aquel carapachón que para sus despojos había preparado Desiderio, sépanlo, muchachos, podía valer calculo yo lo que una casa, cuarenta vacas o una docena de carretas con todo y bueyes. Pero a este afortunado de mí se me volvió la más pesada hipoteca del ánimo y el gran estorbo del cuerpo: me empezaba a tocar y sentir metido en aquellos terciopelos azules, y qué carajada.

Pero, ¿vender la joya de Desiderio? Jamás de los jamases. Era hacerle el peor feo al ebanista muerto, que no talló y adornó su ataúd hasta con florecitas de concha nácar incrustadas para negocio suyo ni de naide. Esto para empezar; para seguir, ¿quién lo iba a querer que rey no fuera o Papa? Ni el Obispo, seguro. Y de remate, yo puedo haber nacido para asuntarle a cuanto hacer y diligencia digan ustedes, mas no para comerciante de ataúdes, non que nones.

Me lo llevé y escondí donde persona ninguna supiera de él, salvo un cierto amigo de confianza. En su finca lo dejé en el mayor secreto y desde allí me puse a repensar qué vuelta darle a tamaña jodarria.

Hasta que, ya está, le encontré feliz salida.

Ustedes no la conocieron porque acababan de salir del cascarón. Yo sí, desde muy muchacho, y como a todos también se me trababa la respiración si la miraba de cerca, y de lejos me pasé por su culpa con las babas caídas desde mis quince hasta mis veintitantos. Nada de eso; no se imaginen tonteras de mal pensados. Doña Inés, alta y hermosa como ella sola, luminaria del barrio, vivió y se matrimonió y tuvo hijos y todavía joven quedó viuda de mucho apetecer siendo ejemplo de hembra recatada y fiel. Su maldad, si es que la había, fue su condenadísima lindura. Su gracia nuestra desgracia de manganzones golosos. Porque hay mujeres donde se junta todo lo que nos vuelve tontos a los hombres: color, sabor, aromas, música de guitarras y, ah caray, la redondura y jugo de las naranjas de San Mateo y Orotina. Pero cuando lo que les cuento, muchachitos –vueltas de la vida, saltos que no sabemos cómo se dan–, las antiguas glorias de esa Doña Inés eran recuerdo de los que escuecen y se añoran. De su vieja grandeza ya solo le restaba la estatura, metro ochenta lo menos, aunque medio torcida del reuma y las calamidades de la pobreza, que siempre muerden en manada.

Vivía en una casucha de orillón de calle municipal, sola y pasándola casi de limosna.

Me llegaron a pedir ayuda para de caridad pagarle ceremonia de iglesia y sepultura de buen ver. Al caer muerta no había tenido ni en dónde la pobrecilla. Di por disimular diez reales y ahí no más lo decidí. De todos modos, la difunta ya no podría esquinarse.

Telegrafíé a mi amigo por la caja, que la mandara volando, y nos llegó apenas a tiempo. La Vieja Inés le quedaba grande, pero encogiéndola a la fuerza algo más de lo que el reumatismo ya había adelantado, conseguimos acomodársela.

¡Ataúd para pesar! Al cargarlo, entre ocho nos vimos a palitos. Y fue entierrazo de Reina, que hizo abrir la jeta de admiración a todo el mundo en el distrito. Más de una de las mujeres debe de haber rabiado de envidia, porque las hay que ni de muertas quieren darse por menos.

Pero a este cosposón de mí, cuando la pelona lo llame a cuentas, que sea entre cuatro tablas rasas, o, si lo prefieren, en los puros cueros con que se viene al mundo, tal como a mis abuelos los solían poner a descansar en paz.

Eso sí, igual que a ellos, con música de chirimías y tambores.

\* Nota del E.: Este cuento fue escrito en 1979.

# GLOSARIO DE MODISMOS

ABRA: Parcela recién abierta y labrada en la montaña.

ACHARÁ: Significa “qué lástima”, “qué lamentable”.

ACHIOTE: Arbusto y su fruto. Las semillas de este se emplean como un condimento en las comidas, y son de color rojo subido.

ADIÓ: Interjección usada generalmente con matiz negativo.

AGAMBARSE: Ampararse a las gambas de un árbol, que son las irregularidades salientes y entrantes de su tronco hacia el nacimiento de las raíces.

AJILARSE: Irse, partir.

ALEJANDRO EN PUÑO: Se dice del avariento.

ALMADEADO: De almadearse: que significa emborracharse.

ALUNADO: Se dice del lomo de una bestia magullado o roto por el roce de los aparejos.

ALUNADURAS: Peladuras causadas por esa causa. Por extensión: resentimientos, amarguras.

ANONA: Fruta tropical con pulpa muy dulce y apetitosa.

ARREQUINTAR: Azocar, atar con mucha tensión.

BARZONEAR: Atar con el barzón. Por extensión: atar, asegurar.

BARRETEAR, BARRETERO: Trabajar con la barra. El que barretea.

BATACAZO: Golpe, porrazo.

BIJAGUA: Planta musácea, abundante en las montañas.

BOBO: Un pez de río, de calidad excelente.

BOCARACÁ: Serpiente muy abundante en las bajuras.

BONGO: Embarcación de remo o vela, cuyo ocupante o dueño es el bonguero.

BOTIJA: Tesoro que nuestras gentes ocultaban en las paredes de adobes de sus casas, casi siempre en monedas de oro.

BRAMADERO: Tronco u horcón al que se amarra el ganado para curarlo o ponerle el “fierro”.

BREVA: Tabaco de mascar acuñado en tabletas.

BUCHACA: Bolsa, bolsillo y su contenido.

BUCHADA: Bocanada, trago grande.

BURROCAR: Compuesto de “burro” y “car” (inglés): carro plano para línea angosta, usado en transporte de bananos y tirado por mula.

BUTANTÁN: Suero antiofidico.

CACHAZA: Nata, desecho espumoso y sucio que al elaborar el dulce de caña va siendo separado con pascón conforme hierve la miel.



CACHERA: Cornamenta. De “cacho,” que equivale a cuerno.

CAITEÁRSELAS: Irse, echarse a andar, generalmente con apresuramiento.

CANDANGA: Diablo.

CANILLA: Pierna, especialmente si es delgada y huesuda.

CARAJADA: Cosa o situación, generalmente en tono despectivo; también significa molestia, dificultad, etc. Es un comodín costarricense.

CARAJO: Individuo, en sentido despectivo. Se usa también como interjección: ah, carajo, o ¡carajo!

CARTAGO: Antigua capital de Costa Rica. Las gentes de la costa o de la bajura le dicen “cartago” al habitante del Valle Central.

CATRACHO: Hondureño.

CAYUCO: embarcación hecha de un tronco vaciado.

CELE: Tierno, sin sazonar.

CERCO: Pequeño cercado, por lo general alrededor o detrás de la casa.

CHACALÍN: Niño.

CHACHALACA: Especie de gallinácea muy vocinglera. Persona locuaz.

CHAPEA: Acción de chapear o chapiar, o sea, machetear la maleza, limpiar los yerbales. Por extensión, cortar, cercenar.

CHAYOTE: Planta cucurbitácea, y su fruto de cáscara espinuda, muy importante en la alimentación del centroamericano. Huisquil, dicen en Guatemala y Salvador.

CHICOTE: Cuerda, mecate.

CHILAMATE: [Higuerón](#) de la costa, árbol frondoso, con raíces aéreas que semejan barbas.

CHIMAR: Luir por roce incesante. Por extensión, doler, incomodar.

CHINEAR: Cuidar con mimo.

[CHINGA, CHINGO](#): Cuchillo corto, despuntado. Chinga en otra acepción significa el retazo que queda del cigarro una vez fumado. Chingo también significa desnudo y, asimismo, corto.

CHIRCAGRE: Puro costarricense.

CHIRICANO: Natural de la provincia de Chiriquí, Panamá.

CHIRRITE: Nombre que se le da al guaro de contrabando o cususa, fabricado por los campesinos.

CHOCHO: Tratamiento familiar que los nicaragüenses emplean mucho refiriéndose a otra persona, con matiz desde cariñoso hasta despreciativo.

CHONTALES: Provincia de Nicaragua. Chontaleño, el de esa provincia.

CHOREJA: Especie de lirio acuático.

CHUCHECA: Cierta marisco de concha.

CHUPÓN: Biberón.

CINCHA: Arma parecida al sable, que usaba la policía. También la faja con que se ata la montura a la bestia, pasándosela por la panza.

**CINCO:** Moneda fraccionaria de cinco céntimos.

**CIPOTE:** En ciertas regiones de Centroamérica, se le llama así al niño.

**COLIGALLERO:** De “coligallear”, escamotear o contrabandear oro en la mina, usualmente de filones contrabandeados.

**CONFISGUILLO:** Diminutivo de “confisgado”, que da idea de ladino, listo, avisado, pícaro, sinvergüenza.

**COPAL:** Árbol de resina aromática, utilizada en ritos y ceremonias por los indios centroamericanos. Copal es también, sin relación con el anterior significado, el lobulillo blanco que los gallos o gallinas tienen bajo los oídos. “Gallo copaludo”: gallo con copales grandes.

**CORTA:** Acción de cortar los racimos de bananos.

**COSPOSÓN:** Se dice así del maíz que ya no está tierno, aunque tampoco ha sazonado suficientemente. Refiriéndose a personas: más que sazón, pero sin estar del todo avejentado.

**CREYENZA:** Creencia supersticiosa. Maleficio, filtro.

**CRÍO:** Hijo, si está pequeño.

**CRIQUE:** Cauce de agua, artificial (de *creek*).

**CRUCETA:** Arma de hoja angosta y larga, con guarnición de cruz.

**CUBACES:** Frijoles parecidos a las habas.

**CUJEN:** De color ceniciento, resultante de la combinación de pintillas negras y blancas. Gallo o gallina de ese color.

**CUJA:** Cama.

**CUSUSA:** Guaro de contrabando, destilado por los campesinos.

**CUTACHA:** Machete de hoja larga.

**CUYEO:** Chotacabras. Ave nocturna muy abundante en nuestros campos.

**DESCUMBRA:** Acción de descumbrar, o sea desramar los árboles que sombrean los arbustos de café.

**DESHIJA:** Acción de podar los brotes nuevos en el café, dejando solo cierto número de los mejores.

**DESTORRENTARSE, DESTORRENTADO:** Descaminarse, salirse del carril.

**DOMINGO SIETE:** Se dice del o de lo inoportuno o entrometido.

**DUNDO:** Dundo de dudas; aquí tiene significación de atontado, asombrado.

**DUNDOS:** Andar dundos: abundar.

**ELOTE:** Mazorca de maíz.

**ENAINAS:** Tal vez, en la de menos, casi.

**ENTELERIDO:** Flojo, inhábil, cobarde, canijo.

**ESPIAR:** Lo usa el campesino por ver o mirar.

**ESTORAQUE:** Árbol ebenáceo cuya resina, a la manera del incienso, es usada en los ritos de origen maya quiché.

**ESTIRAR LA PATA:** Morir.

FIERRO: Marca con que, al rojo, se “fierra” el ganado vacuno o caballar.

GALÁN SIN VENTURA: Ave zancuda y marina, de gran tamaño, y de aspecto silencioso y triste.

GALLO: Vianda consistente en una tortilla de maíz, en la que se envuelve carne, o arroz con frijoles, o algún otro alimento, al modo del taco mexicano.

GALLO TAPADO: Es jerga que proviene del juego de gallos. Y se dice de lo que se tiene en reserva y como sorpresa.

GALLOTE: Valentón, aprovechado, que se las da de superior.

GANDUMBAS: Lelo, tontonco, babeiaca.

GARIFO: Alagartado, aprovechado, tragón, pantagruélico.

GENÍZARO: Árbol leguminoso cuya madera es muy apreciada en ebanistería y construcción.

GIRO: Color del gallo rojizo, atornasolado, y el gallo mismo.

GUABA: Árbol leguminoso, utilizado en cafetales para sombra; y su fruto, de pulpa rica y semilla comestible.

GUANACASTE: Provincia de Costa Rica. También, nombre de un árbol leguminoso, muy abundante y de buena madera declarado árbol nacional. Guanacasteco: el habitante de Guanacaste.

GUANACO: Se les dice así a los salvadoreños.

GUÁPIL: Escopeta de dos cañones.

GUAPINOL (*Hymenaea Courbaril*): Árbol leguminoso, corpulento y de madera muy dura.

GUARISTOLERA: De “guaristol”, como se le dice a veces popularmente al guaro, aguardiente de caña.

GUAYABÓN: Árbol de tronco liso y esbelto, de madera vistosa y útil en construcción. También llamado “zurá”.

GÜILA: Niña, niño.

GUINEO: Variedad de plátano, de fruto comestible.

HACERSE HUMO: Desaparecer.

HIGUERÓN: Árbol muy frondoso, que da pequeños higos rojizos.

JALAR, JALARSE: Tres acepciones: como “halar”, tirar de. Como irse, caminar. Como realizar, llevar a cabo.

JELADO: Pasmado, insulso, alelado, singracia.

JOCOTE: Especie de ciruelo silvestre, de fruto dulce y sabroso, y el fruto mismo. Jocote tronador: una variedad muy buena.

JODIDO: Estar jodido: estar mal, o enfermo, o asendereado. Ser un listo, mal intencionado, zalamero. Tiene otros matices, y también se usa como interjección admirativa.

JUAN-TARANTAS: Juantarantas: Atarantado, atolondrado, babeiaca. Acepción muy parecida tiene JUAN CAMINANDO, pero esta da idea más bien de hombre tranquilo y de

pocas luces.

JUMA: Borrachera.

JUPA: Cabeza.

LAPA: Guacamayo.

LEBRILLO: Olla de barro, sin asas.

LINIERO: Trabajador bananero del litoral del Atlántico.

MACHO: Gringo, extranjero, yanqui. Hombre de ojos azules y cabello claro.

MAIZOL: Nombre con que se designa a un tipo de ganado vacuno de origen indostano. Echar el maizol encima, es soltarle el toro encima.

MAMULÓN: Pasmarote, holgazán.

MANEADERO: Barrizales, paso difícil en los caminos.

MANIGORDO: Ocelote.

MANGANZÓN: Vago, holgazán. O, simplemente, grandullón, adolescente algo crecido y desproporcionado.

MAQUENQUE: Planta silvestre, abundante en las montañas.

MATONEAR: Asesinar a mansalva, valiéndose de las sombras o la espesura.

MERENDENGUE: Dengue, achaque.

MERO: Especie de pez marino de muy buena carne.

MOSCA DE TÓRSALO: Mosca cuyas larvas se desarrollan a expensas del ganado, penetrando por la piel, y de la que el ganado huye.

MOZOTILLO: Pajarito de agradable canto, negro en las alas y amarillo en el pecho.

NANCE: Árbol y su fruta, bellota pequeña y redonda de color amarillo, muy dulce y sabrosa. Ron con nances: ron preparado y envejecido mezclándole nances.

NONIS: Idóneo, muy bueno o capaz para algo. También se usa por “no”, como el “nones” español.

OJOCHÉ: Árbol de nuestras montañas, de madera muy silicosa, difícil de aserrar.

OLOTE: La parte leñosa que queda de la mazorca de maíz una vez que se le separan los granos.

PALEAR: Limpiar y preparar el terreno con pala, especie de azadón de hoja grande.

PALEA: acción de palear.

PALMICHAL: Conjunto o agrupación de palmeras silvestres.

PALMITO: Médula comestible del tallo de una palmera silvestre, y la palmera misma.

PALOTE: Tallo de la mata de banano o [guineo](#), llamado también “vástago”.

PANGA: Embarcación de remo o vela, más ancha que el cayuco o el bongo.

PAPALOTE o PAPELOTE: Especie de cometa exagonal, hecha con varillas de bambú y papel.

[PARAR LAS PATAS](#): Caerse, arruinarse.

PARGO: Especie de pez marino, de carne muy buena.

PASARRAYA: Jugar el trompo a la pasarraya: sacar monedas con el trompo, de dentro de cierto espacio limitado por una raya, haciéndolo bailar en avance violento y rápido, de

modo que pase la raya limítrofe. [DE PASARRAYA](#), significa al pasar rápidamente.

PEJE: Pez.

PEJIBAYE, PEJIVALLE: Fruto de una palmera, que cocido es muy del gusto costarricense; y la palmera misma.

PELONA: Se le dice así a la muerte.

PENDEJERA: Cobardía, flojera.

PENDEJO: Cobarde, flojo.

PETATE: Estera, tejido grueso hecho de alguna fibra trenzada o tramada, empleado como colchoneta.

PIAPIA (*Psilorhinus Mexicana*): Especie de urraca criolla.

PICADA: Trillo o vereda; camino de mulas.

PINTARSE: Irse rápidamente, zafarse. También significa ser muy indicado y a propósito para algo.

PINTO: Gallo de colores mezclados como en el impresionismo puntillista.

PISUICAS: Nombre que nuestro pueblo da al demonio.

PITA: Planta textil, y la hilaza que de ella se fabrica. Por extensión, una cuerda cualquiera.

PIUS: Pajarillo negro que en bandadas cae sobre milpas y arrozales y devora las cosechas.

QUEDÓ: Juego infantil, en que uno persigue a los demás, y al tocar a otro, lo hace “quedar”, es decir, convertirse de perseguido en perseguidor.

QUELITE: Brote tierno de las matas de [chayote](#) y de ayote.

QUIJONGO: Instrumento de cuerda que usaban los indios, y aún se toca en la provincia de Guanacaste.

QUINTA: Carrera, galope.

RAJÓN: Presumido, fanfarrón.

REALERA: Cruceta, cutacha, cuchillo, y su cubierta de cuero.

RETOBADO: Taimado, ladino, desconfiado.

REATA: Llevar reata: llevar golpes, pasarla mal.

RUCO: Rucio, caballo, jamelgo.

SÁCALAS: Entrometido.

SALARSE: Venir desgracia y mal en el cuerpo o situación de la persona, por arte de hechizamiento o designio providencial.

SALAZÓN: Desgracia, malaventura, mala pata, condición de estar salado.

[SIN-HUESO](#): Lengua.

SOPLAR: Se lo sopló: lo mató, lo derrotó.

[SORNAGUEAR, SORNAGUIAR](#): Sacudir, remecer.

SUITA: Palma silvestre de tallo muy duro.

TAGAROTE: Aprovechado, tragón. Avasallador, mandón.

TAJONA: Fuede de mango de madera y látigo de cuero o cuerda.

TALTUZA: Roedor muy voraz, que es plaga de sementeras.

TAPA DE DULCE: Panela de dulce moldeado en forma de cono truncado.

TAPESCO: Camastro de varejones y horquetas.

TATARETEAR: Bailar el trompo alocadamente, saltando y moviéndose irregularmente, por defecto de construcción. Tataretas es el trompo que baila así. Tataretear, por extensión, es proceder una persona sin tino, alocadamente.

TELELELE: Achaque o dolencia nerviosa. Necedad.

TEPEZCUINTLE: Mamífero roedor, de carne excelente.

TIJERETA: Cama plegadiza, hecha de lona y madera.

TILINTE: Tenso, difícil.

TOBOBA: Víbora muy venenosa.

TRAPICHE: Molino para caña de azúcar, generalmente movido por bueyes.

TUERCE: Infortunio, mala pata, desgracia. De “torcerse”, que es darse al diablo, estar de malas.

TURNO: Festejo pueblerino con música, bombetas, rifas, ventas, etc., a beneficio de alguna institución.

VAINA: Término aplicado a cosas o situaciones generalmente molestas, incómodas, desgraciadas, o de poca monta, en este último caso con sentido un tanto despectivo.

VIEJA DE PATIO: Mujer entrometida y murmuradora.

VOLAR CANILLA: Caminar, pero da idea de jornada larga.

YUCA: Planta de raíz comestible, llamada también mandioca. La raíz misma.

ZOPILOTE: Zope, gallinazo, aura.

Historias de Tata Mundo

© [Fabián Dobles](#)

© [Editorial Costa Rica](#)

Correo electrónico: [produccion@editorialcostarica.com](mailto:produccion@editorialcostarica.com)

[www.editorialcostarica.com](http://www.editorialcostarica.com)

Edición aprobada en la sesión N.º 2545 del Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. Derechos reservados conforme a la ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. D.R. Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro

Diseño: Felipe Fernández

Portada: *Tata Mundo*, dibujo a carboncillo sobre cartón, 44 x 28 cm., de Álvaro Dobles Rodríguez (Costa Rica, 1923-2004).

CR863.4

D633h

ISBN 978-9968-684-54-5



Valore esta obra

[Valore esta obra](#)



Comente esta obra

[Comente esta obra](#)



# Historias de nunca acabar

Antología del nuevo  
cuento costarricense

Guillermo Barquero  
Juan Murillo



CUENTO



Editorial  
Costa Rica

# Historias de nunca acabar

Viquez, Alí

9789930519233

275 Páginas

En Historias de nunca acabar: antología del nuevo cuento costarricense, antologada por Juan Murillo y Guillermo Barquero, se reúne el trabajo narrativo de quince creadores contemporáneos de Costa Rica nacidos después de 1966, y que pertenecen a dos generaciones. Avezados unos, con menos experiencia otros, la suma de estas quince voluntades y búsquedas resulta en un mosaico de las posibilidades de la palabra escrita que además de adentrarse en los territorios jamás agotados del amor, la traición, el odio y la denuncia social, no rehúye la fantasía, la fuga y el delirio como armas con las que atacar lo anodino de la vida diaria. La nostalgia y el espanto de la huida encuentran cabida en este volumen; la contemporaneidad y lo extemporáneo confluyen sin problemas.

# Los contratos Webster-Mora

y las implicaciones sobre  
Costa Rica y Nicaragua

Paul Woodbridge



# Los contratos Webster-Mora y las implicaciones sobre Costa Rica y Nicaragua

Woodbridge, Paul

9789930519189

112 Páginas

Versa esta obra sobre los contratos que el Gobierno de don Juan Rafael Mora suscribió con el inglés William Webster, para emprestar sumas que se dedicarían a sufragar los gastos de la Campaña Nacional, y sus consecuencias.

Entre 1856 y 1857, el gobierno de Mora firmó unos contratos con el británico William Webster mediante los cuales Costa Rica disponía de territorios pertenecientes a Nicaragua. Estos contratos provocaron un escándalo internacional y llevaron a una declaratoria de guerra por parte de los nicaragüenses. Además, Webster negoció con los antiguos aliados de Walker, Charles Morgan y Cornelius K. Garrison.

# Calypso

Tatiana Lobo W.



# Calypso

Lobo, Tatiana

9789930519103

270 Páginas

En la década de los ochenta del siglo pasado, compré una casita modesta en Playa Chiquita de Puerto Viejo de Limón, Costa Rica. Entonces no había electricidad ni agua potable, lo que me obligaba a llevar un estilo de vida elemental y austero, compensado por la grandiosidad del mar Caribe frente a mis ojos. En ese lugar de infinita paz y maravilloso silencio escribí esta novela. Tengo con las tertulias de mis vecinos -como la familia Downer que todavía vive ahí- y con el comisariato de Manuel León una muy merecida e impagable deuda de gratitud.

Tatiana Lobo

# Noche en vela

Rima de Vallbona



NOVELA





# Noche en vela

de Vallbona, Rima

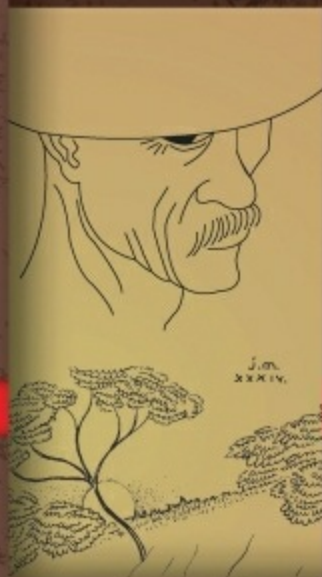
9789968684026

307 Páginas

Noche en vela se aleja de la mera indagación y denuncia social, de tal modo que la sustancia que conforma el relato es la resultante de un infatigable esfuerzo del espíritu humano por comprender e interpretar el universo. La obra de Rima es un sondeo en el sentido de la existencia humana, en la angustia que acompaña al hombre, en el horror que le produce el abismal misterio de la muerte. Es la suya más bien una temática existencialista.

# El sitio de las abras

Fabián Dobles



NOVELA



Editorial  
Costa Rica

# El sitio de las abras

Dobles, Fabián

9789968684149

244 Páginas

El contacto auténtico que tuvo Fabián Dobles con el hombre y la mujer campesinos costarricenses, le dio la potestad de hacer de sí mismo un gran creador que nunca se desligó de sus raíces. Supo por la mirada de esas gentes bravas, humildes y sinceras, que Costa Rica -tal y como la conocemos en su mejor tradición y savia democrática- es el producto de los antiguos pioneros cuyas hachas y machetes proporcionan a nuestra geografía ese aire de hospitalidad y calidez, fruto del espíritu sencillo que hoy nos resulta elemento intrínseco del paisaje. Sin embargo, aquellos fundadores, entre los cuales hallamos la huella de nuestra propia sangre, aunque domaron la montaña y la espesura, no siempre tuvieron un desenlace idílico, entre el crecimiento de sus hijos y la sazón de sus cosechas. Detrás de su trabajo de cada día, los poderosos acaparadores de tierras fueron tejiendo el drama a base de argucias leguleyas y connivencias políticas: bases del despojo de nuestros campesinos y de su desolación como clase. El sitio de las abras es una obra que no enmascara este episodio conocido desde el surgimiento de las casas comerciales.